

María Fernández Ramírez

Café para dos



CAFÉ PARA DOS

Por María Fernández

A mi abuelo.

Gracias por todo.

PRÓLOGO

Siempre había querido salir, marcharse de la ciudad que lo había visto crecer. Permanecer allí hacía tiempo que le causaba más daño que bien.

Lucas adoraba Barcelona, incluso antes de conocer su nombre. Alababa sus calles y sus luces, su gente, su costa, sus mercados clandestinos y los tímidos amaneceres que se revelaban en el paseo marítimo como por arte de magia cada mañana. Solía caminar durante horas por la playa con el cielo de la temprana madrugada pintado en tonos grises, y se sentaba en el puerto para ver marchar los barcos.

Él siempre había anhelado tener un barco para así perderse en la belleza y la tranquilidad del mar, atracar en los diferentes muelles europeos y africanos en su travesía hacia Turquía, no sin antes haber visitado todas y cada una de las islas griegas e italianas. Conocería culturas antiguas, comería alimentos extraños y se deleitaría con los aromas más exóticos.

Pero su destino tenía escrito para él un futuro muy distinto, alejado de sus sueños y deseos, tanto en el tiempo como en el espacio. La felicidad que desde niño lo había caracterizado desapareció por completo, dando paso únicamente a la apatía y la soledad más enfermizas.

Había soñado con salir, sí, pero ni mucho menos imaginó que abandonaría

a la niña de sus ojos casi obligado por un dolor tan intenso, insoportable hasta el punto de no permitirle respirar. Por ello, una vez subido en el autobús, cuando se dispuso a observar a través del cristal las casas de su amada Barcelona por última vez, no pudo evitar prometerse que -fuera como fuese-, volvería algún día.

1

Llegado el momento, prepara el periódico entre las manos y lo abre por la página cuyas esquinas ha previamente doblado a conciencia. Tras tantos meses de pasar los dedos por su superficie, el papel está muy agrietado y desgastado; incluso hay palabras que han terminado por borrarse del todo.

Por encima de las hojas, con una mirada fugaz, comprueba que está sentada en la mesa de siempre, mira cómo llama al camarero con aquella sonrisa y saca un libro de su bolso: ‘La Sombra del Viento’. El ejemplar se ve muy manoseado y arrugado en ciertas partes; también tiene algunas manchas de café en los bordes de las páginas. Entre su celulosa ese libro debe haber escondido un interminable listado de momentos vividos por aquella chica, miles de sonrisas provocadas por las palabras de los personajes, cientos de lágrimas

que, inevitablemente, habían devuelto la tinta a la vida.

Esa mujer genera en Lucas sentimientos que con frecuencia terminan por desbordarlo hasta confundirlo: unas veces es curiosidad por saber quién se oculta detrás de esos ojos verdes y una piel tan pálida, tras una belleza tan deslumbrante y cautivadora; otras, es simplemente profunda nostalgia.

Ella siempre le recuerda a Barcelona.

Ha intentado incesantemente averiguar la razón, repasando todos los rostros con los que allí se había encontrado: amigos, comerciantes, vecinos y ex-compañeros de la universidad; ha estado buscando el recuerdo de una sonrisa tan perfecta como aquella, algo que pudiese decirle que su mirada se había enredado con anterioridad en la inescrutable y densa cascada negra azabache que es su melena. No encontró ni miradas, ni roces, ni amigos, ni tampoco rostros vislumbrados en calles y tranvías.

El camarero de siempre le sirve un capuchino idéntico al del día anterior, y al del día antes de aquel... Siempre el mismo tipo de café, con dos sobres de azúcar y una abundante capa de espuma suave y blanquecina, con un toque pardo de canela.

Lucas observa cada uno de sus movimientos con atención felina, y empieza a preguntarse a sí mismo si está perdiendo el juicio por culpa de una mujer que se sienta cada mañana en la misma mesa y de la cual ni siquiera sabe el

nombre. Pensándolo bien, no sabe nada. Tan solo las horas en que sus caminos se cruzan todos los días en esa terraza le permiten formular diversas –y a menudo disparatadas- hipótesis acerca de su paso por la vida. La ha imaginado abogada, médico, actriz e incluso bailarina, y la ha hecho desfilarse en su mente como si de una modelo de pasarela se tratase.

Nada es lo que él sabe seguro de ella, y todo lo que aún le queda por descubrir.

Sin embargo, sí hay una cosa que él sabe con férrea certeza desde el instante en que la vio: es una mujer hermosa.

Su belleza fue lo primero en lo que Lucas reparó cuando sus ojos encontraron su figura por primera vez, al igual que en su actitud dulce y serena, presente en todo momento en su rostro. Es muy joven, tanto que, sin apenas esfuerzo, puede distinguir la sombra de sus años de adolescencia escondidos detrás de una enigmática sonrisa. A su lado, la Gioconda no tiene secretos para él.

Algo que a Lucas también le llamó la atención -quizás lo que más le impresionó después de su belleza-, era el hecho de que siempre lleva un libro en su bolso: un libro que no lee, sino devora con un deseo insano. Los títulos no dejan de volar: cambian en ocasiones de la noche a la mañana, literalmente. La balanza de sus preferencias se inclina hacia el género de las novelas

románticas y esas historias donde el amor y la pasión no son sino el único camino para alcanzar el cénit de la felicidad –casi el Paraíso. Está profundamente enamorada de ‘La Sombra del Viento’; en solo cinco meses lo ha leído tres veces, y a saber en cuántas otras había disfrutado ya de sus páginas.

Autor barcelonés; Barcelona; nostalgia.

Tal vez sea un mero fantasma que ha venido desde su oscuro pasado para atormentarlo durante el resto de su vida, recordándole todo lo que pasó... No, eso no es posible. Un ángel cubierto de tanta belleza no puede hacerse pasar por un demonio tan perverso, ni siquiera por un segundo. Eso es algo inconcebible, impensable, total e irrevocablemente imposible.

Al rato de estar allí, piensa que ha estado interesado en su presencia durante mucho tiempo, acudiendo desde la otra punta de la ciudad únicamente para sentarse allí, camuflado detrás de las hojas de un viejo y desfasado periódico, y contemplar su serena silueta. Mucho ha llovido desde que una completa extraña se convirtiera en la razón por la que él encuentra la fuerza necesaria para levantarse de la cama y salir a la calle cada mañana.

El sonido de la porcelana contra el plato de cerámica lo saca de sus ensoñaciones, demandándole súbitamente una segunda mirada rápida a la mesa. Descubre –con una brizna de tristeza en la mirada-, que ya está

poniendo el libro dentro de su bolso, con el marcador en forma de mariposa varios capítulos más cerca de la última hoja. Ella toma varias monedas de su monedero y las deposita sobre la mesa, se levanta y se despide del camarero con la mano.

Qué afortunado se sentiría si ella también lo mirase a él y le dedicara una sonrisa dulce mientras se marcha. Así ocurre exactamente todos los días en su imaginación, pero la realidad es bastante distinta.

Algo abatido por su temprana marcha, se vuelve invisible de nuevo detrás de su camuflaje, apurando de un trago lo que queda del destemplado café que descansa frente a él. Como de costumbre, se ha olvidado por completo de bebérselo mientras aún estaba caliente. En cualquier caso, no le importa demasiado: al fin y al cabo, el café solo es la excusa que le permite pasar en la terraza la mayor parte de la mañana sin nadie que le pida educadamente abandonar la mesa.

Un último acecho mientras ella camina dándole la espalda le confirma su partida, dejándole un amargo e insistente sabor en la boca. Una despedida - aunque sea silenciosa, y también inconsciente en este caso-, es una despedida igualmente.

Lucas enrolla el periódico y lo pone sobre la mesa, donde el camarero lo colocará el próximo día. Paga el café mientras se levanta de la silla en un

movimiento rápido. Dice adiós a su cómplice con un simple asentimiento con la cabeza y se va, las manos en los bolsillos.

Por la tarde, las palabras fluyen con asombrosa facilidad cuando se sienta frente a la hoja en blanco; parecen emerger directamente de sus dedos en vez de la pluma. Tiene la impresión de que -en ese preciso instante-, no existe suficiente tinta en el universo para expresar por escrito todo lo que siente y le quema por dentro; se acabará el papel en el mundo antes de que su alma se quede muda.

El tiempo pasa increíblemente rápido y veloz en el reloj de la estantería, pero no en las páginas. En ellas, arrastra cada segundo de manera tediosa, como si quisiera retroceder en vez de avanzar. Cuando se quiere dar cuenta, el sol ha descendido casi por completo y está empezando a esconderse por el oeste. Entonces, sucede algo que le hace llorar como un niño: se levanta sin dudarlo un instante, coge la chaqueta de la entrada y sale, con la determinante intención de contemplar desde el paseo marítimo cómo el cielo se oscurece - olvidando que Barcelona está muy lejos de él, tanto en la distancia como en el tiempo.

El *tic-tac* de las agujas del reloj no hace sino aumentar su inquietud y agonía. Es apenas capaz de esperar el momento en que el segundero complete los infernales sesenta segundos y la aguja pequeña viaje un par de cifras más alrededor de la esfera de cristal hasta marcar las nueve. Rueda en la cama, suspirando, intentando encontrar una postura lo suficientemente cómoda con el fin de que su cuerpo pueda aguantar unas cuantas horas más, si no abrazado por el sueño, al menos sintiéndose a gusto. Los segundos se alargan a sí mismos como las sombras de los árboles cuando el sol se pone; no tienen fin, como cuando uno de los versos de un poema parece acabar pero es seguido de inmediato por otro, y otro más...

Maldice su desdichada vigilia y la pereza del tiempo, pues a cada segundo que se despide, no consigue parar de pensar en ella. Se ríe un momento – añadiendo una exagerada cantidad de sarcasmo en cada carcajada-, al pensar en lo estúpido que se sintió cuando, después de caminar hasta las afueras de la ciudad, cayó en la cuenta de que jamás encontraría el mar por una sencilla razón: no estaba en Barcelona. Durante aquella noche no pudo dejar de

repetirse lo absurdo de la situación en la que vive, tampoco después de que las primeras estrellas comenzasen a extinguirse con la llegada del alba.

Se tapa la cabeza con la almohada, tratando de disuadir a su mente en su empeño por propagar las imágenes del día anterior por todo su cuerpo. Cualquiera que hubiese sido conocedor de lo que estaba pensando lo acusaría de ser –como mínimo–, un loco dedicado a cultivar día tras día -minuto tras minuto–, una malsana obsesión que él creía ir convirtiendo poco a poco en amor. Aprieta fuerte los párpados en un arrebato por conseguir evadirse de la realidad.

Las sábanas tiemblan y un agudo e intenso pitido alcanza sus oídos a través de la almohada.

Por fin, la alarma.

Aliviado, apaga el despertador como cualquier otro día, como si no se hubiese mantenido en vela la noche pasada, repasando sin descanso cómo la tarde anterior sus recuerdos jugaron sucio con él.

Se arrastra como puede hasta la cocina y descubre que las magdalenas que compró unos días atrás en la panadería de la esquina aún están tiernas. Muerde una a la par que se dirige al cuarto de baño, liberándose del malestar que se había apoderado de su cuerpo. Mira su reflejo en el espejo y examina su rostro: está pálido, ensalzado por unas pequeñas sombras oscuras encima de

las mejillas. Menea la cabeza de un lado a otro, reprendiéndose a sí mismo.

Cierra los ojos de pie en la ducha, sintiendo el agua caliente golpearle los hombros y caer deslizándose por su espalda, creando surcos que simulan regueros de lágrimas.

Entona una canción a media voz al mismo tiempo que se afana en vestirse. No hace la cama, pues no quiere retrasarse ni un minuto. Se traslada con pesadez hasta la entrada, se calza y -sin prestar demasiada atención a sus movimientos-, recoge las llaves de un cuenco situado cerca de la puerta principal.

Parece haber recuperado parte de su tranquilidad habitual mientras camina por la calle, aunque todavía por dentro un vago vestigio de exasperación se resiste a abandonar su escondite. Consulta la hora en el reloj de la farmacia y -cómo no-, suspira con fuerza. Ciertamente tiene tiempo de sobra para llegar antes de que ella ya se haya sentado, pero tal vez no disponga de tanto como le gustaría. Nunca se retrasa si puede evitarlo; sin embargo, los imprevistos tienen lugar cuando menos esperamos que ocurran. ¿Por qué si no les habrían dado ese nombre?

Tan pronto como llega, aprovecha los pocos segundos que tiene hasta subir las escaleras para escrutar el panorama antes de encaminarse hacia su mesa en una esquina, donde el periódico y la atenta mirada del camarero lo esperan.

Toma asiento y acomoda el desfasado diario sobre su regazo. Un leve gesto con la mano basta para atraer la atención del joven. Lucas se quita el abrigo y lo coloca pulcramente en el respaldo de la silla, abre su camuflaje por una página escogida al azar. Asiente imperceptiblemente y el camarero desaparece en el interior del restaurante.

Es capaz de centrar su atención en la lectura para ojear -por enésima vez-, los dos primeros artículos antes sucumbir al deseo irreprimible de mirar a las escaleras. Chasquea la lengua, reprochándose esa inusual impaciencia que últimamente ha estado corriendo noche y día por todas y cada una de sus venas. Fija la vista en los escalones y permanece así durante un buen rato. Bebe a trompicones varios sorbos de café caliente. No está preocupado, pero la ansiedad comienza a crecer en un profundo lugar enterrado en su pecho. Ella nunca llega tarde.

Reincide en dirigir la mirada hacia la escalinata una vez no queda nada más que beber en la taza, con la intención de incorporarse, pagar e irse.

Pero su cabello oscuro aparece, y después su rostro, seguido de su figura entera.

Lucas, con el más sutil de los disimulos, desvía sus ojos hacia la mesa en la que ella siempre disfruta de su capuchino y su lectura, esperando a que deposite el bolso en la silla de la derecha.

Los segundos pasan. No aparta sus pupilas de la mesa ni alza la cabeza. De hacerlo, se daría cuenta de que la mujer se acerca a la mesa en la que él se encuentra, no a la que ha estado ocupando desde que él comenzó a fijarse en ella. No es consciente de ello hasta que su voz le llega desde el otro lado de la redondeada superficie de mármol. La distancia entre ellos es menor de dos metros de lisa, fría y blanquecina piedra.

-¿Disculpe, está ocupada esta silla?

Lucas le mira el rostro, impasible e incapaz de contestar.

-¿Le importaría que me sentase? –insiste con un tono dulce.

-No, en absoluto –dice una vez que recobra el habla. Señala la silla con la mano-. Por favor.

-Gracias.

Ante los incrédulos ojos de Lucas, la mujer toma asiento al otro extremo de la mesa y deposita su bolso en el suelo, a su lado. Ella sonríe al camarero y éste desaparece con rapidez en la cocina. Por fortuna para Lucas, él nunca ha sido de ese tipo de personas a quienes se les puede pillar desprevenidas fácilmente; y continúa sin serlo. Más bien es todo lo contrario: se las arregla con bastante soltura a la hora de sobrellevar situaciones inesperadas. Quizás sea debido a la maestría en el uso de la lengua que ha desarrollado a través de años de capturar sus sentimientos por escrito.

-Bueno –suspira ella-. Espero que no le importe si le hago algunas preguntas personales. Al fin y al cabo, responderlas es lo menos que puede hacer después de haber estado a lo largo de todo un año mirándome desde aquí.

Lucas pestañea y traga saliva en un intento por no revelar el asombro y el desconcierto que su decidido tono de voz acaba de causar en él. Es una situación absurda. Él se levantó esta mañana con la intención de observarla en la distancia, en la lejanía, solo, sin nadie que lo acompañara en su tarea, y mucho menos ella.

-Adelante –la anima, pretendiendo estar calmado.

-He estado meses preguntándome por qué me observa.

-Me gusta analizar todo aquello que veo, captar lo que hay a mi alrededor –contesta, ávidamente.

-¿Es usted fotógrafo?

-No.

-Entonces, ¿a qué se dedica? –inquire, sujetando su rostro entre las manos.

Ese gesto la hace parecer todavía más risueña de lo habitual.

-La respuesta a esa pregunta deberá descubrirla usted misma.

Él esboza una media sonrisa y ella gorjea.

-No sé cómo podría ser capaz de hacerlo. No le conozco, y usted a mí tampoco.

-Yo sí la conozco –contraviene.

-¿Ah sí? –pregunta con fingida sorpresa-. ¿Y cómo me llamo?

-Eso no lo sé –admite.

-Entonces no me conoce –asegura.

Lucas niega lenta y pesadamente con la cabeza, inclinando su cuerpo en su dirección para dotar a su tono de voz de mayor confidencialidad.

-Conocer a una persona no es solamente saber cuál es su nombre –discute-. Sin saber cómo se llama, yo puedo decirle que ama la literatura tanto o más que el aire que respira día tras día; sonríe a menudo, por lo que aventuraría que es usted una persona feliz; ordenada, y tal vez se encuentra algo estancada en sus rutinas. Además, apostaría a que no debe de tener más de veinticinco años.

La mujer permanece callada un par de minutos, evaluando al hombre sentado justo delante de ella, sopesando si debería quedarse o salir corriendo.

No es del todo incorrecto que ella aún desconoce dónde ha encontrado el valor para presentarse ante él del modo en que lo ha hecho minutos atrás. Tal

vez fuera la curiosidad que albergaba por saber quién es y por qué realiza grandes esfuerzos por esconderse -sin mucho éxito-, detrás de un periódico.

Un día, al subir los escalones y acercarse a su mesa, se percató de su escrutinio diario: al pasar la vista inintencionadamente por su sitio, sus ojos se encontraron y él desvió la mirada al instante de vuelta al papel. Fue en ese momento de confusión cuando reparó en que el periódico estaba del revés. Pensó en decirle algo, pedirle una explicación. En cambio, optó por disimular y fingir que no había visto nada. De ese modo, comenzó a estudiarlo ella también, en silencio.

Otra muchacha con algo más de sentido común habría dejado de frecuentar el restaurante tan pronto como se hubiera percatado de que un extraño solitario había estado acudiendo allí para espiarla, o al menos habría hablado con el camarero o el responsable del local. Cualquiera de estas cosas. Pero, lejos de asustarla, la situación generaba cierta curiosidad morbosa en ella.

Y el juego de miradas dio comienzo.

Son una versión moderna de Romeo y Julieta, robándose miradas furtivas el uno al otro, esperando con paciencia el momento preciso en que estarían a solas para susurrarse todos sus secretos.

-Veintitrés. Casi veinticuatro, para ser más exactos –dice.

-Y, ¿cómo se llama? –pregunta él, riendo.

-Adivínelo –lo reta, mirándolo a los ojos.

Nada además del silencio puede escucharse durante unos instantes mientras se sostienen la mirada. Con deliberada lentitud, una pícara media sonrisa aparece en su cara antes de aclararse la garganta y responder:

-Inés.

Los ojos de la chica se abren desmesuradamente, permitiéndole a él atisbar en ellos una gran e inesperada agitación.

-Está escrito en su colgante –explica Lucas, adelantándose a la pregunta que todavía no ha sido pronunciada en voz alta.

Ella eleva la mano para tocarse el cuello con la yema de los dedos. En efecto, ahí está: una pequeña medalla de plata con su nombre grabado. El silencio entre ellos vuelve y se queda un momento más. Ninguno de los dos aparta la vista.

-Ya que parece que usted sabe tanto sobre mí, sin duda merezco saber algunas cosas acerca de usted –alega, finalmente.

-No tengo demasiado que contar.

-Inténtelo al menos.

Lucas descruza las piernas y se mueve inquieto en la silla, estirando de sus dedos con la mano contraria. Frunce el ceño de manera casi imperceptible,

concentrándose en seleccionar las palabras correctas para no desvelar nada indebido.

-Mi nombre es Lucas Tena, nacido en Barcelona hace treinta y tres años.

-¿No acaba usted de decir que un nombre no nos hace conocer cómo es la gente? -alza una ceja con gesto inocente.

-Es más que suficiente esta vez.

La tensión y la incomodidad en su voz son respirables. Sus hombros están rígidos y su sonrisa fija.

-Es más de lo que en realidad quisiera usted saber –añade, revolviéndose un poco más sobre su silla para deshacerse de la sensación de malestar.

Ella sonríe, aceptando que no conseguirá nada sometiéndolo a una entrevista.

La mañana se transforma en una tarde dorada en lo que tarda un suspiro en unirse a la particular sinfonía dirigida por el viento. La charla es prácticamente inacabable. Se prolonga entre cafés que terminan por enfriarse sin remedio y risas sin sentido, de esas que no necesariamente precisan de un motivo justificado. De este modo, por arte de magia, pasan de ser unos extraños a conocerse mutuamente lo suficiente como para intercambiar anécdotas del día a día.

Después de un año de vivir en silencio -escondidos entre las sombras proyectadas por las páginas de un destrozado periódico-, el paso que les abrirá nuevas puertas que atravesar juntos ha llegado; puede que no de la manera en que Lucas había imaginado en un principio: las cosas no siempre ocurren conforme a lo que el hombre planea.

Hablan mucho de muy poco mientras la gente que los rodea viene y va. Un día más, el tiempo se ríe de él, volando, sin ofrecerle siquiera un segundo para pestañear. La culpa es de la mañana: ha separado tanto cada *tic* de su *tac* que ahora la tarde tiene que correr en contra de Lucas y compensar el retraso.

Él levanta la cabeza y mira en derredor. La terraza está vacía.

El resto de las sillas y mesas están desocupadas, listas para ser apiladas hasta el día siguiente. Un tanto confusa, Inés consulta su reloj de pulsera y retiene un pequeño grito de asombro antes de mirar a Lucas de nuevo.

-¡Es casi hora de cenar!

Se apresura y se levanta para poner sus cosas dentro del bolso con celeridad, palpando los bolsillos de sus pantalones vaqueros en busca de algunas monedas.

-No se preocupe, váyase –dice Lucas con un tono de voz tranquilizador-. Yo pagaré –Ella lo observa con detenimiento-. Es lo mínimo que puedo hacer para agradecerle el haberse acercado a un desconocido que podría resultar ser

un psicópata.

Inés parpadea repetidas veces, confundida, hasta que un brillo pícaro en sus ojos le dice que le está tomando el pelo. Ella suspira. Diría algo más, pero es realmente tarde y todavía tiene demasiado que preparar antes de irse a la cama. Sonríe y extiende el brazo por encima de la mesa, firme pero a la vez de una apariencia tan frágil que Lucas teme estrechar su mano por si acaso se rompe.

-Muchas gracias. Mañana se lo pagaré –asegura-. Que tenga una buena noche –y se da la vuelta.

Corre entre las últimas mesas con el bolso aún en la mano, bajando las escaleras como una centella, tan rápido que su perfume se queda enredado en el aire a su paso. Sigue ahí cuando Lucas cruza la terraza para ir a casa. Su aroma permanece como si hubiese sido capturado por una nube inmóvil, y solo él puede disfrutarlo aunque ella ya no se encuentre allí.

Sucede igual que la noche anterior.

En el segundo en que se sitúa delante del escritorio, la pluma cobra vida propia y se apodera de su voluntad, convirtiéndolo en un torpe y manipulado

autómata. Escribe hasta que se le acaba la última gota de tinta. Ha capturado fielmente todas y cada una de las palabras pronunciadas: pone una coma donde ella respiró, un punto y coma donde guardó silencio, y un punto y seguido donde lo dejó queriendo recibir un poquito más de ella.

Reaparece en su mente un rostro -cuyas facciones bien podrían ser las de un ángel caído del cielo-, enmarcado por una tupida cortina de hebras de seda negra, embellecido –si es eso posible-, por dos profundas y brillantes esmeraldas, coronadas por sus respectivos arcos de largas pestañas. Sus sueños continúan sucediéndose uno tras otro en un estado de seminconsciencia detrás de sus párpados cerrados y el tiempo desfila rápido.

Continúa soñando despierto durante horas, acompañado por la sensación de estar volando tan alto en el cielo que puede rozar una estrella con la punta de los dedos.

Todavía al acostarse siente que, en el instante en que cierre los ojos, no logrará dormir, sino que despertará del sueño en el que ha estado sumergido desde tiempo atrás. E inicia a reflexionar sobre ello. Por suerte, el usualmente inoportuno cansancio vence a la consciencia, convirtiéndose por una vez en la salvación de su cordura.

Poco antes de que el reloj de la mesita marque las dos de la madrugada, Morfeo se apodera por completo de su cuerpo y mente, apartándolo de todo

contacto con la realidad y llevándoselo consigo a un lugar muy lejos de todo lo que conoce, donde sus problemas se deshacen con la misma facilidad que el papel mojado.

3

El sol entrando por la ventana lo ciega en el instante en que abre los ojos; mueve las manos rápido, se cubre la cara con ellas y un profundo y grave sonido emerge de su garganta al gruñir de disgusto. Estaba tan inmerso en sus pensamientos la pasada noche que olvidó bajar las persianas. Ni tan siquiera corrió las cortinas.

Tumbado sobre su espalda, se pregunta a sí mismo si lo que ocurrió por la tarde fue real o, por el contrario, su cabeza le ha vuelto a jugar una mala pasada. Todo tiene un matiz idílico –el mismo que se presenta en los cuentos de princesas y príncipes que a todos nos gustan de niños-, que le impulsa a desconfiar de sus propios sentidos. Lo han engañado en varias ocasiones en demasiado poco tiempo...

Algo en él está cambiando, y lo sabe. Algo en su interior ya no es igual que antes, y eso le asusta. Porque no sabe de qué se trata, excepto que es una parte importante y substancial de aquello que lo convierte en quién es y no en ningún otro hombre. Su personalidad ha decidido tomarse un respiro para cambiar de aspecto y construir una nueva fachada que mostrar al mundo –totalmente diferente de la que tuvo en el pasado.

Salta fuera de la cama, despojándose de las sábanas con una mueca de angustia en el rostro. Necesita tomar una profunda bocanada de aire fresco. A pesar de ser muy temprano, la panadería está ya abierta. Mientras aguarda su turno, la idea de permanecer en casa y no ir al restaurante hoy cruza con brevedad su mente.

Lucas se niega a admitirlo, pero cada célula de su cuerpo nota la preocupación y el miedo: le asusta descubrir que ese día no fuera más que un producto de su asombrosa e ilimitada imaginación, que nunca haya existido; su inquietud es causada por la posibilidad de que su miedo se transforme en realidad.

Por mucho que intenta entenderlo, no puede. Últimamente hay muchas cosas que escapan a su entendimiento –demasiadas como para no resultar afectado-, y eso lo frustra más de lo que le gustaría. En teoría, él debería ser un hombre hecho y derecho. Con todo con lo que ha lidiado, es fácil suponer

que no le resultaría difícil enfrentar cualquier situación en la que se encontrara. Pero no es así.

La vida no le ha ofrecido nada como esto. Esa es la razón por la cual se halla desorientado, sin un cabo estable al que aferrarse y aguantar. Recuerda entonces una tarde en su amada Barcelona que creía haber olvidado.

La extrae del fondo de su mente y le sacude el polvo de encima.

De repente, el tiempo lo ha trasladado al puerto, a un día en el que el mar estaba decorado con cientos de veleros flotando en su calmada superficie, el viento haciendo bailar sus blancas e inmaculadas velas.

Puede sentirla a su lado, sus figuras separadas por solo unos cuantos centímetros. Su presencia y el calor emanando de su perfecto cuerpo. Están cogidos de la mano, sentados sobre un frío y blanco banco de piedra junto a las escaleras de acceso a la playa.

Recordar le provoca un agudo pinchazo de dolor en el pecho. Es casi un extraño, un intruso entre sus propios recuerdos.

Su memoria se detiene y el mundo real lo golpea de frente.

Vuelve a considerar la posibilidad de no acudir al restaurante, y comprende que ya es tarde para eso: él siempre va, cada mañana. Así, lo que empezó gracias a una inocente chispa de curiosidad, es ahora una necesidad,

un requerimiento para que sus días se completen. Ha recorrido un largo camino como para rendirse ahora. Además, Inés pensaría que él no quiere verla más, y eso no podría estar más lejos de la verdad. Emplear un año entero de cafés fríos para nada.

Incomprensiblemente, sigue rumiando esa idea una y otra vez cuando se encuentra subiendo las escaleras y camina hacia su mesa. Es un alivio comprobar que ella no se encuentra allí, aun si ello significa que dispone de más tiempo para pensar. No debe ser sano preocuparse tanto como él lo hace.

Decide no pedir el café; la esperará y lo tomarán juntos.

Como era predecible, viaja de nuevo veinticuatro horas atrás en el tiempo. A decir verdad, ha sido su primera y única conversación, su primer contacto real. Y resultó ir... bien. Su compañía fue más agradable de lo que él había creído. Le hizo sentirse vivo, parte de algo. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que se sintió del modo en que ella le hizo sentir.

Un movimiento en los escalones atrapa su atención.

Frunce el ceño. Hay algo distinto. ¿Es realmente ella?

En lugar de sus botas de suela plana, lleva puestos zapatos de tacón, que repiquetean en el suelo al tiempo que dibuja su camino para llegar a él. El otoño ya queda bien instalado, pero a juzgar por su vestido verde —la tela empieza justo encima de la rodilla, mostrando un par de pálidas, largas y

perfectas piernas-, a ella no le preocupa el tiempo lluvioso y el aire fresco.

Tiene que realizar un gran esfuerzo para mantener su boca cerrada. Necesita saber qué ocasión es tan especial que merece tal atuendo.

-Buenos días, señor Tena.

-Buenos días.

Al tiempo que busca algo en el interior de su bolso, Inés realiza un gesto con la cabeza al camarero, pidiendo su café.

-Me gustaría pagar mi deuda, por favor.

-¿Qué deuda? –pregunta él, fingiendo no tener ni idea de lo que está hablando.

-Ayer me fui y...

-Lo sé –la interrumpe-. No hay ninguna deuda.

-No es lo correcto –discute-. Por favor, cójalo.

Inés extiende un billete en su dirección.

-Nada me complacería más que aceptar su dinero, pero, desafortunadamente, no se vería con buenos ojos viniendo de un caballero –En sus labios se dibuja una sonrisa socarrona.

-Pues permítame que los cafés de hoy corran de mi cuenta –insiste.

-Tampoco me está permitido –niega Lucas.

Inés se muerde el labio en busca de una solución. Los ojos se le iluminan de pronto.

-Si, como dice usted, es un caballero, ¿acaso ha olvidado que una de sus reglas más importantes es la de siempre complacer a una señorita? –inquieta ella, elevando una de sus cejas.

-¡Por supuesto que no! –exclama, queriendo sonar ofendido-. Recuerdo todas las normas, señorita...

Lucas junta los labios. Acaba de ser consciente de que no conoce su apellido.

-Jiménez –acaba la oración-. Bien, señor Tena, pues resulta que yo soy una dama. O quizás usted sostiene una opinión distinta a la mía –Deja la frase flotar en el aire un par de segundos, contemplándolo directamente a los ojos. Como esperaba, Lucas no pronuncia una palabra y ella prosigue su discurso-. De modo que he dicho que es mi deseo pagar, y eso es exactamente lo que haré, a no ser que prefiera renunciar al título que ostenta con tanto orgullo.

-¡De ninguna manera!

Inés sonríe, proclamándose vencedora.

-Entonces, resígnese.

Lucas suspira al tiempo que se frota la barbilla con el dedo índice. Ha de admitir que ella sabe bien cómo emplear su propia arma para ganar una discusión. Le gustan las mujeres con la lengua afilada –otro punto a su favor-, y la forma en que insiste en tratarlo de usted le suscita interés y fascinación: hoy en día no hay gente joven que muestre tales gestos de respeto frente a personas que los superan en edad.

La suya es claramente una batalla perdida.

-Está bien, me rindo –se da por vencido, levantando los brazos por encima de la cabeza-. La siguiente factura es suya, mi señora –acepta con teatralidad.

Ella sonríe, orgullosa de su triunfo, y se dirige otra vez al camarero para que se aproxime con los cafés y la cuenta sobre una bandeja plateada. Deposita el billete en ella y el joven retrocede a su sitio con un asentimiento formal.

Se acomoda en la silla y alisa su vestido mientras Lucas remueve el café con aire distraído.

-Puede preguntar por el vestido.

La cucharilla se detiene en su movimiento circular y él dirige la mirada hacia Inés, reprimiendo su sorpresa. Ella se ríe y ladea la cabeza.

-No necesito que exprese en voz alta lo que hay en su mente –dice con

ternura-. Es muy fácil leerlo en sus ojos.

Es cierto que se muere por saberlo, por conocer la razón de que hoy luzca aquel atuendo que no deja demasiado a la imaginación. Parece que sea otro día cualquiera, sin ningún motivo especial por el que verse tan deslumbrante un miércoles por la mañana. Sin embargo, ha dejado de ser *otro día más* en el momento en que ella ha subido las escaleras con sus tacones.

-¿Cómo lo ha sabido? –quiere saber. Para ser justos, está un tanto preocupado, pensando que tal vez no sea tan bueno como cree sosteniendo falsas máscaras. *¿Estaré sentado frente a algún tipo de bruja lectora de mentes?*

Ella sonríe abiertamente, sitúa el codo sobre la fría y dura superficie de mármol de la mesa y apoya la barbilla en la palma de su mano, doblando el cuerpo en su dirección.

-Bueno, no es que sea precisamente una santa, ni mucho menos –alega entre fuertes carcajadas. Su risa se asemeja al más hermoso canto de los pájaros que Lucas haya escuchado jamás-. Debo admitir que, aunque tener la habilidad de conocer los pensamientos de otras personas sería de bastante ayuda algunas veces, desgraciadamente no he desarrollado esa capacidad.

Inés aguarda unos segundos más antes de continuar hablando, disfrutando de la sensación de saber con certeza que ejerce un tipo de desconocido

encanto sobre él.

-Me percaté antes del modo en que me miraba cuando subía las escaleras – revela al fin.

Lucas enarca las cejas y permite que sus labios se separen en un movimiento imperceptible. Inhala despacio.

-A fin de cuentas me voy a ver obligado a reconocer que sí es usted observadora –murmura.

Un ligero y para nada incómodo silencio se instala entre sus figuras durante los próximos minutos, atestiguando cómo ambos se pierden con brevedad dentro de sus propios pensamientos.

La mente de Lucas se afana por hallar una solución que pueda resultar satisfactoria a la hora de conseguir que su corazón desatienda su actual latido –frenético y fuera de control-, para volver a su usual y decadente ritmo. No hay posibilidad de ello. Incluso aunque cierre los ojos, la imagen mental de ella lo persigue hasta los lugares más recónditos y apartados de su consciencia. Y, en cualquier caso, ¿cómo deshacerse de algo de lo que ni él mismo se siente en absoluto seguro de querer dejar ir?

En el otro lado de la mesa, detrás de su encantadora sonrisa y sus ojos tímidos, ella se ve en medio de una lucha interna por recobrar al menos parte de su autocontrol. Su cuerpo tira de ella para que se levante y dé un paso

adelante, acercándose al sitio de Lucas. Ella es una mera espectadora en una pelea entre su lado racional y el resto de su ser. *¡Muévete y bésalo, tonta!*, la incita su parte física, dibujando un boceto mental a su cerebro y sus labios, haciéndola saber cómo sería sentir su boca y su respiración contra la suya. *Cállate, ¿estás loca? Mejor pídemle que salte de un acantilado sin ningún tipo de sujeción alrededor de mi cintura*, grita su cabeza, encerrando al instante su yo impulsivo en una habitación sin ventanas y con el picaporte de dentro arrancado. *Ahora siéntate ahí y estate quieta.*

Los cafés todavía humean cuando Inés rompe el silencio con una pregunta que de inmediato lamenta haber dejado salir de su boca:

-¿Le gusta leer? -*¿Qué pregunta simple y tonta es esa?*, se regaña a sí misma.

A pesar de intentarlo con todas sus fuerzas, Lucas no logra evitar reírse por dentro al considerar lo irónico que se le asemeja que, de entre el amplísimo y vasto abanico de preguntas que podría haber escogido, ella le haya lanzado precisamente aquella. Sin embargo, se ha de tener en cuenta que ella no conoce su historia.

Repasa con escaso detenimiento todas las posibles respuestas que puede ofrecerle, sopesándolas repetidas veces de forma rápida en cuestión de segundos.

-Sí –admite finalmente-. Lo cierto es que, de una forma o de otra, se podría decir que vivo enterrado entre libros.

Esboza una media sonrisa y elige con cautela las palabras que pronunciará a continuación, en un intento por desviar la conversación hacia algo que no lo convierta a él en el centro de interés.

-Usted también lee mucho.

-¿Cómo lo sabe?

-Siempre lleva consigo un libro dentro del bolso.

-¡Ah, claro! Olvidé por un momento que se ha dedicado a espiarme durante bastante tiempo –dice, en tono sarcástico. Toma un pequeño sorbo de café, casi frío-. Debí deducir que presta mucha atención a este tipo de cosas. Le gusta observar hasta el más mínimo detalle.

Inés no deja de sorprenderlo: cada vez que ella le otorga una revelación, algo en su interior hace temblar sus cimientos.

De repente cree que este es el momento perfecto –y quién sabe si también es el primero y el último que tendrá jamás-, para resolver sus dudas acerca de su fascinación por ‘La sombra del viento’. Habiéndolo leído ella en tantas ocasiones, ha terminado él por contagiarse de una poderosa e insistente curiosidad.

-Sinceramente, ¿qué tiene Zafón que la hace amarlo tanto? –inquire, empapándose de coraje al fin.

Ella alza la mirada y la clava intensamente en sus ojos, atrapándolos. Parece dudar un segundo, saboreando en su boca los vocablos precisos y correctos para construir una respuesta oportuna.

Tras un momento que para Lucas se vuelve eterno, ella deja escapar una única palabra envuelta en un susurro:

-Barcelona.

4

Lucas está completa y totalmente petrificado en el sitio.

Un escalofrío recorre su columna vertebral de arriba abajo y cruza todos los músculos de su cuerpo, tensándolos y obligándolo a adoptar una postura rígida.

Las preguntas que con frecuencia avasallan su mente se vuelven

instantáneamente más fuertes que nunca. *¿Por qué me recuerda tanto a mi ciudad natal? ¿Me crucé con ella alguna vez en sus calles?* Ahora, una nueva cuestión le preocupa más que cualquier otra. Una cuestión al borde de desencadenar un incontenible torrente de sucesos: ¿qué tiene que ver esta mujer con Barcelona?

Traga saliva de forma audible, sosteniendo el corazón en una mano. Toda la valentía que lo ha llenado minutos atrás acaba de desaparecer tan rápido como llegó, cayendo en picado a sus talones.

-¿Barcelona? –se las arregla para decir en un susurro.

-Sí, mi madre era de allí –Una sonrisa plagada de nostalgia se deja adivinar en una de las comisuras de su boca-. Nunca se desprendió del todo de esa ciudad.

Recobrando la compostura, Lucas se remueve en su asiento. Necesita saber más, con desmesurada urgencia, pero no puede hacerle ahora todas las preguntas que esperan apiladas en su mente, o de lo contrario ella huiría despavorida de su lado. Quiere conocerlo todo, por lo que decide que lo mejor será empezar por el principio.

-¿Ha estado alguna vez en Barcelona?

-No –niega con la cabeza.

Le parece adivinar una sombra de tristeza enturbiando su hermoso rostro. Él aguarda paciente a que continúe hablando; predice que le gustaría añadir algo más.

-Ella me enseñó catalán y solía hablarme mucho sobre Barcelona, acerca de sus calles y su gente –Suspira a la vez que esboza una media sonrisa-. Pero, ahora que ya no está aquí para recordármelo, solo me queda visitarla a través de los libros en los que se relata la historia de sus rincones.

Hay pena en su voz, y la ausencia de su madre no es la única causa de ello: se le suma el sentimiento descorazonador de cuando se quiere algo que no se es capaz de poseer.

Lucas se encuentra perplejo, atónito. Nadie le ha dicho nunca nada similar acerca de su amada ciudad, con tal emoción contenida en sus palabras, con una sinceridad tan palpable como aquella. Nunca ha conocido a nadie que pudiese vivir tanto como ella lo hace a través de las páginas de un libro, sus letras y la tinta capturada en las hojas de papel.

Del modo exacto en que él lo hace, como él adora vivir cada día, con literatura en vez de sangre corriendo por sus venas.

Sentir tan dentro de uno mismo un lugar que se encuentra en realidad tan lejos..., piensa para sí.

Mira a Inés sin verla realmente, y lo hace sin darse cuenta mientras le

propone una nueva pregunta:

-¿Nunca ha pensado en visitarla, en ir allí y vivirlo todo en su propia piel?

-Por supuesto que lo he pensado –asiente-, infinidad de veces. Pero jamás he reunido el valor suficiente.

-¿Por qué ese miedo? –inquire con suavidad.

-Barcelona me ha hecho enamorarme tan profundamente de ella por medio de las palabras que temo que toda la ilusión y belleza en mi cabeza, creada a partir de los recuerdos de mi madre y la tinta de los libros, se destruya y la ciudad de mis sueños resulte ser como cualquier otra ciudad costera.

¿Qué es lo que acaba de decir?

No es posible, ¿verdad?

Si lo es, entonces lo ha dicho alto y claro.

Enamorada... Está enamorada de Barcelona.

Inés la ama sin siquiera conocerla, sin haber visitado sus avenidas ni haber caminado a lo largo del paseo marítimo.

No. Sí que ha hecho todo eso. No físicamente, pero ha atravesado Barcelona de punta a punta miles de veces: cada esquina, prestando atención a cada ínfimo detalle. Ama una Barcelona hermosa, lo mismo que él, y tiene miedo de que no cumpla sus expectativas.

Pero Barcelona siempre será espléndida, admite, orgulloso.

-No la decepcionaría –dice, convencido y con voz calmada y esperanzadora-. Barcelona es tan bella como ha sido siempre, y lo seguirá siendo, no importa cuánto tiempo transcurra.

El –de nuevo- acelerado latido de su corazón le infunde coraje para que sus emociones abandonen su pecho y salgan al exterior.

-Es indiscutiblemente perfecta, tal como su madre la recordaba.

Una tímida sonrisa se dibuja en el borde de los labios de Inés. Respira hondo y lo mira a los ojos. Cuando habla se escucha cierta esperanza en su voz.

-¿De veras lo cree?

-Estoy convencido de ello.

Inés examina su rostro, lleno de sentimientos muy diferentes.

-Usted también ha sucumbido y está enamorado de ella, señor Tena – afirma. Lucas no se mueve, espera-. ¿Cómo puedo confiar en que no es su amor lo que hace que la encuentre extremadamente bella?

-Lo sabrá porque yo se lo mostraré –asegura con fiera determinación-. Algún día, si me lo permite –añade, intentando que su afirmación no suene tan directa.

Ella sonríe de nuevo, mostrándole su perfecta y perlada dentadura.

-¿Qué haría? –Se ajusta el bolso en lo alto de sus piernas cruzadas-.
¿Cómo se las arreglaría para que lo crea cuando me intenta convencer de que Barcelona es realmente así de maravillosa?

No existe ninguna duda por su parte. Ahora que su corazón se ha abierto, ya no hay nada que pueda contener las cosas dentro.

-La llevaría a ver el amanecer en el puerto antes de caminar por el paseo marítimo. Después iríamos a tomar un café en un pequeño restaurante en las Ramblas. Contemplaría la Sagrada Familia con sus propios ojos. Entonces, le puedo asegurar que, a esas alturas de la visita, ya estaría irrevocablemente enamorada de mi ciudad.

-¿Su ciudad? ¿Acaso le pertenece?

-¡Qué más quisiera! –exclama Lucas entre carcajadas-. Si fuera posible sería el hombre más afortunado sobre la faz de la Tierra, me sentiría bendecido hasta el día de mi muerte. Pero no lo es –Sacude la cabeza, abatido-. Más bien es todo lo contrario: soy algo parecido a un esclavo suyo.

Ella se muerde el labio un momento con aire pensativo.

-Si tanto la quiere, ¿por qué se marchó? –pregunta, luchando por comprender por qué un hombre preferiría soportar tanto dolor cuando podría

fácilmente tomar un tren y plantar los pies en su tierra en menos de seis horas.

Un rastro de tristeza alumbra los ojos de Lucas, en cuyos labios se traza una sonrisa de melancólica nostalgia.

-La abandoné. Me fui para poder olvidar, aun cuando eso significaba dejar atrás todo lo que me llenaba por dentro.

Se hace el silencio absoluto, corto aunque muy intenso. Admitirlo ha resultado más duro de lo que pensó en un principio.

-¿Tan malo fue?

-Al contrario –sonríe de nuevo-. Fue demasiado perfecto... hasta que se acabó.

No hay nada más que decir, nada más que añadir. Las palabras se dan a la fuga cuando más las necesitas y juegan al escondite entre pensamientos retorcidos y recuerdos capaces de desgarrar el alma entera.

-Lo siento, discúlpeme –se excusa-. No debí haberle preguntado.

-No se preocupe –asegura, cambiando la sonrisa triste que luce su rostro por aquella que hace que se le formen pequeñas arrugas en torno a los ojos.

Se sostienen la mirada mutuamente durante algunos minutos. Él intenta descubrir algo oculto detrás de aquellas esmeraldas de un intenso color verde; ella solo se pierde en la profundidad de sus ojos negros, infinitos. Ambos son

conscientes de que si ninguno de ellos dice nada, son capaces de pasar así, en esa misma posición, horas y horas.

-Se hace tarde –señala Lucas.

Inés consulta el reloj que adorna su muñeca izquierda y asiente con la cabeza.

-Si no me marchó ya, llegaré tarde a la entrevista –alega, recogiendo el bolso.

¡Así que era eso! Una entrevista de trabajo, exclama Lucas, resolviendo el misterio del vestido verde y los zapatos.

-Ha sido un placer compartir este rato con usted –comienza a despedirse, levantándose de la silla y devolviendo el periódico al camarero-. Espero volver a verla mañana, señorita Jiménez.

-Por favor, llámeme Inés –le sonríe-. Al fin y al cabo no ha esperado un año entero para llamarme por mi apellido y tratarme de usted, ¿no cree?

Lucas la observa un solo segundo.

-Puede ser –duda-. Quizás tenga razón.

-Quizás –ríe, subiendo la cremallera de su chaqueta.

-Entonces, ya puestos a tutearnos, me gustaría que me llamaras Lucas. Siempre he pensado que mi apellido no favorece en nada a mi persona.

-Como ya he dicho, ha sido un rato muy agradable, Lucas –dice Inés, tendiéndole una de sus suaves manos-. Te veo mañana a la misma hora.

-Sin dudar lo –coincide.

-Hasta mañana.

Su atención continúa fija en ella mientras desciende los escalones, y la mantiene incluso cuando ya la ha perdido de vista, hasta que el ruido de sus zapatos contra el suelo se vuelve inaudible.

Abotona la chaqueta y mete las manos en los bolsillos. Al despedirse del camarero se percata de una sonrisa de complicidad escondida detrás de su rostro, que pretende mostrar una inocencia inexistente.

Al igual que en días anteriores, la pluma sobre el papel no se detiene antes de que Lucas deje de sentir su dolorida muñeca. Pero esta noche es diferente.

Antes de dormir, saca una caja de cartón de encima del armario del dormitorio. Todavía está precintada con adhesivo marrón; la única caja que no ha abierto desde la mudanza. No se ha atrevido. Sin embargo, esta noche no es en absoluto ni parecida a las que vivió un año atrás. Tendría que quitarle el celofán algún día; él lo sabe, pues, aunque intente olvidar su pasado, es

imposible actuar como si nada hubiera existido. Por ello, decidido, corta la cinta, reabriendo heridas mal cerradas.

5

Hace ya más de un mes desde la primera vez que esa mujer tomó asiento frente a él en la mesa del restaurante.

Todo ha resultado extraño, aunque sorprendentemente reconfortante para su vida.

Se encuentran todos los días en la misma mesa. Los cafés se cuentan de dos en dos, y con frecuencia se encaminan hacia sus casas con tres tazas recorriéndoles las venas.

Se sorprende a sí mismo más y más cada día al llegar ante el escritorio, cuando toma la pluma y la tinta parece precipitarse hacia papel, como si se apoderase de ella una necesidad vital por capturar todo aquello que se agolpa en su cabeza. Necesita darle forma, modelarlo, dejarlo ahí plasmado de modo que no logre escapar.

Pero cuando termina de escribir nunca lo lee: sin dirigirle segundas miradas, lo guarda en la caja de madera destinada a esos escritos, exclusivamente a ellos. Ni tan siquiera revisa si ha cometido faltas ortográficas, ni las tildes, porque tiene miedo de encontrar sus sentimientos más puros ahí estrellados.

Presiente que ha cambiado, pero teme no reconocerse a sí mismo si se detiene frente a un espejo; y su espejo particular son las hojas de papel.

Algunas semanas atrás, una noche, bajó la caja del armario y reunió el coraje necesario para abrirla. Descubrió por primera vez en mucho tiempo que los sentimientos habían sido guardados también junto con el resto de los objetos que se apilaron dentro de ese baúl de los recuerdos.

Pasó entre los dedos las fotos que tan intenso dolor le provocan al fijar la vista en ellas. En la inmensa mayoría aparecían una mujer y dos niños. Fue en ese preciso instante que deseó volver corriendo a Barcelona, pero lo que encontró en el fondo de la caja lo obligó mantenerse inmóvil en el sitio.

‘Una estrella en la orilla’.

‘Velero fugaz’.

‘Paseando por Barcelona’.

Tres títulos dolorosos como tres dagas ardientes clavándose en las partes

más recónditas de su organismo.

Los releyó una y otra vez.

Lucas los conoce a la perfección.

Los vivió hace tiempo, y ahora han quedado detrás de él, atrapados en sus historias, en las letras que les otorga la vida cuando alguien los lee. Conforman una parte importante de su pasado.

Devolvió todo al interior de la caja. Sin embargo, no la colocó en la balda más alta del armario, sino que la deslizó bajo la cama, deseando con fervor tener fuerza para vivir así con el pasado más cerca y derrotar al dolor de una vez por todas.

Cuando camina aproximándose al camarero con la intención de pedir su periódico –pues a pesar de que ya no lo necesita para ocultarse de la mirada de Inés, se le antoja raro no tenerlo consigo-, es el joven quien habla primero

-La mujer que normalmente se sienta con usted no va a poder venir hoy –lo informa, casi intentando excusarse. Por un segundo el corazón de Lucas se detiene en seco y está a punto de romperse en un millón de pedazos. Por fortuna, añade:- Me pidió que le diera esto.

El hombre le extiende un papel doblado por la mitad. Lucas lo coge sin conseguir disimular el temblor de sus dedos y el joven se retira tras asentir con un movimiento de cabeza para atender a los demás clientes.

Lucas no mueve un solo músculo durante unos segundos, hasta que decide leer lo que quiera que ella desee decirle. Encuentra una nota escrita con letra pulcra y limpia, sin errores ortográficos, estilizada por su carácter a lo largo de los años. Se trata sin duda de una caligrafía dulce.

La lee con detenimiento, procurando que las letras no abandonen la superficie del papel y se vayan volando junto con el aire otoñal: tal y como ya le ha informado el eficiente camarero, Inés no puede acudir a su encuentro esta mañana, pues, según reza la nota, debe estar presente en una conferencia en la universidad. Vuelve a plegar el papel y lo guarda en el bolsillo izquierdo de su chaqueta.

Una cierta sensación de incomodidad lo invade y comprime un tanto su corazón con un escalofrío. Únicamente una persona ha hecho emerger ese sentimiento en su interior; una persona a la que jamás podrá volver a ver.

Lucas sacude la cabeza con energía intentando deshacerse de esa incomodidad y toma una bocanada profunda de aire.

Considerando que no será posible hablar con ella esta mañana, empleará su tiempo en despachar todas esas tareas para las que nunca encuentra un

hueco, como dedicar algo de atención al pequeño jardín que ocupa casi la totalidad de la superficie de su balcón –aunque se asemeja más a una pila de maceteros llenos de tierra y con matojos marchitos en su interior. Además, quién sabe, tal vez pueda dar un paseo hasta la universidad una vez haya terminado con la restauración de sus flores.

Se encamina en dirección a casa, consciente de que hay una pequeña floristería en una de las calles por las que tiene que pasar.

Se mueve cerca de los estantes un largo rato, tratando de tomar una decisión sobre cuáles son las plantas más adecuadas para el minúsculo espacio del balcón de su dormitorio. Tras meditarlo y testar el aroma de al menos el noventa por ciento de las flores de la tienda, finalmente elige algunos geranios rojos y blancos, y hiedra con el plan de cubrir la triste y desnuda pared de feos ladrillos naranjas.

Mientras la florista sitúa las macetas en una caja y Lucas extrae un billete de su cartera, advierte en una esquina un ramo de flores que le saca una sonrisa espontánea.

Sin dudar un momento, lo añade al interior de la caja.

Sus manos están llenas de tierra húmeda, negra, cuando termina de plantarlo todo en los tiestos más grandes. Contempla los geranios, que pronto perderán sus flores con la llegada del invierno. Se seca el sudor de la frente con la manga de la camisa y suspira, satisfecho con su trabajo. Después de lavarse las manos a conciencia en la cocina, comprueba cuánto tiempo le queda y decide darse una ducha rápida.

Mientras trasplantaba las plantas de una maceta a otra, Lucas ha tomado una decisión: el momento ha llegado; no para dar la vuelta a la página, sino para cambiar por completo y de forma drástica de libro. Necesita leer otra historia y dar por concluida la anterior, ya que no quedan más hojas en blanco en las que escribir; los futuros capítulos han sido arrancados para siempre.

Y el primer párrafo de la nueva novela, es reunir valor, del mismo modo que hizo de tripas corazón cuando abrió la caja de cartón, e ir a por todas en su misión de ganar el amor de la chica del restaurante.

Para llegar a esta conclusión, su conciencia ha luchado por disuadirlo, remarcándole que diez años de diferencia de edad son muchos años, que ella no es más que una niña metida en el cuerpo de una mujer. Su mente hacía trampa. Inés no es en absoluto una niña: se encuentra cerca de los veinticuatro años; ya ha terminado su carrera y vive sola en su propio apartamento. Las huellas de sus años de adolescencia –que aún pueden adivinarse en su belleza

externa-, desaparecerán día tras día con la fugacidad del paso del tiempo. Puede probarse con facilidad gracias a su carácter maduro y adulto, quizás más afianzado que la forma de pensar de algunas personas mayores que ella.

Inés sabe lo que quiere en la vida y lucha con fiereza por obtenerlo, y ese es uno de los detalles que más le gustan de ella. Había tardado un año en darse cuenta de que lo que realmente le ocurre con aquella mujer de ojos verdes es que está enamorado de ella. Ahora que por fin lo ha comprendido no permitirá que se le escape con facilidad.

Lucas se seca con la toalla y la echa al cesto de la ropa sucia. Se cepilla los dientes hasta que le duelen las encías y sale de casa con el ramo de flores en una mano.

Violetas, pensó en la floristería, riendo al tiempo que recordaba la fragancia de su perfume: violetas. Es difícil para Lucas contener el impulso de cerrar los ojos e inspirar hondo cada vez que ella llega junto a él o se levanta de la silla, haciendo que el aire se remueva en todas direcciones. Es tan dulce y fresco, alegre.

Antes de que pueda pestañear dos veces, se encuentra a sí mismo en el centro del campus, rodeado de edificios de ladrillo rojizo que confluyen en el centro de una amplia plaza.

Se detiene junto a un manzano que ocupa la posición central en el patio con

envidiable elegancia. No hay nadie, a excepción de una pareja sentada en uno de los bancos diseminados por ese espacio amplio.

Consulta su reloj de muñeca otra vez. Ya es la hora, no debería tardar mucho más tiempo. Tras algunos minutos, las puertas del edificio que se erige con mayor imponentia, el cual también goza de una posición privilegiada al fondo de la plaza, se abren y la gente comienza a precipitarse hacia el exterior. Lucas mira en derredor, tratando de encontrarla, y cuando al fin la ve salir arropada por la muchedumbre, esconde las flores detrás de su espalda.

Ella está con una chica rubia de piel tostada. Inmediatamente, no consigue evitar pensar que su compañera es lo más parecido a su antítesis; la cara y la cruz de una misma moneda. Se pregunta de quién se trata, y es ella misma la que se percata de que Lucas las está observando desde su posición en la distancia.

Cuando Inés se gira en la dirección que señala su amiga, su rostro pasa por la sorpresa y el asombro antes de mostrar una sonrisa. Él nota cómo ella susurra palabras rápidas al oído de la rubia, a la que se le agranda de forma excesiva la mirada y ríe. Lucas daría ahora mismo lo que fuera necesario para saber qué es lo que ha dicho que le resulta tan divertido. Se despiden la una de la otra en un segundo y camuflan un gesto que incluso él desde la lejanía es capaz de descifrar: la llamará más tarde.

-¿Qué haces aquí? –pregunta, jadeante, cuando llega hasta él, con un aire de sorpresa todavía cautivo en su mirada.

-¿No te alegra verme después de haberme dejado plantado? –Finge estar ofendido-. Y yo que te traía algo...

-¡Claro que me alegro! –exclama situando los brazos en jarras sobre las caderas-. Es solo que no esperaba encontrarme hoy contigo. Te dejé...

-Una nota, sí –la interrumpe.

-Exacto.

-En cuanto a eso, bonita caligrafía.

Inés suspira y pone los ojos en blanco.

-¡Oh, por favor! Mi letra es peor que la de un niño pequeño aprendiendo a escribir –ríe haciendo un mohín.

-Créeme –insiste Lucas-. Cuento con un vasto conocimiento sobre el tema.

Ella lo mira, cautelosa, y asiente con un imperceptible movimiento de cabeza, al igual que ya ha hecho con anterioridad en múltiples ocasiones. Parece dudar un instante y después frunce el ceño.

-Has dicho antes que me habías traído una cosa.

Lucas no distingue en su tono si se trata de una afirmación o de una

pregunta.

-Sí –le regala una tímida sonrisa-. Eso es lo que he dicho.

-¿Por qué?

-¿Es necesario preguntar el motivo cuando alguien te hace un regalo? –
inquieta en un intento por desviar su atención.

Lo cierto es que cualquiera en su lugar querría saber por qué Lucas
aguarda allí de pie cuando claramente nadie lo esperaba.

-Sí cuando no es esperado –remarca Inés.

Lucas eleva la mirada hacia el cielo, un gesto muy inusual para él, y sitúa
el ramo frente a ella, dividiendo en dos el espacio existente entre sus figuras.

-Pues no hay nada que preguntar en esta ocasión –replica él con un suspiro
corto.

Ella observa su cara con el rostro lleno de incredulidad, alternando
ojeadas que viajan desde él hasta el buqué de florecillas púrpuras.

-¿Son para mí? –dice con apenas un agudísimo hilo de voz.

-No, son para aquella mujer de allí –contesta, no sin palpable sarcasmo,
señalando con la barbilla a una anciana de aspecto afable que descansa en un
barco a escasos metros de ellos-. ¿Debería acercarme ahora o esperar hasta
que esté a punto de irse? Pero aguarda... ¿qué hago si resulta ser alérgica a las

flores?

Lo mira de nuevo, ignorando sus burlas y ofreciéndole una abierta y sincera sonrisa, toma el ramo en sus manos y lo rodea con cuidado uno de sus brazos, como si estuviera acunando a un recién nacido. Cierra los ojos, mueve con ligereza las pequeñas flores violetas bajo su nariz e inspira hondo. Cuando los reabre –aunque lucha por no dejarlo traslucir-, sus esmeraldas derrochan felicidad.

-Muchísimas gracias, Lucas –susurra, su voz irremediablemente cargada de afecto-. ¿Cómo puedo agradecértelo?

-No tienes por qué hacer nada –niega, acompañando sus palabras con la cabeza-. Pero, puesto que sé que insistirás hasta que de mi brazo a torcer –continúa tras adivinar sus intenciones de interrumpir su discurso-, podrías aceptar mi invitación a comer.

-Pero... –intenta objetar.

-En realidad ya he reservado mesa –añade Lucas antes de darle más tiempo para comenzar a estructurar una frase coherente.

Inés resopla en silencio y examina la mano que él mantiene extendida hacia ella. Piensa en ello durante al menos la totalidad de un minuto al mismo tiempo que se muerde el labio inferior con timidez. Ha pasado meses a la espera de que este momento se presentase, observándolo de reojo cuando se

afanaba por acurrucarse detrás de las hojas de papel de su periódico, ese que al parecer nunca logra terminar de leer: siempre el mismo diario, la misma portada idéntica a la de cada mañana.

No ha pasado largo tiempo desde que descubrió el verdadero y completo sentido de todo lo que Lucas le hace sentir cuando se encuentra cerca de ella. Y ya ha tomado una decisión: la decisión de continuar disfrutando de su compañía tanto como a él le parezca oportuno.

Clavándole los ojos, estira el brazo que le queda libre para tomar el que Lucas le ofrece.

-De acuerdo –acepta-. Pero no puedo volver a casa muy tarde.

Como toda respuesta, Lucas sonríe y emprende la marcha sosteniendo su mano. La anciana del banco los mira cuando pasan juntos por delante de ella. Es la única testigo de lo que acaba de empezar entre ellos.

Está nervioso. Ambos lo están.

Intentan ocultarlo el uno del otro, mas no es posible. Tanto que en algunos momentos se asemejan a dos niños interpretando un papel en su juego de ser adultos. Él no cesa de arrastrar el tenedor por la superficie del plato,

cambiando la comida de un lado a otro; por su parte, ella no consigue parar de jugar con la servilleta de tela color granate.

Es difícil de creer que sea precisamente ahora –más de un mes después del comienzo de sus conversaciones en esta misma mesa-, sin vergüenza ni pelos en la lengua, cuando las palabras se quedan atrapadas en la profundidad de sus gargantas.

La botella de vino se vacía a una velocidad imparable, y con ella también se les acaba el tiempo para pensar en algo que decir. Brindan antes de servirse una última copa y apurar las últimas gotas pegadas al vidrio oscuro.

-Me alegro de que aceptases.

El nudo que siente en la entrada de su estómago se aprieta un tanto, o al menos esa es la sensación que lo recorre por dentro.

-Podría haberte rechazado.

-Sabía que no me harías eso –le sonríe maliciosamente.

-¿Observación?

-No –niega-. Esta vez ha sido pura intuición.

-Confías demasiado en tu intuición –apunta.

-Vivo de ella, de modo que más vale que sea buena, ¿no crees?

-No lo sé –Inés sacude la cabeza y la inclina a un lado.

Se muerde el labio un segundo y aparta la mirada.

-Aún no me has dicho cómo te ganas la vida –lo acusa, moviendo su cuerpo en su dirección.

Lucas toma una honda bocanada de aire y pasa los dedos a través de su cabello mientras dibuja una falsa sonrisa. Después posa sus ojos sobre ella, sin verla realmente.

-Eso es porque no tengo ninguna prisa en que lo sepas –alega, imitando su gesto. Ahora solo unos pocos centímetros separan sus caras.

Inés se mantiene pensativa. Lo tiene justo en frente, pero puede sentir de manera clara que en realidad está tan distante... *¿Tan diferente es? ¿Qué tiene que esconder?*, se pregunta a sí misma. Está peleando por descubrir qué es lo que hace que él se mantenga lejos de su alcance, qué le impide a ella alargar la mano y tocarlo para cerciorarse de que verdaderamente se encuentra aquí y ahora con ella.

-Un día lo sabrás –asegura Lucas al fin tras intuir que los pensamientos de Inés están volando más lejos de todo este asunto a cada minuto que se les escapa-. No te impacientes por descubrirlo. No es bueno vivir con prisa.

-La vida misma es impaciente –rebate, dotando a sus ojos de un aire serio

a la par que su rostro preserva su dulzura natural-. ¿Por qué deberíamos ser pacientes cuando el mundo no lo es con nosotros?

-Porque tenemos la misión de ganarle la partida a la vida –explica Lucas-. Juega muy sucio. Siempre está buscando nuevos medios para ponernos a prueba con sentimientos que, si son manipulados y mal comprendidos, pueden hacernos alcanzar la infelicidad con una rapidez espeluznante: el odio, la pena, la duda, la inseguridad... y la prisa y la inquietud. Estas dos últimas suelen ser los peores obstáculos a los que nadie podría enfrentarse.

Ella reflexiona sobre lo que acaba de decir y acto seguido añade una nueva cuestión a la lista que ha estado escribiendo en su mente: ¿cómo puede saber tanto? Nunca podría haber imaginado que conocería a un hombre que hablase de ese modo, con una propiedad tan marcada y la filosofía a flor de piel en todo momento, capaz de salir a relucir cuando uno menos se lo espera.

Por otra parte, él también tiene sus propias dudas corriendo sin restricciones por su cabeza; dudas que no le permiten dormir por las noches y que le hacen continuar escribiendo durante horas, sin importar el momento ni el lugar en el que esté.

Lucas quiere que ella lo entienda, que sepa lo que él piensa sobre todo esto y que así la situación pueda ser un poco más fácil; pero para ello Inés debe saber. Tendría que mostrarle su vida, paso a paso, con cuidado y

poniendo todo su empeño y tenacidad en que recordase luego cada ínfimo detalle. Lo ha considerado en un millón de ocasiones; no había tenido el coraje. Así pues, tiene miedo de que ella interprete su silencio como una mentira contenida y no como lo que de verdad es: un pasado le que cuesta sangre, sudor y lágrimas asumir.

La única cosa que necesita Lucas es tiempo, y así se lo hace saber:

-Dame tiempo –pide bajo su atenta mirada verdosa.

De nuevo los nudos en su estómago y garganta aparecen, incluso más apretados en esta ocasión. De algún modo, se las arregla para seguir hablando:

-Debes estar pensando en lo estúpido de resulta la profesión de uno, pero en el momento en que lo sepas tendré que contarte y explicarte muchas cosas si quiero que llegues a conocerme y entenderme en mi totalidad. Y existe la posibilidad de que tampoco entonces me comprendas del todo –Para cuando ha terminado la última frase, desvía la mirada hacia el suelo y su voz amenaza con romperse.

Se crea un breve silencio, en seguida roto por las palabras de Inés.

-Entonces –comienza en cuanto las palabras de Lucas terminan de penetrar su subconsciente-, tómame todo el tiempo que necesites.

Lucas alza la vista y sus labios se abren lo justo para que el aire abandone

su boca en un callado suspiro, mezcla de asombro y alivio.

-Yo solamente quiero entenderte –añade, extendiendo el brazo sobre la superficie de la mesa.

Lucas dirige sus ojos hasta encontrar los suyos. Su tono de voz se debilita y finalmente se convierte en apenas un murmullo. Traga saliva.

-Créeme, yo también lo deseo –le asegura, cogiendo la mano que ella le tiende sobre la mesa-. Si pudiera te habría contado ya todo aquello que sigo guardando solo para mí, pero aún no es el momento adecuado –Suspira, cuestionándose si podrá hacer que Inés se quede-. Necesito que confíes en mí hasta que pueda confesártelo todo.

Intercambian miradas un instante más y entrelazan los dedos de las manos, dejando que el silencio sea el que hable durante unos segundos que parecer eternos. La tensión en el interior de Lucas sigue creciendo, haciéndole sentir ansioso con la simple idea de que exista la posibilidad de perderla por ser un cobarde, por no lograr combatir sus demonios tan rápido como ella necesita que él encuentre una luz en la oscuridad y la siga. O quizás ya haya dado con un punto brillante que alcanzar; probablemente ella es el faro que prevendrá que se vuelva a estrellar contra los acantilados de roca.

Y luego la temida respuesta de repente sobreviene:

-Lo haré, Lucas –asiente con una media sonrisa y apretando su mano en un

ademán protector.

6

La primera vez que Lucas la besa teme que se le haya olvidado cómo hacerlo después de que haya pasado tanto tiempo. Por fortuna, no es así.

Este primer beso puede ser descrito como un beso de película, de esos que sabes que recordarás para siempre. El único problema es que ahora, cada vez que cierra los ojos, se imagina instantáneamente a ambos desnudos sobre una cama. Incluso entonces, el cosquilleo y la satisfacción que le invade son con exactitud las mismas que las que cualquiera sentiría mientras observa a una pareja besarse en la última escena de un largometraje en el cine.

Han pasado más de tres meses desde que ella se sentó en la fría silla encarándolo por sorpresa, cuando el otoño estaba empezando a desempaquetar sus cosas de las cajas y Lucas descongeló buena parte de su ser. Mucha agua ha caído del cielo desde entonces, muchos cafés, cientos de risas e infinidad de miradas causantes de sonrojos embarazosos.

Y en el momento en que al fin llega el esperado beso, no pueden evitar preguntarse: ¿por qué ahora y no antes? La pérdida de tiempo es uno de los pecados capitales que conforman la lista personal de Lucas, quien lucha arduamente por no cometer ninguno de ellos.

Piensa en ello durante algunas milésimas de segundo, pero desecha la idea en seguida tras realizar en su cabeza un rápido y sencillo razonamiento: si se encuentra aquí, en este lugar y en este preciso momento, con ella, no ha sido en absoluto una pérdida de tiempo, sino más bien todo lo contrario. Se trata de un gran éxito, un triunfo no solo para alcanzar ese futuro que desea, sino también una victoria contra su negro pasado, en desacuerdo con el anclaje a los recuerdos que tanto daño le causan al mantenerlo atado por demasiado tiempo.

Es aquí, en este preciso instante, bajo el almendro del jardín del museo más conocido de la ciudad, donde se da cuenta de ello, con el pelo de Inés entre los dedos y el frío acomodado en cada una de las fibras de su cuerpo.

Dura eso, apenas un instante en el que, sin embargo, parece pasar lo que una estrella tarda en nacer y morir. El infinito entero se abre paso y se interpone entre ellos y el tiempo.

Dos meses atrás compartieron su primer almuerzo decente después de que Lucas se presentase por sorpresa en la universidad con un espectacular ramo de las flores favoritas de Inés. Por fin había tenido el coraje suficiente ese día

para pedirle que lo esperase hasta que se sintiera lo suficientemente seguro de sí mismo para revelar todo aquello que concierne a su existencia, cada detalle que lo ha conducido a desembocar en el momento en el que la descubrió sentada en la terraza de un restaurante en esta ciudad lejos del lugar al que solía llamar hogar.

Creyó que diría que no; se convenció de que Inés se daría por vencida con él, cansada de lidiar con un hombre rodeado por demasiadas sombras e incertidumbres. Ella es joven y una de las mujeres más hermosas que haya visto es toda su vida. Podría tener a cualquiera arrodillado a su lado si quisiese. En vez de eso, continúa compartiendo su tiempo con él, un alma rota —quizás sin ninguna posibilidad de volver a recuperarse.

Su corazón dejó de latir unos cuantos segundos cuando ella aceptó concederle la cantidad de tiempo que necesitase. No podía creerlo, su cerebro le gritaba que debía haber algo que se le escapaba; tal vez había oído mal. Pero no existía tal error: Inés estará ahí para él.

Y cumplió su palabra; no lo presionó sobre el tema ni realizó preguntas que pudieran hacerle sentir incómodo. Inés quería saber, y sabía que lo haría en cuanto él estuviera preparado, de modo que no había prisa por acelerar el curso natural de las cosas. Como Lucas le dijo, la paciencia en el ser humano es una de las virtudes más ventajosas, aunque con frecuencia infravalorada.

Han compartido almuerzos, cafés, conversaciones interminables y largos paseos alrededor de la ciudad. Incluso han disfrutado de la Navidad en mutua compañía, una de las épocas más familiares y encantadoras del año. Para bien o para mal, no tenían a nadie con quien celebrarla, por lo que –aunque la idea sonaba extraña para ambos en un principio-, decidieron casi inintencionadamente no interrumpir sus encuentros diarios.

Lucas se sorprendió a sí mismo encaminándose hacia el restaurante con un pequeño paquete a buen recaudo en el bolsillo interior de su abrigo, dándole la sensación de que pesaba más de mil kilos en lugar de unos pocos gramos. La causante de ello era la incertidumbre de no saber si acertaría o erraría al darle a Inés un regalo de Navidad.

Sabes que perfectamente podrías parecer un auténtico lunático, ¿verdad?, se cuestionaba a sí mismo en su camino escaleras arriba. Ella ya se encontraba allí, sentada en su silla junto a su mesa, la de los dos. Resultaba curioso cómo *su* mesa de *él* había terminado por convertirse en *su* mesa de *ellos*; raro aunque reconfortante en cierto modo.

Tomaron café y hablaron de lo hermosa que se veía la ciudad ahora que la nieve había hecho acto de presencia al fin. No fue hasta el término de la

mañana cuando Lucas se armó de valor e, inspirando hondo, introdujo su mano dentro de la chaqueta, extrajo el regalo y se lo tendió a ella. Inés lo miró un instante, pestañeó y con una abierta sonrisa tomó su bolso para sacar de él una caja.

-He de admitir que he estado esperando toda la mañana desde que llegaste para dártelo, pero no podía parar de pensar en lo estúpida que parecería si pensaras que no estoy aún en posición de hacerte un regalo –Fue su corazón el que habló, no su mente, y sus mejillas adquirieron un tono rojizo al ruborizarse.

Lucas parpadeó un par de veces con rapidez, incapaz de asimilar que ella tenía las mismas inseguridades que él, el mismo miedo a ser catalogado como un ser ridículo por una persona que es importante para uno.

A ella le encantó el marca páginas de plata en forma de pluma que él pensó que sería infantil, aburrido e inútil, puesto que ya debía tener muchos en casa; y a Lucas le quedó afónica el habla al abrir la pequeña caja y encontrar dos entradas para una exhibición de arte.

-Un fotógrafo local presenta su nueva colección en la Casa de la Cultura hasta mediados del mes de febrero. Es sobre Barcelona, así que se me ocurrió que tal vez te gustaría.

Inés estaba esforzándose por controlar su voz y no permitir que se

rompiese a causa del nerviosismo y la emoción. Así, cuando él le preguntó acerca de la segunda entrada, ella no pudo evitar apartar la mirada y sonrojarse de nuevo. Si bien para la mayoría de las cosas Lucas cuenta con una intuición asombrosa, cuando se trata de asuntos que requieren cierta investigación emocional sus conclusiones no suelen ser demasiado acertadas.

-Bueno... -comenzó a justificarse, midiendo sus palabras-. Compré dos pensando en que quizás podríamos ir juntos...

Inés dejó de hablar; de repente no halló más fuerzas para continuar después de que una idea inesperada cruzase su mente: *él no quiere ir conmigo*. Tan pronto como advirtió los labios de Lucas separándose para decir algo, reunió el coraje para seguir, y entonces ya no pudo parar:

-Pero, por supuesto, puedes ir con quien quieras, es un regalo. Puedes llevar a cualquiera de tus amigos, o darle las entradas a alguien si no te apetece ir o si ni siquiera te gusta la idea. Porque ha sido estúpido, no debí haberlas comprado porque es obvio y de sentido común que en el caso de que quisieras ver algo sobre Barcelona irías directamente a coger un tren y estarías allí en tan solo unas pocas horas, así que seguro que estás pensando que soy una tonta y preguntándote a ti mismo por qué demonios se me ocurrió que podía regalarte algo por Navidad...

Los ojos de Lucas se abrieron desmesuradamente ante la rapidez con la

que las palabras salían de su boca, casi atropellándose las unas a las otras y contagiándose de la histeria que se iba adueñando de Inés con cada frase que terminaba. En menos de un minuto sus cejas se alzaron y una media sonrisa se dibujó en su rostro al comprender lo que estaba ocurriendo. Sacudió la cabeza en un gesto imperceptible, ya consciente de lo tonto que había sido al preguntarle acerca de la segunda entrada y la confusión que acababa de sembrar en la pobre chica que, frente a él, trataba de excusarse a una velocidad de vértigo por algo que no debía.

Esperó unos segundos más, casi divertido por la expresión de niña confusa que mostraba su rostro mirando a todos lados excepto hacia delante. Le parecía imposible que alguien pudiese oxigenar apropiadamente sus pulmones al tempo que Inés ejecutaba su discurso improvisado. Si continuaba así terminaría hiperventilando y al borde de un ataque de ansiedad.

-...y primero pensé que sería una buena idea, y luego que no, después otra vez que sí y otra vez que era la peor idea de la historia. Y no sé cómo he podido encontrarme a mí misma esta mañana metiendo las entradas en el bolso antes de salir de casa y...

-¡Inés!

La irrupción de la voz de Lucas y el escuchar su propio nombre la petrificó en el sitio, impidiendo que pronunciase una palabra más. Con

lentitud, dirigió su mirada asustada y perdida hasta encontrar los ojos de Lucas y esperó. Finalmente se pudo ver cómo se le hinchaba el pecho, indicando que sus pulmones se llenaban de aire.

Lucas adelantó el cuerpo contra la mesa unos centímetros sin dejar escapar las dos esmeraldas que lo observaban brillantes, del mismo modo que un gato estudia la escena cuando es descubierto por no ser sus movimientos lo suficientemente sigilosos.

-Por favor, cálmate –le instó, marcando con pausa las sílabas.

Aunque su boca se mantenía abierta, los sonidos habían cesado por completo de abandonar su garganta. Él estiró el brazo hasta encontrar su mano y la apretó con suavidad.

-Me encantará ir contigo –aseguró. Acompañó la frase con una media sonrisa que en seguida contagió a Inés-. No tengo a nadie más con quien ir –explicó-, pero aunque hubiera otra persona, solo iría contigo.

Conforme pronunciaba esas palabras, él mismo se percató de que sus murallas se habían derrumbado hasta límites insospechados, eran casi puras ruinas. No quedaba en pie ningún límite de altura y fortaleza suficientes como para ayudarlo a mostrar únicamente la cantidad adecuada de sí mismo nunca más.

-Feliz Navidad –dijo ella, recuperando su habitual sonrisa inocente.

Después de un silencio breve, pidieron otro café y retomaron el hilo de la conversación sobre la exhibición. Lo que no hicieron en ningún momento hasta que tuvieron que volver a casa fue soltarse las manos que Lucas finalmente se había decidido a unir.

Los días pasaron después de aquello y una especie de conexión invisible no cesó de crecer entre ellos, hasta que a ambos les fue imposible negar que existiera y era tan real como el aire, que notas en la cara pero no puedes ver.

Así, es ahora —durante una de sus caminatas a través del parque—, cuando la conexión que han estado sintiendo desde largo tiempo atrás se confirma con la silenciosa promesa de un nuevo comienzo.

Una brisa fría vuela por en medio de sus figuras, lo que les impulsa a moverse un tanto el uno hacia el otro en busca de calor. Intercambian miradas tal como lo han hecho en innumerables ocasiones antes que esta, pero hoy se trata de una mirada cómplice que anticipa lo que está a punto de ocurrir.

Antes de que Lucas tenga tiempo de ser consciente de lo que sucede, sus labios han buscado y encontrado su boca y sus párpados se han cerrado. Él contiene el aliento, temeroso de que el encantamiento se rompa si mueve una sola célula de su organismo. Se queda quieto, por lo que es Inés quien se

acerca más aún a él, rodea su cuerpo con los brazos y se alza sobre las puntas de los pies con la intención de acortar más la escasa distancia –casi nula- que los separa. Con su movimiento, él abre los ojos y la mira, mudo. Contempla su cara dulce por menos de medio segundo mientras sus párpados todavía continúan bajados, justo antes de levantar las manos y posarlas con delicadeza y suavidad a ambos lados de su rostro.

Lucas inspira y no duda esta vez cuando inclina la cabeza para besarla de nuevo. Sus labios no se mantienen alejados durante más de un pequeño instante al mismo tiempo que siguen bebiendo de este primer beso que consigue que el tiempo a su alrededor de congele. El frío no penetra en sus cuerpos, ahora templados por una intensa llama de felicidad; el ruido proveniente de las calles no llegan a sus oídos, y el único sonido que son capaces de distinguir es el frenético latido de sus corazones y el roce urgente de sus labios, buscándose.

Tras varios minutos, acaban por respirar hondo y abrir los ojos para decirse por medio de la mirada todo aquello que en este momento no podría ser expresado con palabras. Solo las mayores de sus sonrisas aparecen en sus bocas mientras descienden desde las nubes al mundo real.

Sin hablar, se cogen de las manos y retoman el camino para unirse al tráfico en las avenidas, abandonando sus pisadas en la nieve blanca de los

días finales de enero. Les asalta la sensación de que toda la gente con la que se cruzan dirige la vista hacia sus dedos férreamente entrelazados, como acusándolos de algún crimen cuando en realidad, si prestan atención a algo es a no resbalar en un descuido con el hielo en las aceras. La única cosa que logran sus absurdas sospechas, causadas por la paranoia, es que sus manos se sostengan con mayor firmeza y decisión.

Al poco rato llegan a uno de los enormes estanques distribuidos a lo ancho y largo de la ciudad. Las hojas caídas de los árboles han estado descansando sobre la superficie lisa y libre de movimiento desde hace semanas, simulando un espejo que refleja un cielo plagado de tonalidades amarillas y ocres conforme el sol lleva a cabo su descenso diario.

Se sientan en un banco cercano, abrazados es uno contra el otro con el fin de contemplar el hermoso paisaje hasta que la última brizna de luz abandona el cristal de agua, llevándose consigo los miedos que han atormentado a Lucas e Inés desde demasiado tiempo atrás.

Hace mucho desde la última vez que ocurriera lo que esta noche ha sucedido: no ha escrito nada.

Ni una frase; ni una sola palabra.

Tiene la cabeza repleta de pájaros, tanto que no sabe cómo organizar todo lo que tiene lugar en su mente; y lo extraño es que aun así logra conciliar el sueño por las noches.

Últimamente –desde que hace un par de semanas se abrazaron junto al estanque dorado tras casi volar al Edén con su primer beso-, sueña como un niño pequeño, con nada en concreto, solo colores y formas que destilan el aroma inconfundible de la felicidad más pura. No deja de soñar ni un segundo, y al despertar lo embarga una frescura propia de las flores que acaban de florecer.

En su cabeza, innumerables letras de canciones se mezclan, propiedad de diferentes artistas que nada tienen en común los unos con los otros; excepto el hecho de que todas las canciones hablan sobre una mujer joven, alegre, bella...

Astuto amor... el único sentimiento capaz de transformar en loco hasta al hombre más sensato; el que juega a su antojo con quien le place, cómo y cuándo lo desea. Nos convierte en marionetas controladas por todo aquello

que intentamos alejar de nosotros mientras todavía estamos cuerdos.

Esta primera mañana en las fauces de la felicidad, Inés lo sorprende con un libro nuevo y muy especial en su bolso.

-Ayer me acordé de ti al llegar a casa –dice sin siquiera saludar en el mismo momento en que llega a la mesa donde él ya la está esperando.

-¿Ah, sí?

A Lucas le ha emocionado tanto la simple imagen de ella pensando en él cuando no están juntos que no se percata en absoluto de que hay un matiz escondido e incierto en su voz.

Yo también estuve pensando en ti, le gustaría decirle.

-Sí. Encontré un libro que leí hace tiempo. Era una de las primeras novelas que me hicieron sobrevolar Barcelona sin hallarme allí físicamente –Realiza una pausa e introduce la mano en su bolso.

La curiosidad inofensiva de Lucas se torna en una mórbida necesidad por conocer el –sin lugar a dudas-, interesante descubrimiento mientras Inés rebusca en el interior de la bolsa.

-El nombre del autor me llamó la atención tan pronto como lo vi ayer sobre la estantería –añade, incrementando todavía más, si cabe, la excitación de Lucas.

Saca la mano y surge del interior un ejemplar de bolsillo que coloca en la superficie fría de mármol. El volumen tiene en la portada la imagen de una playa.

Lucas se pone firme en el preciso instante en que reconoce la fotografía. Un escalofrío le recorre la espalda de arriba abajo.

Aprieta la mandíbula y abre los ojos desmesuradamente. Se atreve con indecisión a comprobar el título, aunque ya lo haya predicho sin necesidad de leerlo: *Una estrella en la orilla*.

Es uno de sus primeros trabajos como escritor.

-Lucas Tena –anuncia Inés.

Sus palabras resuenan en los oídos de Lucas como lo haría una sentencia de muerte sobre el preso que aguarda el veredicto del juez.

Él la mira a los ojos que, fijos en él, lo observan con una chispa que no sabe muy bien cómo interpretar: tal vez sea interés, desilusión, curiosidad, felicidad, decepción...

-Eres escritor.

Incapaz de articular un fonema asiente con la barbilla, sus labios convertidos en una fina y tensa línea. Intenta de nuevo descifrar su mirada, enfrentándose cara a cara a la misma derrota. Inescrutable, impenetrable, imposible saber –ni siquiera intuir-, qué es lo que piensa.

-Yo... –comienza a excusarse. No alcanza a dar con las palabras adecuadas.

-¿Tan espantoso es en la vida ser escritor que no puedo saberlo? –inquire ella.

-Yo... -balbucea otra vez.

Su mente continúa en blanco, y no se aclara hasta varios minutos después.

-No es tan sencillo como eso –recupera el habla-. Yo no escribo meras novelas, ni invento historias que luego plasmo en mis libros. No deslizo la pluma sobre el papel y permito que mi imaginación haga el resto, no soy el instrumento ni la fuente. Yo soy la historia –Traga saliva y se humedece los labios con la punta de la lengua en un intento por calmarse y mantener el escaso orden que ha establecido en su cabeza-. Yo pongo mi vida en las páginas, en cada trazo de tinta que se queda pegado a la hoja de papel. Tú me

conoces demasiado bien, has llegado más hondo de lo que usualmente permito a la gente adentrarse en mí. En parte porque yo lo he consentido, pero admito que todavía no entiendo cómo te las has arreglado para burlar las defensas medievales detrás de las cuales me escondo del resto del mundo.

Inés lo observa con atención felina mientras lo escucha, sin entender muy bien lo que se esfuerza en decirle. Su voz le resulta hipnótica, imposible de ignorar. Se afana en empaparse de sus palabras.

-Has dicho que leíste mi libro –apunta, tomando el ejemplar en sus manos. Pasa las páginas con un movimiento rápido al tiempo que prosigue:- Si prestas un mínimo nivel de atención a cualquiera de mis historias, podrás darte cuenta de que son yo mismo, espejos en los que puedes contemplar mi reflejo.

Se detiene un momento para fijar la vista en sus profundos ojos verdes y exhala.

-Si te decía que soy escritor, no solamente encontrarías mi retrato, sino que también te toparía de bruces con mi pasado. Ni siquiera yo he podido asumirlo. Sabía que a este paso tendría que hablarte sobre ello algún día, pero no entonces, no aquel día cuando me preguntaste y te pedí tiempo para ordenarlo todo en mi interior. Ahora, para que de verdad me entendieras, tendría que contarte toda mi vida...

-Hazlo –suplica sin esperar a que el silencio se adueñe de la situación-.

Por favor.

-O también –continúa él con la segunda opción, haciendo caso omiso de su petición-, puedes levantarte e irte.

Lucas aprieta los labios sin apartar la mirada, incrementa la intensidad con la que sus ojos se concentran en los de Inés, firmes y seguros, convencido de que en cualquier momento arrastrará la silla y se marchará por las escaleras que todos los días ha subido y bajado para encontrarse con ella. Y no la volverá a ver nunca.

Los minutos se suceden con lentitud y ninguno de los dos se mueve; tampoco desvían la vista ni por una milésima de segundo. Ambos se encuentran a la espera de que al otro se le ocurra algo con lo que romper el tenso silencio. Los coches se detienen en la calzada y los niños que vuelven a casa del colegio ríen y chillan atravesando las aceras junto a sus madres.

Finalmente, la impaciencia puede con Inés.

-¿Y bien?

-¿Y bien qué?

-Empieza a contarme –lo apremia y se recoloca en su silla.

-¿No te vas? –pregunta sorprendido. Pestañea repetidas veces.

Ella enarca las cejas y sus labios se entreabren. Bufa y menea la cabeza

hacia los lados antes de echarse hacia atrás y levantar los brazos con un gesto que indica irritación.

-¡Por supuesto que no! –exclama, ajustándose el abrigo.

Ambos se acomodan silenciosamente en sus sitios mientras hacen acopio de fuerzas: no solo para hablar, sino también para escuchar.

-Me lo debes –alega Inés, que cruza los brazos sobre el pecho y ladea la cabeza.

Lucas, por su parte, suelta una risita histérica y se pasa el dedo índice por la barbilla.

-¿Qué? ¿Cómo que te lo debo? –quiere saber, echándose hacia delante.

-Me besaste –dice, enarcando una ceja y mostrando una media sonrisa-, ¿recuerdas?

Lucas no consigue eludir contagiarse de esa sonrisa que, de repente, lo llena todo. Recuerda –sin ser consciente de ello-, sus labios, y revive el cosquilleo que en ese momento se había adueñado de las yemas de sus dedos. Rememora el calor de su cuerpo junto al suyo, el olor de su cabello limpio y, sobre todo, la inolvidable fragancia de su perfume que –por alguna razón-, ese día le pareció más embriagadora que de costumbre.

-¿Acaso no querías? –demanda con urgencia, serio.

-Yo jamás he dicho eso –le contradice Inés.

-Ah, bueno –suspira, teatralmente- Entonces...

-No –le interrumpe-, no te vayas por las ramas y cuéntamelo –casi exige, torciendo el gesto.

Lucas exhala con fuerza.

-Es una historia muy larga para contarla en un restaurante, sobre todo con este frío calándonos los huesos.

-Entonces hazlo por mí –pide. Su rostro se endulza hasta convertirse en el de una niña inocente que lo mira desde el otro lado de la mesa con gesto tierno-. Al fin y al cabo hoy es un día especial e importante.

Él la observa, confuso. Inés realiza una pausa y lo sigue contemplando con los ojos brillantes. Bebe un sorbo de café y relame las gotas que se le han quedado en las comisuras de la boca antes de proclamar, orgullosa:

-Hoy es mi cumpleaños.

Lucas recuerda con inmediatez que le había comentado que no faltaba demasiado tiempo para su aniversario. Veinticuatro años. Ninguna niña –ni siquiera un rastro de la que antes había sido-, se aloja ya en el cuerpo de la mujer que tiene sentada justo enfrente.

Sus músculos se relajan al fin, libres de la rigidez que se apoderó de ellos

minutos atrás. La atmósfera a su alrededor se calma y la tensión que los rodeaba vuela lejos. Con algo de impaciencia, Lucas resopla y se pasa los dedos por el pelo, echándose hacia atrás contra el respaldo de la silla. Coge aire y lo expulsa por la nariz bruscamente. Vuelve a mirarla un segundo y lanza el último intento antes de rendirse.

-No existe ningún camino para persuadirte y hacerte cambiar de opinión al respecto, ¿me equivoco?

La sonrisa de Inés se agranda más todavía. Su pregunta lo delata; ella está a punto de coronarse vencedora en este asalto. Niega con la cabeza, apretando un poco los labios, intentando aparentar seriedad y firmeza. *Lo he dejado correr muchas veces, pero este es el momento de saber*, se dice a sí misma.

-En tal caso, no me queda más remedio que contártelo mientras comemos y tomamos una copa –anuncia, sereno y decidido.

En un abrir y cerrar de ojos apura de la taza lo que queda de su café frío, se limpia con la servilleta de tela y se alza sobre los talones para ponerse en pie. Inés observa cómo ejecuta cada movimiento conforme se abotona y ajusta el abrigo. Al ver que ella no lo imita, Lucas se detiene y le hace un gesto con la mano para que se levante.

-¿A dónde vas? –quiere averiguar, desconcertada.

Él frunce el ceño, pues considera que ha sido bastante claro.

-*Vamos* a comer –matiza, sin terminar de comprender qué parte de lo que acaba de decir ha podido dar lugar a equívoco.

Inés ladea la cabeza y alza una ceja, como suele hacer cuando algo la confunde. Estudia cuidadosamente las palabras que pronunciará a continuación. Procura encajar las piezas en su mente que no parecen encajar y le impiden tener una idea clara de la situación.

-No comemos aquí –deduce.

-No –confirma.

Ella se muerde el labio inferior, lo que indica que está procurando encontrar una solución para este rompecabezas mental en el que la rutina se ha dividido y parece tirar de ella en otra dirección.

-Entonces, ¿dónde?

Él cambia de posición y se desliza con sigilo hasta la silla donde Inés se afana por prolongar su presencia en el restaurante. Ahora se ve obligada a echar la cabeza hacia atrás si quiere mirarlo a la cara. Lucas se aclara la garganta con un carraspeo seco e inspira hondo.

-Si voy a rememorar todo, voy a necesitar un buen vino... y probablemente algo más fuerte para después –se sincera-. He estado reservando un par de botellas a sabiendas de que me vería obligado a

enfrentarme a un momento como este en algún punto del futuro. No creí que sería tan pronto y, si te soy honesto, ni se me ocurrió barajar la opción de que sería una mujer quien me pondría entre la espada y la pared.

Se detiene a tragar saliva, algo que le otorga tiempo para escoger el mejor modo de ordenar sus ideas: lo que desea decirle y cómo resulta más conveniente hacerlo. El hábito de escribir lo empuja a divagar previamente a ir al grano, una virtud o un defecto según para quién.

-Siempre he pensado que una de las mejores formas de conocer a fondo a una persona, a la vez que prácticamente infalible, es visitar el lugar donde vive. Y no me refiero solo a la decoración o el tipo de vivienda en sí, que por supuesto nos puede dar información importante. Yo estoy hablando de los pequeños detalles, como la forma de apretar el tubo de pasta dentífrica, el orden establecido en el frigorífico, la preferencia de almacenar en estanterías, armarios o cajones... Son esas minúsculas peculiaridades a partir de las cuales uno puede verdaderamente armar un boceto mental de una persona.

Podría alargar el discurso con infinidad de paralelismos y referencias de los que la propia experiencia personal lo ha provisto, e Inés no lo detendría. Con el tiempo ha desarrollado la capacidad de escucharlo hablar durante largas horas sobre una amplia diversidad de temas. La voz de Lucas, para ella, es como la música para un compositor: una fuente de paz a la par que de

inspiración, de motivación para considerar cada mañana que todos los días de su vida existirán cosas que aún no sabe pero que vale la pena aprender. Y no únicamente conocimientos teóricos, sino experiencias vitales pendientes de ser vividas.

Lucas frena sus palabras, percatándose por una vez de que no le es necesario un discurso tan prolongado para explicarse con la mayor exactitud posible. En este caso, una simple y sencilla frase es suficiente.

Saca una de sus manos del bolsillo del abrigo y se la tiende a Inés con una sonrisa.

-Te llevo a mi casa.

9

Caminan hombro con hombro, aunque unos centímetros los separan. Ambos guardan las manos en los bolsillos. A Inés se le asemeja extraño, pero no ha querido entorpecer los pensamientos de Lucas cogiéndole la mano.

Está tenso, se le nota en la forma de andar. Usualmente sus pasos son más

relajados, menos tensos y apresurados. Es normal en él la postura recta cuando se desliza por las calles, le aporta cierto aire interesante y un grado sutil de elegancia que solo ella parece apreciar. A pesar de ello, Inés percibe que durante el trayecto la mente de Lucas se encuentra en otra parte, lejos de allí y de su lado.

Intentando averiguar qué pasa por su interior en estos momentos, ella inicia a su vez a crear una red paralela de ideas y divagaciones que ocupan sus sentidos casi por completo. Pronto se ve envuelta en una espiral de interrogantes; algunos de ellos son los mismos que la han perseguido desde el primer día en que se percató de su asistencia al restaurante.

Así, guardan silencio a lo largo del trayecto, aparentemente juntos, pero en realidad separados por un muro invisible.

En el preciso momento en que la puerta se abre, un olor se cuela en el interior de Inés, nublando sus cuatro sentidos restantes; una esencia inconfundible para todo amante de la literatura hoy en día; la fragancia de la cual solo es posible disfrutar en su máximo esplendor en librerías y bibliotecas: el aroma a libro, a papel, a tinta, a sabiduría escondida en los recovecos de la celulosa bajo dos tapas duras de cuero gastado que –aun maltratadas por el paso del tiempo–, continúan ejerciendo su función de

procurar que nada en su interior se salga de su sitio y se dé a la fuga.

No hace mucho que lo echa en falta, pues todavía no ha conseguido sobreponerse al impulso que la empuja a entrar en una tienda con el escaparate lleno de volúmenes si pasa por delante. Sin embargo, aquello que impregna el aire que se escapa por el quicio de la puerta no es únicamente olor a palabras escritas, sino que existe en ello algo más que la incita a relajarse y sentirse protegida, a la vez que una intrusa en un sitio vetado a su presencia: la intimidad.

Es una casa que desprende literatura por los cuatro costados, y además, es de Lucas, lo que la convierte en un lugar aún mejor.

La morada de un escritor es exactamente el tipo de casa de ensueño con la que Inés tanto ha soñado. Muchas niñas imaginan palacios de cristal o castillos altísimos en mitad de un espeso bosque, propiedad de algún apuesto príncipe que quedará prendado de ellas a causa de su envidiable belleza. Los planes que ella construyó en su día no tenían nada que ver con todo eso.

Inés tramaba en su mente bocetos de cómo estaría organizada el piso de alguien que dedica su vida a plasmar en el papel asuntos para los cuales otros resultan incapaces de hallar las palabras adecuadas. Pero nunca tuvo la oportunidad de comprobar si sus planos imaginarios se ajustaban a la realidad o, por el contrario, no eran más que simples fantasías irrealizables, producto

de demasiados esquemas falsos en las novelas que había leído.

Hasta hoy.

Recorre todo cuanto le da de sí la vista, sin dar con un solo centímetro libre de elementos que no revelen que al habitante de este lugar le corre tinta en vez de sangre por las venas.

Frases de novelas en las paredes, poesías enmarcadas a modo de cuadro, fotografías de rincones del mundo recónditos e inhóspitos que hasta al más botarate lograrían extraerle un mínimo ápice de inspiración. Ponga donde ponga la mirada encuentra libros y más libros –cerrados y abiertos por páginas marcadas a conciencia-, papeles, manuscritos y borradores con una, dos y hasta tres revisiones, plagados de tachones, acotaciones al margen y flechas que viajan de un extremo al otro del folio.

Así es el refugio personal de Lucas, donde se aparta del resto del mundo buscando establecer un poco de orden dentro de sí mismo. Destila su personalidad aquí y allá, inundándolo todo con su presencia incluso cuando él está ausente.

Cuanto más se adentra Inés en esta cueva de las maravillas, con cuantos más detalles se topan sus atentos ojos, más siente que ha encontrado el hogar de sus sueños. Se pasea con cautela por los pasillos –temerosa de parpadear por si en una milésima de segundo esta ilusión se desvanece, del mismo modo

que lo hace un espejismo en el desierto-, mientras Lucas sigue sus movimientos con sigilo felino.

Él contiene la respiración involuntariamente, esperando a que ella abra la boca para decir o preguntar algo. Mantiene la mandíbula apretada, casi pudiéndose escuchar el rechinar de sus dientes los unos contra los otros. Deja de seguirla cuando Inés se dispone a repetir por segunda vez el mismo itinerario por las distintas estancias. Se sienta en un taburete en el recibidor, junto a la puerta principal: al menos la verá escaparse de él si ella decide marcharse. Desde ahí, Lucas la ve ojear algunos de los ejemplares colocados en una estantería. Le permite investigar un poco más, conocedor de que no ha hallado –ni lo hará sin ayuda- su sala preferida en toda la casa.

Con una mirada y un gesto de su brazo, al cabo de unos minutos Lucas le indica que se acerque a él.

-Perdona por no dejar de dar vueltas como si no estuvieras aquí –se disculpa Inés, sonrojándose y afanándose en esconder sus ojos de los de él.

-Por favor, eso no debe preocuparte. Puedes deambular por entre los pasillos todo el tiempo que quieras –resopla.

Como de costumbre, no puede evitar que su cuidado por llevar a cabo cualquier acción reprobable o que pueda convertirse en merecedora de su desaprobación le irrite un tanto. Tras tantos meses conociéndose, ella no ha

sido capaz de corregir ese hábito; y Lucas tampoco desea que lo haga. En ocasiones agota casi por completo sus nervios, sí, pero por nada del mundo le pediría que cambiase su manera de ser.

Juntos, uno en pos del otro, recorren los metros del pasillo que va a desembocar en la amplia sala de estar por la que Inés ya se ha dejado envolver un par de veces durante su breve exploración del apartamento. Tres de las paredes de la habitación están cubiertas de arriba abajo con estanterías repletas de libros. El muro restante, se encuentra presidido por un pequeño sofá de piel color beige y una mesa baja de cristal colocada frente a este. Un poco más allá, rodeada por los estantes que rezuman literatura en estado puro, una gran mesa de comedor preside el centro de la estancia.

Lucas señala el diván con un gesto de cabeza y, mientras Inés toma asiento, él se escabulle por uno de los corredores. Al cabo de un minuto, regresa con una alta pila de volúmenes entre las manos que casi le roza la barbilla. Los deposita sobre la mesa y se dispone a sentarse al lado de Inés. Esta los estudia cautelosamente, empezando por el título: ‘Velero fugaz’, ‘Paseando por Barcelona’, ‘Sombras de arena’... y ‘Una estrella en la orilla’. Hay más de una decena. Acto seguido, lee para sí la sinopsis escrita en la contraportada de cada uno de ellos.

Antes de que finalice su liviana lectura, Lucas se pone en pie y entra en la

cocina. Necesita que su mente se distraiga con algo, cualquier cosa.

El camino a casa se le ha asemejado interminable, como si sus pies no se estuvieran desplazando de una baldosa de la acera a otra, sino persistiendo y atrapándolo en la misma sin importar el número de pasos que diera. Por si fuera poco la desesperación y ansiedad que esto le provocaba, durante la totalidad del trayecto no ha logrado detener sus pensamientos cuando se desviaban en dirección al pesimismo, abandonando el refugio de confianza y positividad que con tanto esfuerzo refuerza día a día.

Nunca nadie, además de él, ha entrado en su vivienda actual. Ni una sola persona desde que partió de Barcelona y se estableció aquí. Esto, junto con el hecho de que el primer ser humano que accede a su casa es una mujer, no le inquieta tanto como que sea *esta* mujer en concreto. Él la ama, se nota a la legua. Y en el caso de que ella no se haya dado cuenta, debería acudir al oftalmólogo o al que quiera que sea el médico que se encarga de mantener a punto ese sexto sentido que recibe las señales e indirectas enviadas por otras personas –bien intencionada o inintencionadamente.

Se sirve una copa de vino e inicia a preparar y mezclar las verduras en un bol para ensalada. Los primeros cortes que realiza al tomate son irregulares, un fiel reflejo de cómo va todo en su interior. Cuando le llega el turno a la lechuga, al menos su pulso se ha controlado y vuelto más firme.

Se dispone a verter por segunda vez el oscuro líquido dentro de la copa cuando la larga y densa melena negra de Inés hace acto de presencia, seguida de su rostro risueño, siempre sonriente. Endereza la botella y mira a la chica con la esperanza de encontrar un rastro al que aferrarse para descifrar los pensamientos que recorren en este instante su mente.

No hay nada, excepto las comisuras de sus labios elevándose hacia sus orejas tapadas por el pelo.

-¿Vino? –le ofrece él, rindiéndose y alargándole la copa.

Ella cierra sus dedos en torno al vidrio y por una milésima de segundo sus pieles entran en contacto. Es apenas un roce, mas resulta suficiente para que ambos busquen la mirada del otro y amenacen con hundirse en ella.

-Gracias –murmura Inés en medio de un susurro. Se lleva la copa a los labios sin apartar sus ojos verde esmeralda de los dos oscuros pozos negros de Lucas-. ¿Necesitas ayuda?

-De momento me las apañó bastante bien –declina su oferta. Pero cambia de opinión al ver una sombra cruzar el rostro de Inés y añade-: Pero puedes preparar la mesa –De inmediato la sonrisa de su rostro se agranda y se traslada bajo sus pestañas.

Espera unos instantes, aguardando a que él le dé indicaciones sobre dónde guarda los cubiertos o qué tipo de platos sacar de la alacena, pero no dice

nada, sino que vuelve a concentrarse en lo que estaba haciendo antes de que lo interrumpiese. Ella carraspea un poco y se remueve en el sitio, captando de nuevo su atención. Lucas la mira sin entender hasta que ella se encoje de hombros.

-Supongo que debe haber algo que se pueda utilizar a modo de mantel en alguna parte –dice atropelladamente. Se apresura a limpiarse las manos y salir de la cocina, dejándola allí plantada.

-¿Supones?

Lucas contesta, pero no cesa de moverse por la casa a la par que registra cada armario y cajón con los que se topa en el camino:

-Nunca he usado uno aquí –admite-. Casi siempre como fuera y, si no, lo hago en la cocina.

-¿Y cuando viene...?

-Nunca nadie ha entrado en esta casa desde que vivo en ella –la interrumpe, adivinando el final de la pregunta-. Exceptuándome a mí, claro está.

Inés intenta balbucear algo, pero no alcanza a lograr que las palabras que se le han enganchado en la garganta vean la luz, de modo que junta los labios en una fina línea y sigue a Lucas en silencio.

A decir verdad, tras esta última revelación se siente demasiado confusa para solucionar su repentino problema de enmudecimiento. Si la oportunidad de descubrir el hogar de un escritor —y más concretamente el del hombre al que ama— la tiene volando en una nube a más de cien metros sobre el suelo desde el primer segundo en que traspasó el umbral de la puerta, el conocer ahora que ha sido la primera persona del universo en hacerlo ha elevado su alma de forma súbita hasta el mismísimo Edén.

Nadie más, se repite a sí misma con el pecho henchido por la dicha en la que se ve envuelta. *Solo yo puedo estar aquí*. Si el tiempo pudiera ser detenido, sería sin duda la mujer más feliz del planeta por toda la eternidad.

10

En el fondo de una caja sepultada por una capa de tres dedos de polvo dentro de uno de los pocos armarios colocados en las habitaciones, hallan un mantel de tela a cuadros blancos y rojos. Se parece más a una manta de picnic o a una sábana que a un mantel, pero tendrá que servir esta vez.

Mientras Lucas remata los últimos toques a la comida, ella recorre una vez más los pasillos y las habitaciones: con algo de suerte dará con otra caja en cuyo interior el inquilino anterior haya olvidado un par de platos.

Él decide que es hora de servirse otra copa, la tercera ya, antes de que el periodo de tregua sin preguntas toque su fin.

Conforme sale de la cocina con el bol de ensalada, Inés aparece orgullosa para mostrarle dos desgastados platos hondos que en sus días de gloria presumían de tener unas preciosas filigranas en tonos dorados en los bordes, ahora completamente lisos. Lucas se contagia de la risa risueña que se escapa de su boca sonriente y vuelve sobre sus pasos para lavar el importante hallazgo.

En menos de un minuto la mesa está lista: los viejos platos, uno a cada lado de la mesa; el recipiente con la ensalada; las dos copas llenas y la botella junto a estas.

Con un movimiento sutil, Inés se sienta en una de las sillas. Conteniendo el aliento y sintiendo cada uno de sus músculos tensarse y agarrotarse, Lucas la imita y ocupa su sitio, justo frente a ella.

Trascurre un largo y tenso silencio, únicamente quebrantado por el suave tintineo de los cubiertos contra el fondo del plato y aclaramientos de garganta que hacen obvia la incomodidad que se ha adueñado de ambos.

No es hasta casi media hora tras sentarse a la mesa cuando el torrente de palabras que colocaría a cada cual en situación surge con desmesurada timidez del su interior.

Lucas sabe que en esta ocasión no es necesario que aguarde a que ella sea la valiente. Los dos saben qué rumbo tomará la conversación –aunque él más que ella. Él sabe que no hay casi probabilidades de dar con un modo delicado para hablar del tema, así que inspira hondo y da el primer paso:

-Yo antes vivía en Barcelona.

Esos cinco vocablos, por muy simples que lleguen a parecer, consiguen de inmediato que el dolor inicie su lucha por salir a flote. Ya puede sentirlo extendiéndose por todos lados y oprimiéndole el pecho, y no ha hecho más que empezar.

Esto no va a resultar tarea fácil, pero debo hacerlo, no hay otro camino.

A Inés le ha pillado su intervención llevándose el tenedor a la boca. Lo baja hasta el nivel de la mesa, pero no lo suelta. Sus cinco sentidos convergen ahora en la misión de atrapar todo lo que salga por la boca de Lucas.

-Tal y como dices tú, amo Barcelona. Soy prácticamente un esclavo de su belleza, de todo lo que guardan las nueve letras de su nombre –Realiza una breve pausa. Traga saliva, bebe un largo sorbo de vino y prosigue:-. Vivía en un piso frente a la Sagrada Familia... con mi familia.

Por el rabillo del ojo, Lucas acierta a vislumbrar que algo cambia en el rostro de Inés, pero no dispone del valor para mirarla y averiguar de qué se trata. Si lo hace, no contará ya con fuerzas para proseguir.

-Tenía una mujer maravillosa, Joana, que me dio el mejor regalo que nadie me podría haber hecho: mis dos hijos, Pau y Josep –Un atisbo de media sonrisa teñida de nostalgia se asoma por las comisuras de sus labios-. El ser escritor me permitía pasar la mayor parte del día con ellos, aprendiendo de ellos más cosas de las que yo pude enseñarles. A menudo es lo que ocurre: pensamos que lo sabemos todo para que luego llegue un niño de cinco años y nos dé verdaderas lecciones de humanidad... -se le escapa una risita que lo obliga a cerrar un momento los ojos. Los abre un instante después-. Cada mañana al levantarme, lo primero que hacía era preparar café, sentarme junto a la ventana e inventar un cuento nuevo que les contaría esa misma noche. Intentaban mantener los ojos abiertos para que la historia no se acabase nunca, pero al final siempre se les cerraban los párpados. Y era entonces cuando yo me quedaba un rato allí, sin decir nada, observando sus caritas y preguntándome si estarían soñando con el monstruo de pelo azul del cuento.

Con un último sorbo, apura las gotas color escarlata que han quedado pegadas al vidrio de la copa y vacía lo que resta de vino en su interior. Ya es la cuarta vez en menos de dos horas que lleva a cabo ese gesto.

-Los domingos teníamos por costumbre ir al parque del Tibidabo. Corríamos y montábamos en el tiovivo una y mil veces hasta marearnos. No nos marchábamos hasta que, después de merendar, caían dormidos en nuestros brazos a la sombra de un árbol.

Inés no ha movido ni un músculo desde que Lucas ha comenzado. Se le han formado preguntas conforme él avanzaba en su relato, y sin embargo no ha interrumpido su ritmo, permitiéndole tomarse su tiempo cuando requería una pausa. *Es inútil que trate de esconder en su voz el amor que siente por Joana, se confirma para sí. Y es imposible que él voluntariamente se fuera de su lado y del de sus hijos. ¿Qué pasó para que se separaran? ¿Dónde están ahora? ¿Se llevó a los niños consigo? ¿Por qué querría alguien impedirle a Lucas estar con Pau y Josep?*

Continúa sosteniendo el tenedor en la mano, sin fuerza. Pestañea cuando nota un picor incómodo, ni una sola vez más: no quiere perderse ninguno de los movimientos de Lucas.

Él, indeciso, contempla la copa que acaba de servirse apenas unos minutos atrás. Con un gesto apresurado la coge y todo el líquido desaparece y desciende por su garganta en un visto y no visto. La rapidez con la que ha dado cuenta del alcohol lo obliga a cerrar fuertemente los ojos.

Es consciente de que en el tintero queda la peor parte de la historia, esa

que le ha causado infinidad de pesadillas y que a punto estuvo de volverlo completamente loco. Una vez el cosquilleo se retira de su pecho continúa hablando, mas retiene los párpados bajados. Ha de concentrar todas las fuerzas que sea capaz de acumular en escasos segundos si desea lograr impedir que el dolor que lo va a golpear en cuanto pronuncie las palabras lo destruya por dentro al estilo de una bomba atómica.

-Joana tenía familia en Alicante. Viajábamos allí al menos una vez al mes y pasábamos unos días con ellos. Normalmente era un fin de semana, pero también solíamos quedarnos durante los periodos de vacaciones escolares de nuestros hijos –El dolor se torna más agudo, punzante y agresivo a cada sílaba que se resbala por sus labios y se pierde en el aire. No obstante, Lucas lucha por resistir y mantenerlo a raya. Se infunde ánimos: *por Inés*-. Hace dos años, un fin de semana de Julio, habíamos planeado desplazarnos hasta allí, ya que los niños habían terminado el curso.

>Pocos días antes, recibí una llamada de mi agente, y mejor amigo, Arnau. Dijo que acababa de mandarle un fax una de las editoriales con las que trabajábamos entonces, programando una reunión para ese mismo sábado. Le dije a Arnau que llamara y los convenciese de realizarla otro día, pero no hubo manera: la editorial cerraba en agosto y ya no quedaba tiempo para reorganizar las agendas. Si no los veíamos entonces tendríamos que retrasarlo todo hasta la vuelta en septiembre –suspira y se retuerce las manos con

palpable nerviosismo-. Así que tuve que deshacer la maleta y abandonarla en la habitación.

>Cargué todo el equipaje en el coche, incluso los cubos y las palas de plástico para jugar y hacer castillos de arena en la playa. Joana me dijo antes de arrancar y besarme apresuradamente que llamaría en cuanto hubieran llegado a casa de su madre. Se la veía rara, no sé si era tristeza, nerviosismo o cualquier otra cosa, pero en cierto sentido no era ella misma. Obviamente le molestaba que no fuese con ellos: a menudo me recriminaba que tuviese reuniones en la mayoría de las ocasiones en las que queríamos viajar a alguna parte o probar algo nuevo.

>Le pedí que condujera con cuidado, como siempre hacía. Ella me miró a los ojos y esbozó una media sonrisa. Y después se fue. Las manitas de los niños y sus gritos de despedida salían por las ventanillas bajadas. Bajé mi mano cuando los perdí de vista en la distancia y entré en casa.

Lucas abre los ojos, coge la botella y recuerda que ya está vacía. Su mirada se fija automáticamente en la copa llena que descansa junto a Inés. Ella, vigilante de todos sus ademanes, capta en seguida el objetivo de su interés. Sin dudar, desliza el vidrio sobre la superficie lisa de la mesa. En otras circunstancias, los principios caballerescos que definen en buena parte el carácter de Lucas le hubiese impedido aceptar su gesto. Ahora, simplemente

levanta la copa y toma un trago interminable.

Este quinto repostaje le anima a continuar, bien porque lo dota que valor, agallas y decisión, o más bien porque lo ha despojado de la lucidez y la claridad que con frecuencia le otorga el estar sobrio.

>Sucumbí al sueño alrededor de la una de la madrugada sin que el teléfono hubiera sonado. Había intentado llamarla a lo largo de la noche, pero saltaba el contestador. Entendía que pudiera seguir enfadada por lo de la editorial, aunque nunca antes se había comportado así durante tanto tiempo. O tal vez se le hubiera agotado la batería del móvil, o se le hubiera olvidado con el trasiego que organizaba su madre para recibirnos... En cualquier caso, no le concedí mucha importancia.

>Horas más tarde, ya de madrugada, me sobresaltó un ruidoso pitido que me hizo saltar literalmente de la cama. Necesite unos cuantos segundos hasta ubicar de dónde procedía. A tientas apreté el botón verde para descolgar y me llevé el teléfono a la oreja.

Poco a poco, su voz termina por quebrarse y convertirse en nada más que un tenue cuchicheo. Tiembla imperceptiblemente ante el sufrimiento que lo azota desde dentro. Inés se inclina sobre la mesa, pero se contiene: no sabe qué efecto puede ejercer en él llegados a este punto.

Se crea entre ellos el silencio más extenso desde que Lucas dio comienzo

a sus confesiones. No se mueven, casi ni pestañean. Oculto en la voz de Lucas –cuando la recupera- persiste un deje roto y amargo que le proporciona a Inés información sobre una ínfima y ridícula parte del padecimiento que atormenta al hombre delante de ella.

-¿Joana?, pregunté, aún dormido... -De nuevo una pausa, algo más breve. Agacha la cabeza, quedando su rostro en penumbra-. No fue ella quien respondió, sino un hombre, con voz queda y seca...

Inés es capaz de distinguir los pedazos de los que se conforman ahora mismo el cuerpo y el alma de Lucas. Ipso facto, una única cuestión adquiere trascendencia en su mente: *¿Cómo pudo abandonarlo por otro, llevarse a sus hijos consigo y ni tan siquiera llamar?*

Para ella, resulta bastante evidente que Joana, harta de que su marido antepusiera el trabajo a ciertas cuestiones familiares, había decidido marcharse sin intención de volver. No resultaba muy lógico si se tenía en cuenta que le era imposible imaginar a Lucas como un mal padre o marido. Todo lo contrario: jamás había dado con alguien tan dedicado a las personas que quiere. Unas cuantas reuniones con editoriales y empresas de publicidad – a su juicio-, no son motivo suficiente para largarse así, sin más. Y lo que era todavía peor: *¿un amante? Te mereces más que una mujer que te deja tirado a la primera de cambio, Lucas, piensa.*

Se muerde la lengua, pues lo último que desea es interrumpirle y que las cosas se vayan al traste. No obstante, no consigue aguantar:

-¿Se fue con otro?

La interrogación alcanza los oídos de Lucas, lo hace estremecerse de arriba abajo y acto seguido lo paraliza en el sitio. Alza la cabeza, los ojos abiertos como platos amenazando con estallar y una mueca de terror y estupefacción atravesándole la cara. Entreabre los labios, temblorosos.

-Qu...qu... ¡¿qué?!

Es posible leer en su mirada el más puro desconcierto. De no hallarse petrificado, se levantaría de la silla y gritaría hasta quedarse afónico. En lugar de ello, se aclara la garganta para poner fin a esta tortura. De todas formas, ella solo lo entenderá si termina de contárselo todo.

-Respondió un hombre –repite, retomando el hilo-. Quiso saber cómo me llamaba y el nombre y la edad de mi mujer y mis hijos. En ese instante no se me ocurrió. De hecho, ni se me pasó por la cabeza la posibilidad de que me fuera a decir todo lo que siguió a las primeras preguntas: diez minutos antes de llegar a Alicante, mientras Joana conducía, un camión se saltó una señal de ceda el paso en la incorporación a la autovía a toda velocidad, se atravesó justo delante del coche... No le dio tiempo a frenar.

Las lágrimas brotan de sus ojos, a pesar de su intento por contenerlas.

Caen en picado por sus marcados pómulos, precipitándose al vacío al llegar a su barbilla. En cuestión de segundos se derrumbará, por lo que realiza un último acopio de fuerzas.

-Mi mujer y mis hijos murieron en el acto, encerrados entre un amasijo de chapa y hierros. No sufrieron, lo cual creo que es la única cosa que logra reconfortarme un tanto. Pero el conductor del camión... -Involuntariamente, aprieta con fuerza los dientes, que rechinan, y convierte las manos en puños, clavándose las uñas en las palmas-. No solo resultó ileso, sin un rasguño y abandonando la cabina por su propio pie, sino que ni tan siquiera movió un dedo para socorrer a mi familia. De haber estado vivos, habrían muerto de igual manera por culpa de ese malnacido -Inés parpadea con cierta sorpresa: es la primera vez que escucha a Lucas blasfemar acerca de alguien-. Dio positivo en el control de alcoholemia... Sobrepasaba el límite con casi el triple de alcohol en sangre de lo permitido. Se celebró un juicio algunos meses después del accidente y lo condenaron a siete meses de prisión y a pagar una multa de veinte mil euros.

Las uñas se le clavan un poco más en la carne, hasta el punto de casi atravesarle la piel. Le hierve el cuerpo entero; la furia que no ha tenido la ocasión de descargar contra ese desgraciado desde lo ocurrido vuelve a circular por sus arterias a una velocidad vertiginosa, quemándole como si fuera queroseno, asfixiándole.

Un gruñido se escapa de su garganta.

-Siete meses... Siete malditos meses para un hombre que me arrebató a mi familia, que me separó de lo que daba sentido a mi vida, lo único que tenía para sacarme una sonrisa al levantarme cada mañana... Se emborrachó, salió a la carretera y lo arrasó todo en mí a su paso. Siete meses es el precio por destrozar una familia. Siete meses a cambio de tres vidas... y en consecuencia la mía.

Vuelve a hacer acto de presencia el silencio, rodeado de aire lleno de palabras y confesiones sangrantes. Cualquiera entrase en la habitación podría adivinar sin ninguna duda que aquello que se huele en el ambiente no es sino el hedor de las heridas mal cerradas que han sido reabiertas.

Sin previo aviso, en su boca se dibuja una sonrisa, provocándole a Inés un escalofrío que la recorre por dentro y hace que se estremezca de pies a cabeza: es una sonrisa tensa e irónica que, mezclada con el sufrimiento presente en este instante, sería digna de una película de terror psicológico.

-Ojalá se hubiera largado con otro –sentencia.

-Lucas, yo... -quiere disculparse, pues siente que tiene el deber de decir

algo que lo reconforte, aun cuando sabe que no hay palabras capaces de tener éxito en esa tarea.

-No –niega él con un gesto que indica que aún hay más y pretende llegar al final. Todavía mantiene la cabeza alzada-. No los enterramos. Joana decía que, aunque no fuera a ser realmente consciente de ello, no quería pasar el resto de la eternidad encerrada en una caja de madera bajo tierra. Pensaba que es el mejor sitio para quien quiere ser olvidado, pero sin discusión alguna el peor para aquel al que le gustaría ser recordado. Es más fácil sentirse cerca de alguien a quien quieres y que ya no está contigo cuando te tumbas bajo la sombra del árbol que sus cenizas ayudaron a crecer.

>En cuanto pude, me escabullí a la playa con las tres urnas entre mis manos. Abracé y besé cada una de ellas y les dije todas las cosas que el destino no me había permitido decirles antes. Pensé en los años que nunca celebrarían, en las Navidades que jamás compartiríamos, en las noches frías que me esperaban bajo las sábanas en una cama ahora demasiado grande, en los cuentos que ya no inventaría todas las mañanas para mis hijos...

>Dejé que el fino polvo que quedaba de ellos volara lejos y se llevase consigo los sueños y el futuro que nunca llegarían a vivir. Después de esto, caminar por la ciudad era un suplicio. Cualquier lugar al que acudía terminaba por recordarme a ellos, de modo que opté por no salir a la calle. Me distancié

de mis amigos, de mis seres queridos y podían pasar semanas sin que estableciera ningún tipo de comunicación directa con otro ser humano.

>Me centré exclusivamente en escribir, en permitir que todo lo que tenía dentro abandonara mi cuerpo. Era una especie de terapia con el fin de liberarme del dolor, pero no dio resultado. Discurrieron los meses sin que consiguiera olvidar ni pasar página... A cada intento de trepar y salir, el agujero parecía más profundo, hondo y oscuro.

Una vez más, el sufrimiento que lo acuchilla en su interior se refleja en la expresión de su rostro: una mueca extraña que transforma su aspecto por completo. Recuerda la cárcel que llegó a ser para él su propio cuerpo durante esos interminables días. Al cabo de unos segundos, sus facciones se relajan de manera casi imperceptible.

-Fue difícil, pero al final comprendí que solo había una forma de sanar: hui, dejándolo todo atrás, y me mudé. Al principio nada fue diferente, pero alentado por la fuerza que insufla la disposición humana a realizar un gran cambio, comencé a acudir a un café que, sin saberlo, terminaría siendo la mejor terapia de todas.

>Allí, cuando creí que viviría el resto de mi vida sin notar de nuevo la felicidad pegada a mis talones, encontré a una chica que acudía todas las mañanas para beberse un capuchino con dos sobres de azúcar porque si no el

café le amarga el sabor de la canela sobre la espuma.

11

Por la habitación sumida en penumbra, un único rayo de sol se atreve a colarse por la ventana, entre las mínimas rendijas que dejan las cortinas y persianas, y atravesar la estancia de un lado a otro. En torno al haz de luz bailan miles de brillantes motas de polvo.

El vidrio empañado de los cristales, la alfombra arrugada y fuera de su sitio habitual, el silencio y la calma palpables en el aire con cada nueva respiración... Por si los dos cuerpos tendidos en la cama –escondidos- no confesasen con absoluta certeza aquello que ha sucedido bajo la montaña de mantas y sábanas revueltas, todos estos otros indicios atajan las posibles dudas.

Conforme se estira el tiempo, el valiente rayo de luz se desplaza cada vez más en dirección a ambos, terminando por detenerse sobre la frente de Lucas. Este, extrañado por el repentino cosquilleo que le provoca una sensación

cálida en el rostro, abre al fin los ojos. Parpadea para zafarse del sueño que lucha por volver a adueñarse de sus párpados. Mira a su alrededor, un tanto desorientado. Ha sucumbido a Morfeo durante más de tres horas: la liberación de todos y cada uno de sus secretos y tormentos ha exprimido hasta la última gota de energía de su cuerpo, dejándolo seco de fuerzas y totalmente exhausto.

Se dispone a incorporarse con rapidez, pero se detiene a mitad e inclina la barbilla hacia su pecho, donde descubre con un hormigueo recorriéndole la nuca que Inés ha reposado su cabeza en él. Temeroso de que sus movimientos puedan romper su descanso, Lucas coloca un cojín contra el cabezal y se recuesta. Esta nueva posición le permite observar el rostro de Inés.

Parece estar en calma, en paz. No hay nada en sus facciones que indique que algo la preocupa desde su interior, e incluso se puede apreciar cómo las comisuras de sus labios se curvan casi imperceptiblemente hacia arriba en un amago de sonrisa.

Lucas está embobado por la escena; sin lugar a dudas no le supondría ningún tipo de esfuerzo quedarse allí mirándola durante el resto de su vida. Acostumbrado a verla arreglada y peinada de forma pulcra, la inédita imagen de su cabello negro azabache alborotado y cayendo en ondas a lo largo de su espalda destapada a solo unos pocos centímetros del alcance de su mano le arrebató el aliento. Es entonces consciente de que, si alargase los dedos,

sentiría en las yemas el calor de su cuerpo; tal y como lo ha hecho unas horas atrás...

Se le separan los labios y se le agranda la mirada al recordar.

Apenas las últimas sílabas se hubieron alejado de su boca y se unieron a la lista de confesiones liberadas que flotaba en torno a ellos, Inés –casi sin hacer ruido-, se acercó a él rodeando la mesa y se agachó para que las cabezas de ambos se encontraran a la misma altura. Él fijó su mirada en el interior de la de ella y por un instante todo excepto ese momento dejó de tener importancia, quedando sus pensamientos anulados por los ojos del otro.

Lucas dio la orden a sus pulmones de que tomaran aire, y para cuando quiso expirar, su aliento fue a parar tras los labios de Inés.

Un beso lento abrió camino y fue sucedido por otro con algo menos de incertidumbre. Él, por fin se puso en pie y, con pasos torpes, intentaron arrastrarse el uno al otro hacia alguna parte lejos de allí. En el trayecto tropezaron con la alfombra y cayeron sobre ella, y a pesar de que la tela no los mantenía a salvo del frío de las baldosas del suelo, ninguno de ellos hizo un amago por buscar otro lugar quizás más adecuado.

Pronto sus figuras se convirtieron en una maraña de manos adentrándose en territorios inexplorados y escurriéndose por debajo de la ropa. Se buscaban mutuamente, los guiaba el ansia por recorrer todos los rincones y recovecos que habían permanecido ocultos hasta ese momento, cada centímetro de piel como si fuera un mapa del tesoro y hubiera que memorizarlo al detalle.

Ella besó entera, de pies a cabeza, y para cerciorarse de que no había ni un milímetro que hubiera quedado libre del particular y exhaustivo escrutinio de su boca, reinició el proceso nada más terminar la primera vez. Cuando hubo finalizado, dedicó un segundo a buscar la sonrisa que se erigía protagonista en la mayoría de sus sueños.

Con torpeza y sin mayor fin que el de apartarse de la incomodidad y la dureza del suelo, realizaron un segundo intento por desplazarse hasta la habitación, con éxito en esta ocasión.

La impaciencia se había apoderado ya de los dos en el momento en que se cobijaron bajo las sábanas.

A lo largo de los meses que se habían desvanecido con el paso del tiempo, Lucas e Inés se habían ido introduciendo en un proceso que poco a poco fusionaría una parte de ellos hasta el punto de llegar a ser una sola común. La fusión a nivel de la psique estaba más que concluida; por el contrario, la unión física era su asignatura pendiente... hasta ahora.

Hicieron el amor solamente una vez. Sin embargo, era tal el afecto y los sentimientos encontrados que habían estado guardando, que las manecillas del reloj parecían no afectar a lo que ocurría en esa cama.

El tiempo allí no se midió en segundos, sino en caricias y suspiros, roces e impulsos por acortar la ínfima distancia que separaba sus células. Solo cuando hubieron dado el último beso antes de dejarse llevar por el sueño, los minutos y las horas recobraron su sentido.

Un escalofrío le eriza la piel y mantiene sus labios abiertos unos instantes más. Parpadea con rapidez y dirige una mirada inquisitiva hacia el rostro de Inés. De no ser por su presencia, pensaría que todas esas imágenes que acaba de recordar no son más que el fruto de su desbordada imaginación.

Despacio, Lucas se anima a elevar la mano derecha y conducirla hasta donde a ella le nace el cabello. Con dedos algo temblorosos, establece un frágil contacto con las hebras de seda negras, recorriéndolas con desmesurada lentitud de principio a fin. Cuando estas llegan a su fin, el rencuentro con su piel despierta sensaciones que todavía son nuevas para él.

Se deja llevar, surcando su espalda con movimientos delicados, enterrando su mano bajo su pelo y enroscándolo alrededor de su dedo índice. A pesar de

la extremada delicadeza con la cual ejecuta el proceso, mientras viaja de uno de sus hombros hacia el otro, Inés inspira y abre los ojos.

Tarda un momento en enfocar la escena y ubicarse en el espacio. Encuentra a Lucas mirándola y su cerebro recupera toda la información que recopiló antes de caer rendida. Desliza instintivamente la cabeza un par de centímetros hacia atrás, aunque en seguida rectifica y esboza una amplia sonrisa.

-Hola –susurra.

Las comisuras de la boca de Lucas se contagian de su dulzura y se estiran hacia el exterior de su rostro, imitando el gesto de ella.

-Siento haberte despertado –se disculpa con celeridad, no pudiendo evitar fruncir el ceño-. No quería...

-No te preocupes –lo interrumpe con voz dulce. De repente, sus labios se tensan.

-¿Qué ocurre?

A ella le lleva un segundo responder, y aun cuando lo hace, no parece demasiado segura.

-Creo que estaba soñando.

Lucas aguarda a que continúe, sabedor de que Inés ha iniciado el proceso de buscar en el interior de su mente: siempre se muerde la punta de la lengua

cuando lo hace.

-Estabas en una habitación, escribiendo, y yo te miraba desde atrás. Parecías estar tan concentrado que no me atrevía a molestarte. De vez en cuando arrugabas una hoja de papel y la lanzabas hacia atrás antes de concentrarte de nuevo. Al principio eran pocas, pero después comenzaste a hacerlo con mucha rapidez. Y de repente los papeles iban formando un muro cada vez más alto...

Inés se detiene y sus palabras se volatilizan. Oculta los ojos detrás de sus párpados y toma aire. Cuando los reabre no queda ni rastro de la extraña sombra por la cual han sido invadidos unos instantes atrás. Vuelve a adoptar ese gesto risueño que la caracteriza.

-Puede que me haya excedido un poco con el vino –miente, consciente de que apenas había disfrutado de una copa de tinto. Lucas lo sabe, pero decide dejarlo pasar: este no es un momento que quiera estropear dando pie a una ronda de preguntas.

Ambos se remueven en la cama mientras piensan en la cantidad de barreras que han sido ya derribadas gracias a las recientes confesiones de Lucas. Sienten cómo un gran agujero se ha abierto paso, permitiendo la creación de un nuevo camino mucho más ancho y seguro que aquellos que han recorrido juntos hasta entonces.

Lucas repasa el recorrido de Inés por la casa, sus movimientos y posturas al coger los libros de las estanterías, el brillo de sus ojos al recorrer cada milímetro cuadrado de las habitaciones... Y se da cuenta de que ha pasado por alto algo de gran importancia.

Con presteza, se mueve, obligando a Inés a abandonar la comodidad de su cuerpo. Se le nubla un momento la vista a causa de la rapidez de sus movimientos. Se gira hacia ella, cuya mirada lo observa atentamente plagada de confusión, esperando a que Lucas se explique.

-¿Has pasado por el vestíbulo?

Ella no puede evitar encontrar la pregunta algo estúpida, puesto que resulta obvio que para entrar en la vivienda es necesario atravesarlo. Inés se incorpora y apoya el peso de su cuerpo sobre uno de sus codos, mientras que con el otro brazo mantiene a raya la sábana que la cubre.

-Claro –responde, sin comprender a dónde quiere ir a parar. Lo que sí le ha quedado claro es que algo está paseándose por el interior de la cabeza de Lucas, que frunce el ceño y aprieta los labios.

De inmediato, Inés se cuestiona si hay algo que hiciera que haya podido molestarle. No tiene demasiado tiempo para ello, pues él, en seguida, aclara sus dudas acerca de quién ha cometido un error.

-No entiendo cómo he podido olvidarme –se recrimina a sí mismo-. Me ha

absorbido tanto todo lo demás que al final he terminado por sacarlo de mi mente...

Sin pretenderlo, se pierde entre sus propios pensamientos mientras Inés lo mira con curiosidad. Le permite divagar un poco más en lo que tarda en aceptar que se ha debido perder parte de una conversación importante, a pesar de que ahora no se le ocurra ninguna de la que poder extraer una causa para esta situación.

-¿Qué? –se le escapa.

El tono agudo que adopta su voz parece traer a Lucas de vuelta a la realidad en la que ella se encuentra.

Sin apenas dedicar un segundo a reflexionar sobre sus posibles próximas acciones, busca su ropa interior, se la ajusta y abandona la cama estirando de Inés, sin mayor explicación que:

-Tienes que verlo.

Ella, desprevenida, no puede hacer más que envolverse improvisadamente con la sábana y correr tras él, procurando no tropezarse con la tela. Lucas la conduce a través de los pasillos en penumbra, atraviesan la habitación en la que cayeron todas las barreras a partir de las confesiones y desembocan en la entrada.

Al ver que no se detiene, Inés consigue liberarse de su mano. Él avanza un par de pasos más y se gira en su dirección, extrañado.

-¡No voy a salir así a la calle! –exclama ella, con voz demasiado aguda y gesto escandalizado.

Los párpados de Lucas suben y bajan con celeridad y sus hombros se convulsionan por la risa que de inmediato lo asalta. Tiende el brazo de nuevo, buscando su confianza.

-No vamos a la calle.

Indecisa, ella arquea una ceja en señal de sospecha, aunque, finalmente, y sin haber dado con ninguna razón por la cual no creerle, se adelanta y acepta. Le intriga que pueda existir algo allí que merezca mayor entusiasmo que las paredes plagadas de libros y manuscritos del piso.

Se dirigen hacia el aparador situado a la izquierda de la puerta principal, y a Inés se le entreabren los labios cuando sus ojos se percatan de que este no ocupa la totalidad de la pared, sino que queda un espacio libre entre este y la esquina.

La sensación de asombro que la recorre por dentro deja a su paso un sabor agrisado que la hace preguntarse cómo no reparó en ello a pesar de las mil rondas de reconocimiento que llevó a cabo nada más adentrarse en la casa.

Hay un detalle que la revuelve aún más: camuflada por las sombras y la protección que le brinda el mueble, una tímida puerta aparece de la nada conforme se acercan. La superficie de la madera está plagada de surcos y marcas que la visten de arriba abajo, y el picaporte de hierro plateado presenta unas pequeñas manchas negras. Salta a la vista que los años han dejado su huella a su paso.

Los goznes gruñen según la hoja se despide del quicio que contiene los secretos que allí hayan sido guardados, en un lugar tan escondido de las miradas de cualquiera que no supiese qué es lo que busca.

Al contrario de como deduce Inés, el aire que se escapa del interior no es denso ni viene acompañado de ese característico olor a húmedo, presente en las habitaciones que aguardan cerradas durante largos períodos de tiempo al volver a ser conectadas con el resto el mundo. Una brisa leve se esparce alrededor de sus figuras, invitándoles a entrar.

A pesar de la falta de luz en el ambiente, se vislumbra desde su posición la silueta de unas escaleras de caracol que se estiran perezosas hacia arriba, donde reflejos de color ámbar les darán la bienvenida.

Con un simple gesto, Lucas le cede el paso a Inés, y esta, tomando aire, inicia el ascenso.

La superficie fría de los escalones la hace estremecerse un tanto al entrar

en contacto con la planta desnuda de sus pies, mas esto no le impide continuar. Su curiosidad va en aumento, a la par que el número de escalones restantes para alcanzar la cima disminuye.

En el preciso momento en que la luz baña su figura, Inés está a punto de dejar caer la sábana a causa de la repentina visión que se despliega imponente e inconcebible frente a ella.

Su primera reacción es la de pensar que sus sentidos la engañan, pues se le antoja imposible la idea de que exista un lugar tan mágico en medio de una ciudad. Está acostumbrada a toparse con este tipo de visiones en las revistas de viajes que ofrecen vacaciones en rincones paradisíacos a precios desorbitados, sin olvidar su reticencia a creer que esas fotos no han sufrido ningún tipo de modificación a lo largo del proceso de maquetación y edición. De ahí que muestre escepticismo ante semejante panorama.

En el punto más alto de la escalera, las paredes desaparecen, rindiéndose a un gigantesco espacio circular de no menos de doscientos metros cuadrados. Por si la sensación de amplitud no fuese suficiente, los paneles de vidrio transparente que conforman la bóveda que se alza en ademán protector sobre el lugar, ayudan a expandir los límites de la imaginación.

Plantas y árboles de todas clases se reparten a lo largo y ancho de este

colosal invernadero sin demasiado orden premeditado, aunque con una curiosa composición que le otorga un equilibrio frágil. La atmósfera, al contrario de lo que cabría esperar, no es húmeda, ni tampoco demasiado seca, sino que parece mantenerse en un microclima a la temperatura justa para no tener ni frío ni calor.

Los ojos todavía atónitos de Inés no alcanzan a abarcar toda la belleza recogida en una porción tan relativamente insignificante de planeta.

Es la silenciosa calidez de la respiración de Lucas detrás de su oreja lo que consigue sacarla de su ensimismamiento, haciéndola parpadear y llenar sus pulmones de oxígeno.

-¿Qué es este lugar? –logra susurrar, ajustándose una vez más la sábana alrededor del cuerpo.

-Bienvenida al invernadero, mi refugio –descubre al tiempo que desliza despacio los brazos sobre los suyos-. Es aquí donde vengo a buscar la inspiración cuando esta parece haberse pedido unas vacaciones por su cuenta. El único ruido que se escucha es el de la tierra húmeda absorbiendo el agua momentos después de haberlas regado; nunca hace demasiado frío, ni un calor excesivo, y hay tantas plantas que, mire a donde mire, me encuentro rodeado de verdor a lo largo de todo el año...

Como si fuera una respuesta inmediata a sus palabras, del cielo teñido de

fuego por el anuncio de la llegada del fin de otro día, comienzan a desprenderse finos y fríos copos blanquecinos, quedando algunos de ellos atrapados en la superficie de cristal de la cúpula. Otros, sin embargo, se las arreglan para ejecutar acrobáticos giros en el aire y colarse por entre las pocas ventanas que están abiertas, una de ellas situada justo encima de donde ellos se encuentran. Haciendo gala de impresionantes técnicas de aterrizaje, unos pocos, atrevidos, se posan sobre el cabello de Inés, realzando su propio brillo, así como el negro azabache de la melena de la chica. Con un gesto que esconde una ternura infinita, Lucas retira uno de ellos con la yema de los dedos y se lo muestra a ella, a quien se le iluminan los ojos y se le abre la boca en una sonrisa inconsciente.

Acercándose más hacia los cristales, ambos caminan despacio, mostrando cautela ante la extraña sensación que produce el contraste de la calidez de la burbuja en la que se hallan y el viento helado que se cuela del exterior, sin llegar a alterar en realidad la temperatura del interior. Observan la impresionante vista que les ofrece la naturaleza hasta que el último rayo de luz se desvanece al fin y las estrellas luchan por abrirse camino frente a las bombillas que alumbran la ciudad durante las horas en la que todos duermen.

-Por momentos como en el que nos encontramos ahora mismo, este es mi lugar favorito de todo el edificio.

-Y de la ciudad –aventura ella.

-No –replica él.

Sin moverse del sitio, Inés se vuelve hasta que Lucas aparece en su campo de visión, y descubre que una tímida sonrisa se asoma por la comisura derecha de sus labios mientras ella formula una pregunta silenciosa con la mirada.

-Existe un sitio que, de momento, cumple ampliamente un mayor número de requisitos para ocupar el puesto número uno en mi lista.

No añade ninguna explicación hasta que ella no frunce un tanto el ceño, en señal de no entender a qué se refiere.

-Si tuviera que elegir un destino en que pasar la mayor parte de las horas del día, sin dudarlo escogería mil veces nuestra mesa en el restaurante antes que cualquier jardín paradisiaco en las Maldivas.

La magia que los envolvió la primera vez que hicieron el amor reaparece ahora, aunque sin ser exactamente la misma. Es distinta, menos tensa, con menos urgencia y un mayor nivel de complicidad, aunque igual de electrizante para ambos.

Por segunda vez en el transcurso de su historia, y del día, se entregan el uno al otro, ocultos por una maraña de hojas y ramas, con el firmamento cumpliendo la función de cubierta y la sábana libre para utilizarse de aislante

en el suelo, mientras el resto de la humanidad prosigue con su vida, ajena al paraíso que alberga el quinto piso de un modesto edificio en medio de una ciudad perdida.

12

Una tarde de sábado, a mediados de febrero, los dos se encuentran sentados en las ya más que conocidas sillas de metal, con las manos entrelazadas sobre la mesa

Ella lleva puesto el gorro que le tapa hasta las orejas que Lucas le regaló por su cumpleaños, a pesar de que la entrega del paquete tuvo lugar varios días después de la fecha exacta, ya que ninguno de los dos tuvo antes la idea de priorizar ese detalle por delante del disfrute de pasar tiempo juntos en el invernadero.

Junto con este práctico presente para combatir el frío que se empeña en atacar su cuerpo en los meses de invierno, también iba incluido uno de los manuscritos originales de *Una estrella en la orilla*. Desde que le diera aquel marca páginas en Navidad, se había obcecado con la idea de que no quería

que le comprase nada; si de verdad insistía en regalarle algo, debía cumplir un requisito fundamental para que ella lo aceptara: tenía que ser algo suyo, de su pertenencia, o que él mismo hubiese fabricado, algo que no conllevara el gasto de ningún dinero. Según ella, la esencia de hacer regalos a una persona que consideramos importante en nuestra vida es ofrecerle un trocito de nosotros mismos.

Al principio, esto resultó complicado para Lucas a la hora de pensar qué sería adecuado y qué no. A Joana le encantaban las joyas y elegantes prendas de vestir, por lo que nunca le había resultado difícil en exceso la elección en fechas señaladas, hasta ahora. Conforme se acercaba el momento, a pesar de que él no recordase con exactitud la fecha del cumpleaños de Inés, multitud de diversas ideas se amontonaron en su cabeza, poniéndolo manos a la obra.

De este modo, aquel bonito gorro que vio en el escaparate de una pequeña tienda dio paso a un largo y frustrante proceso de lana enredada entre sus dedos y nudos inoportunos fastidiando su trabajo. Sorprendentemente –tras innumerables intentos que acabaron en estrepitosos fracasos-, como resultado final llegó a conseguir un aceptable gorro de lana verde a juego con sus ojos, con algún que otro punto fuera de su sitio, pero en definitiva decente.

-No he gastado ni un euro –se defendió al tiempo que ella se disponía a rasgar el envoltorio colorido del paquete.

Inés detuvo sus manos y su mirada adquirió un matiz intranquilo nada más escuchar sus palabras. Lo estudió y se inclinó para acortar la distancia que separaba sus rostros, buscando un tono confidencial en el que lanzar su pregunta:

-No estás tan loco como para haberlo robado, ¿verdad? –inquirió, con miedo de obtener una respuesta afirmativa.

-¡Por supuesto que no! ¿Por quién me tomas? –demandó saber, sorprendido.

-No es que te pegue mucho ese tipo de comportamiento, la verdad – reflexionó-, aunque con lo poco previsible que eres tampoco sería de las peores cosas que podrías llegar a hacer.

La simple imagen mental de Lucas saliendo de una tienda con un producto escondido entre su cuerpo y el interior de la chaqueta le hizo reír de inmediato. Seguro que estaría tan nervioso que se delataría a sí mismo si alguna dependienta le dirigiera la palabra para desearle un buen día.

Él cruzó los brazos delante del pecho y se echó hacia atrás en su asiento, esperando a que las carcajadas finalicen.

-No entiendo qué te resulta tan gracioso... -dijo, fingiendo estar dolido.

-Lo siento –se disculpó Inés. Dedicó unos segundos más a recomponerse y

dirigió la vista en su dirección, mordiéndose deliberadamente la lengua a fin de evitar un nuevo ataque.

-Lo que quiero decir es que no me ha costado dinero, sino tiempo. Justo como tú querías.

Suspiró, aliviada por la ausencia de actividades delictivas, aun sin comprender demasiado aquello a lo que se refería con lo del tiempo.

-Ábrelo y verás –la apremió, leyendo la duda en sus ojos.

Se le iluminó la mirada nada más empezar a pasar las páginas escritas con una caligrafía impoluta. Preguntó el porqué de su elección a lo que él comenzó a explicarle que, al ver los papeles en el cajón del estudio, supo con certeza que se trataba de la mejor opción posible:

-Fue uno de los primeros libros que escribí después de lo sucedido. En ese momento no pensaba en nadie en concreto a quien dirigir mis palabras, sino que únicamente pedía auxilio con la esperanza de que llegaría alguien que me salvase de todo lo que se me venía encima y que yo era incapaz de afrontar con entereza –Realizó una pausa corta y reordenó sus pensamientos-. Al menos eso es lo que me hice creer a mí mismo, que solo yo era el destinatario de ese escrito; pero ahora, cada vez que te veo y me hallo reflexionando sobre el asunto, me doy más cuenta de que esta historia es enteramente tuya y no mía.

Poco acostumbrada todavía a confesiones tan cargadas de un valor

sentimental por su parte, su garganta se convirtió en un callejón estrecho. En estos meses, si algo había aprendido, era que Lucas es un hombre reservado, pero que cuando se abre, puede ofrecer una cantidad mayor de sorpresas que cualquier otro.

-Releer sus líneas refuerzan el hecho de que te he estado esperando durante un lapso de tiempo tal vez desmesurado –prosiguió, tomando confianza y efusividad en cada sílaba-. No me veía capaz de resolver el misterio que envolvía la decisión del destino juntarnos a los dos en esta terraza, de aproximar nuestros caminos, y aún menos de cruzarlos de este modo. Pero ahora tengo claro por qué apareciste en mi vida.

Fija sus pupilas en las de ella, estableciendo un contacto férreo e ineludible, un puente por el que puedan transitar las emociones desbordantes que lo asedian por dentro.

-Tú eres la estrella que me ha alumbrado después de haberlo perdido todo y haberme quedado tirado revolcándome en mi soledad como un perro callejero, la ola de bondad y esperanza que me recogió de la orilla de un mar de tristeza que se me asemejaba infinito. Le has devuelto la luz a todo lo que un día se tornó sombrío.

Inés no fue plenamente consciente de del porqué del abrazo en el que la acababa de envolver Lucas hasta que hubo pasado un largo rato: las lágrimas

que tanto le costaba controlar habían hecho acto de presencia sin previo aviso. Y no sabía por qué.

No, sí que lo sabía.

En su primera lectura de la obra, no mucho después de que su madre hubiese fallecido, se erigió una estrecha unión entre ella y el libro gracias a las similitudes con su vida y ella misma que descubrió en las páginas. Esta novela fue comprendida como la mano amiga que apoya y otorga fuerzas cuando a uno se le acaban las suyas pero que a ella nadie le tendió en su momento de pérdida, volviéndose así en una de sus favoritas; tanto, que la leía cada noche antes de dormir, imaginando que en cualquier instante podría llegar a su playa de recuerdos sangrantes una estrella que la llevara consigo y la alejase del dolor.

Al curarse las heridas, el optimismo de cruzarse con una persona destinada a reconfortarla con su sola presencia se desvanecía, pero el significado de la novela para ella no albergaba cambio alguno. Y fue así, perpetuando esa ilusión, como por una ocasión fue el ser humano quien manejó el destino y no al contrario.

La conoció.

Su estrella se llamaba Lucas.

Era brillante, agradable, cómoda e irradiaba una luz que hacía que las

lágrimas se secaran antes de aflorar al aire. Cambió el llanto por las sonrisas, aquellas que él tantas veces le había prometido que llevaban algo especial que le impedía apartar la vista y no contagiarse de su alegría.

Ambos tenían muy claro cuál era la luz que los esperaba en medio de la orilla de su playa particular y el mar, mas ni tan siquiera concebían la remotísima posibilidad de que ello pudiera ser mutuo.

Inés sonrió y hundió el rostro en su cuello, aferrándose a su abrazo como si fuese lo único que la atara a la vida.

Con los dos de nuevo allí sentados, evoca ese momento con gran entusiasmo.

-Llevas la bufanda –apunta ella, casi sorprendida, obligándolo a él también a abandonar sus recuerdos.

Lucas se mira instintivamente el pecho y el cuello, comprendiendo.

-Claro –asiente, sonriente-. ¿Por qué no iba a hacerlo? Es muy bonita.

-Porque no te gusta.

Arquea una ceja, impactado por la solidez de su afirmación.

-Me la regalaste tú. Aunque no me gustase la usaría igual.

-Entonces, ¿no te gusta?

Es tarea imposible para Lucas contener un resoplido ante semejante ejemplo de lo que él denomina como inducción a la discusión, la cual consiste, ni más ni menos, en la búsqueda de cualquier pretexto para generar el desacuerdo entre dos personas en caso de que este no exista de antemano. Según parece, es algo bastante típico de las mujeres a quienes les encanta rellenar los silencios de una conversación.

Además, cuando a Inés se le mete algo en la cabeza no hay método humano que se alce victorioso en su empresa de convencerla de que la situación es totalmente la contraria a la que ella describe. De cualquier modo, aun a sabiendas de que no goza de ninguna probabilidad de éxito, siempre lo intenta antes de darse por vencido.

-Sí que me gusta –le aprieta el dorso de la mano con cariño, tratando de infundirle la sensación de verdad a través de ese sutil contacto-. ¿Acaso no he mencionado nunca lo mucho que me cautivan tus ojos?

A pesar de tener la sospecha de que no se trata sino de otra de las técnicas de distracción de Lucas, Inés lo pasa por alto, ajena al rubor que tiñe sus mejillas.

-Sí –afirma-. Siempre me dices que te recuerdan a dos grandes esmeraldas verdes.

-Efectivamente –subraya con el énfasis característico de quien está a punto

de revelar el quid de la cuestión-. ¿Y de qué color es la bufanda?

Desconcertada por el rumbo que está tomando la conversación, frunce el ceño y aprieta los labios. Presiente que él intenta hacerle comprender algo que él considera de sentido común y a lo que ella no termina de hallar la lógica.

-Verde.

-Entonces, ¿qué problema hay? Me gusta el verde, me gusta la bufanda y me gustan tus ojos –concluye.

-¿Y mi pelo no? –inquieta con malicia una vez ha entendido a dónde quiere ir a parar, simulando una mueca de decepción y tristeza.

Exasperado, Lucas pone los ojos en blanco y se echa las manos a la cabeza al tiempo que ella se ríe, divertida, contemplando la actitud teatral que en escasas oportunidades sacaba a relucir.

Por fortuna para él, de manera instantánea y misteriosa, en su mente surge una vía de escape que lo impulsa a reconducir la conversación hacia otra parte:

-Espero que mañana no tengas ningún evento importante apuntado en tu agenda.

Conforme las carcajadas cesan, Inés recobra la compostura y se centra en el nuevo rumbo de sus palabras. Se muerde con suavidad el labio inferior, repasando mentalmente la programación semanal.

-Tengo que trabajar un par de horas desde las doce hasta media tarde, pero después creo que estoy libre. ¿Por qué?

-Dentro de unos días cierra la exposición para la cual me regalaste entradas, y todavía no hemos ido. Mañana lunes sería el día perfecto, ya que la mayor parte de los interesados de última hora acudirán el fin de semana.

Lo medita unos segundos antes de mostrarse de acuerdo:

-Sí, claro. Vayamos mañana.

-Perfecto –asiente Lucas-. Te recogeré de la oficina, y podemos ir a cenar cuando terminemos.

-Me arreglaré antes de salir, pues.

-Tampoco elijas algo demasiado elegante –señala-. Es imposible que te veas mejor que con el moño despeinado y esa chaqueta mía que te llega casi hasta las rodillas con los que te paseas por el invernadero –confiesa, rememorando con dulzura su imagen escabulléndose por los helechos y las ramas perezosas del sauce en la parte sur de la cúpula de cristal.

13

Tal y como predijo el día anterior, las salas por las que se despliegan cientos de imágenes a lo largo y ancho de la galería están libres de la aglomeración típica de los últimos días de la semana.

Colgadas de las paredes y engalanadas con sobrios marcos, bien de colores metalizados o de madera, hay dispuestas filas de fotografías de todos los estilos: desenfocadas, en blanco y negro, con filtros que las dotan de

cálidos tonos anaranjados para realzar la luz... Y los paisajes, pese a que todos retratan escenas barcelonesas, son de lo más variado, mostrando desde impresionantes vistas de los tejados de la ciudad hasta la delicadeza y fragilidad de una ola aventurándose para dejar su rastro en la arena de la Barceloneta.

A su paso por los pasillos, sus zapatos levantan el eco por el espacio cerrado y este se propaga de un rincón a otro. Con extremada lentitud, Inés y Lucas caminan a la par para detenerse frente a cada una de las obras. Pacientemente, él se entretiene en ofrecer indicaciones sobre los lugares retratados que han permanecido desconocidos para ella hasta ahora. Incluso añade detalles que no aparecen en ellas: la tienda de bicicletas antiguas situada unos metros más abajo siguiendo esa calle a la derecha, la fuente de piedra en mitad de ninguna parte al final de un callejón sin salida...

-¿Dónde está esto? –inquire ella con curiosidad, demorándose ante una fotografía en blanco y negro de grandes dimensiones.

Lucas contempla la escena: presidiendo la parte central de la imagen se alza una escultura que, a juzgar por las minúsculas grietas que presenta repartidas por su superficie porosa, probablemente esté hecha de piedra; las formas curvas de la figura revelan que se trata de una mujer, joven, con los rasgos del rostro contraídos y retorcida en un giro de cadera imposible con los

brazos levantados atrapando algo al vuelo. El tesoro que protege con sus manos de aspecto delicado es pequeño y puntiagudo, y a simple vista se distingue en él un color más claro y brillante que el del resto de la obra, el mismo brillo por el cual se caracteriza un objeto que irradia luz propia.

En cuanto Lucas adivina qué es lo que estudian sus ojos, pestañea y se inclina hacia delante unos centímetros, forzando la vista por comprobar su teoría.

-Es una estrella –se adelanta Inés a sus conclusiones, sin lograr aplacar un timbre de sorpresa en su voz, ya de por sí aguda.

Los dos se miran el uno al otro un instante, intercambiando sensaciones y sospechas, ambos algo escépticos ante el paralelismo que une sus vidas con la fotografía. La probabilidad de toparse con una similitud de tal precisión, ¿cuál era?, ¿una entre dos millones? Quizás más. Y aquí están, admirando lo que bien podría ser su alma extraída de sus cuerpos y colocada en cualquier lugar remoto y escondido de Barcelona.

Apremiado por la necesidad de ubicarla con presteza, Lucas se embarca en la misión de escrutar todos y cada uno de los objetos allí presentes. No obstante, para alimentar su desconsuelo, ninguno de ellos le resulta lejanamente familiar. De haberla visto antes, lo recordaría. Para él, quien se ha considerado a si mismo por largo tiempo un experto de la ciudad, no es

agradable admitir que, tal vez, no haya descifrado la totalidad de sus secretos. Al fin y al cabo, las urbes sufren los estragos constantes del cambio, evolucionan –para bien o para mal-, no son seres estáticos e inalterables.

-No sé dónde se encuentra –admite, no sin cierto abatimiento.

Inés lo observa con la dulzura propia de quien dirige su mirada hacia un niño perdido y desorientado, con comprensión y el acto reflejo de rozar con la mano su rostro compungido.

-Mejor así–sonríe-. Así habrá algo que podamos conocer los dos al mismo tiempo. Será como un punto inicial de conocimiento compartido.

La mente repleta de pesimismo de Lucas procesa su discurso con cautela en busca de señales que indiquen que existen razones para no cambiarse a la perspectiva más positiva de Inés. No las hay, pero aun en el caso de hallarlas, su sonrisa sería suficiente para convencerlo.

El silencio conquista el ambiente durante el resto de la visita. No se escucha una palabra, ni tan siquiera en los minutos que tardan en moverse de la galería al restaurante, tampoco una vez están sentados y el vino ha sido servido.

Sabedora de la concentración de la que precisa él en situaciones como aquella, Inés dispone no interrumpirlo con dudas que más adelante él mismo contestará sin haber sido preguntadas en voz alta. Está mareando algo en su cabeza, a pesar de no saber qué es.

El camarero sirve los entrantes, seguidos de los primeros, más vino, los segundos y el postre, que apenas prueban. Sus voces continúan guardadas también en el camino de vuelta a casa, y no se manifiestan hasta una vez alojados en la calidez de la protección que otorgan las sábanas.

La paciencia de Inés para dar espacio a Lucas tiene un límite. Aunque ella no quiere presionarlo, también requiere información, estar segura de que él, en el fondo, solo tiene preocupación y no cualquier otro sentimiento tóxico que pueda envenenarlo.

-¿Qué ocurre? –ruega, a la vez que acaricia despacio su pelo corto con los dedos, devolviéndolo al mundo real.

Invierte unos segundos más en abandonar sus pensamientos antes de enfocar la imagen de Inés. Aprieta los labios en una fina línea.

-Voy a preparar algo. No sé para cuándo ni cómo lo voy a organizar, pero eso no me preocupa. Al final encontraré la manera –declara, enigmático, sin más explicaciones ni concreciones.

Lo único que aporta a Inés un inestable consuelo es la media sonrisa que él

tanto se esfuerza por encubrir con un ceño fruncido.

14

Noche tras noche, las semanas y los meses se volatilizan sin dejar rastro. La escarcha protagonista de las madrugadas invernales lleva a cabo su metamorfosis para volver a ser rocío.

Inés y Lucas prácticamente viven juntos: son escasas las ocasiones en las que duerman en camas distintas. A pesar de que Inés aún conserva su apartamento, el piso de Lucas es más cómodo para ambos, no solo por contar con una localización más cercana al centro y al restaurante, sino también por la amplitud de espacio. El apartamento de ella, de una habitación y un cuarto de baño, no admite toda la movilidad que le gustaría, siendo lo suficientemente práctico para una sola persona.

Una mañana de mayo en que la lluvia intermitente actúa como música de fondo, ella se despierta temprano, más que de costumbre, cansada de dar vueltas en el colchón. Ha tenido otra vez ese sueño en el que Lucas y ella

terminan separados por una insalvable muralla de papel. Una parte de ella se repite que no es más que una reacción ante el estrés que en las últimas semanas la ha rodeado en la oficina.

Aún quedan unas horas hasta que el amanecer inunde la ciudad con sus ráfagas de ámbar, por lo que, tras llegar a la conclusión de que volver a la cama no es una opción –pues cuando se desvela no existe manera alguna de que concilie de nuevo el sueño, al menos hasta la noche siguiente-, decide enfundarse en una cómoda chaqueta de punto con la que habitúa a deambular por la casa y subir al invernadero. A pesar de encontrarse a casi mitad de año, las madrugadas siguen rezumando un vaho frío hasta que el sol reaparece.

La penumbra sepulta los colores brillantes de los vegetales que crecen al abrigo de la cúpula, aprovechándose de la humedad del ambiente que esta les proporciona. Sus claros ojos necesitan unos segundos para acostumbrarse a la falta de luminosidad que la rodea. Poco a poco las sombras adquieren formas más definidas y siluetas más o menos marcadas, y los caminos que dibujan un particular laberinto de pasillos de piedra se dejan descubrir conforme ella se desliza entre la maleza.

Vagar por este lugar le da la sensación de estar realizando una travesía por en medio de una selva de centro-américa, pero sin animales salvajes ni tribus indígenas que vayan pisándole los talones a cada paso que da. Le infunde paz

y le ayuda a calmarse en situaciones en las cuales el desasosiego y el nerviosismo suprimen su templanza.

Roza con la punta de los dedos las hojas que se interponen en su camino, notando la multitud de texturas que se suceden cada pocos metros conforme avanza: la rugosidad de las hojas del nogal, el tacto plástico de la hiedra... La piel de sus pies, acostumbrada a la frialdad del suelo a causa de su costumbre de no llevar zapatillas en casa, se amolda a la forma de las piedras, reforzando su equilibrio.

En su recorrido, escenas de los últimos meses acuden a su mente, ahogándola: el silencio sepulcral la noche en que acudieron a la exposición, el sueño recurrente que la asalta la mayoría de las noches, la conversación telefónica que Lucas tanto se apresuró a zanzar apenas se dio cuenta de que había vuelto a casa... A esta última no podía parar de darle vueltas.

Inés bien sabe que él es un fuerte anti teléfono como medio de comunicación entre seres humanos, que preferiría mil veces tener que caminar durante una hora hasta la puerta de alguien para entregarle un recado a llamar. En los meses que llevan juntos, pocas son las situaciones en las cuales ha hecho uso de una llamada telefónica, y todas ellas han sido para comunicarle a ella algo que hubiese pasado por alto.

Así, al abrir la puerta y escuchar murmullos, no le quedó otra opción que

sorprenderse. No alcanzaba a entender las palabras, pero si adivinó que no se trataba de uno de los monólogos de los que Lucas algunas veces se servía para invitar a la inspiración a llamar a su puerta, sino de una conversación con otra persona, y que ambos interlocutores no se hallaban en la misma habitación. En el momento en que se acercaba por el corredor lo suficiente como para captar el significado de las frases, estas se acortaron, aumentaron el ritmo y rápidamente se extinguieron, de modo que cuando entró en el cuarto, no había ni rastro de lo que allí acababa de ocurrir.

Se planteó por un instante preguntar quién era; sin embargo, de inmediato cambió de parecer, al ver cómo Lucas se afanaba en aparentar concentración absoluta en los folios esparcidos sobre su mesa. Era la primera vez que lo hacía, y descolocó a Inés de tal forma que solo se le ocurrió seguirle el juego, una decisión que a día de hoy continúa lamentando.

Varios giros a derecha e izquierda la guían hasta un claro de dimensiones reducidas y libre de vegetación en la parte este del invernadero. Justo frente a los cristales, la recibe un colchón cubierto con una colcha -el cuál Inés misma situó allí con el permiso y la colaboración de Lucas.

Se encamina hacia él con paso sosegado y se recuesta con la mirada dirigida al exterior y la flora a su espalda. Del mismo modo en que se ha dejado llevar por su instinto a lo largo y ancho de los pasillos verdes, su vista

otea las terrazas solitarias en lo alto de los edificios, el límite de la ciudad e incluso los primeros campos que se extienden allí donde el asfalto se detiene. Sus pupilas bailan de un lado a otro sin ver en realidad aquello que se erige delante de ellas.

Así, arropada por un estado de semiinconsciencia que mantiene a su cerebro lejos de la tentación de maquinizar cualquier tipo de razonamiento deductivo acerca de la situación en la que se encuentra, cae en las fauces del sueño que se resistían a acompañarla minutos atrás.

Un susurro en la distancia se abre paso cortando las brumas típicas del hechizo de Morfeo y se las arregla para alcanzar su destino en el subconsciente de Inés. Se trata de una melodía recurrente que se repite cada escasos segundos, creando un eco constante que lucha por despertarla.

Con lentitud, las conexiones con el mundo real se restablecen y tiran de ella como lo hace la cuerda de seguridad en torno a la cintura del intrépido -o estúpido- que salta de un puente sin miedo a la muerte.

-Inés... Inés...

Situando la mano sobre su hombro, Lucas la mece suavemente, a la vez que

pronuncia su nombre a modo de reclamo.

Levantarse en la cama y no encontrarla a su lado hizo que sus pulmones le denegasen el flujo de aire durante un momento. La sábana fría y la ausencia de aroma a té en el aire lo impulsaron en seguida a pensar que se había marchado sin decir nada. Recorrió todas las estancias en su busca.

No podía irse así, sin más, sin ni siquiera haberle dedicado una nota de a dónde se dirigía: si iba a dar un paseo, a solucionar una emergencia... si tan solo regresaría o no. Las cosas entre ellos iban como la seda y había terminado de planear solo unos días atrás todo lo referente al viaje...

Desde que fueran a la exposición de fotografía a mediados de febrero, Lucas no se había concedido tregua alguna a la hora de ejecutar el plan brillante que comenzó entonces a rondarle la cabeza.

A la mañana siguiente, una vez Inés se hubo marchado a trabajar, saltó enérgico fuera de la cama y se puso manos a la obra.

La primera parada, por lógica y también por proximidad, fue la estación de tren. Para tratarse de un martes, debía admitir que no esperaba semejante número de individuos aguardando en hilera a que llegase su turno para

inclinarse ante la ventanilla. Aun así, el hecho de tener que esperar de pie más de veinte minutos recién empezada la jornada no lo desanimó en absoluto, sino que lo interpretó como una pequeña pausa más del destino antes de permitirle disfrutar de la que sería una de las experiencias más especiales de su vida.

Ya con los billetes a buen recaudo en el bolsillo interior de la chaqueta, siguió su curso en dirección a uno de los enclaves fundamentales para esta alocada aventura: la inmobiliaria.

No sin cierta inquietud, se sentó frente a un hombre de rostro colorado y presidido por un cuidado y espeso bigote; parecía que fuese un globo aerostático a punto de alzar el vuelo o explotar, ambas hipótesis parecían lo suficientemente válidas como para ser aceptadas. Las ideas de Lucas acerca de la casa que necesitaba -más bien ansiaba- eran tan concretas y ajustadas que no cabía opción a error, sino solo la posibilidad de que hubiese sido vendida, algo de lo cual dudaba con convicción: nadie en su sano juicio excepto él se mostraría dispuesto a adquirir una vivienda ruinosa cuyo interior debía ser demolido y reformado por completo para poder considerarse habitable. El carácter ilógico que se manifestaba en Lucas en ciertas ocasiones no se le habría permitido en ninguna otra situación plantearse la compra de otro piso, ni en un millón de años.

En escasos minutos, el trámite estaba hecho.

De vuelta en la calle, consultó la hora en su reloj de muñeca. La presteza con la que el tiempo acostumbraba a transcurrir en los últimos meses parecía haberse impregnado de una pereza sin precedentes: si se apresuraba, todavía podría aprovechar para escribir un poco más.

Ya casi había acabado su última novela.

Cuando contactó con su anterior editor para comunicárselo, sintió una tremenda satisfacción personal llenándolo por dentro. Acordaron que, si lograba llevarle el borrador final a su despacho antes de que comenzase el verano, no tardaría más de cuatro meses en salir a la venta.

Muy poco tiempo; demasiado poco. Así pues, cabría esperar que, vencido el plazo, este tuviese que alargarse por al menos medio año más. Sin embargo, por el momento todo se movía a buen ritmo: faltaban únicamente dos capítulos para poner el punto y final a los más de doscientos folios que lo devolverían a la vida activa de escritor a los ojos del resto de la sociedad.

Al rato de guardar los billetes y los documentos de la casa a buen recaudo en el fondo de uno de los cajones del armario de su habitación, Lucas se sorprendió al descolgar el teléfono y escuchar la voz del editor al otro lado.

-¿Lucas?

-Sí, ¿Jaume? –preguntó, a pesar de que no le era necesario cerciorarse. Reconocería su manera de pronunciar su nombre en cualquier parte, con ese

acento exagerado en la primera sílaba.

-Sí, soy yo –asintió con tono jovial.

Jaume siempre se había caracterizado por ser un hombre honrado y justo que en ningún momento pensó en construirse una alta reputación; simplemente soñaba con ocupar un puesto de trabajo a cargo de la administración de alguna pequeña o mediana empresa, un sueldo modesto que le permitiese pagar la hipoteca de su piso en el centro. Y así habría sido si su padre no hubiese fundado una pequeña editorial con el propósito de dar a conocer aquella literatura que él consideraba ‘brillante’ -aunque tal vez el resto de las grandes industrias libreras no compartieran su humilde opinión- y no la hubiera heredado a su muerte.

Si bien había alcanzado parte de sus aspiraciones -ostentaba una plaza de funcionario en el ayuntamiento-, no mucho después de ser puesto al frente de la editorial concluyó en dedicarse de lleno al negocio familiar. Jamás hubiera descubierto en su imaginación que el viento fuera a soplar tan a su favor desde aquel momento: los libros de cocina y los manuales de instrucciones de aparatos electrónicos fueron con rapidez acompañados de novelas de todos los géneros, surgiendo entre ellas algún que otro sorprendente aunque cierto *bestseller*. No dispuesto a desaprovechar la oportunidad que le brindaba su creciente popularidad y prestigio, se había planteado dar el salto a territorios

internacionales.

En definitiva, la imagen de Jaume bien podría ser plasmada en las hojas de una enciclopedia como ejemplo de lo que significa la combinación de suerte y perseverancia en la vida.

Ni él ni Lucas describirían una llamada telefónica como algo placentero, sino más bien como una costumbre incómoda provocada por el excesivo uso de las nuevas tecnologías. Por lo tanto, su conversación se extendió lo estrictamente necesario para comentar el estado de todos los trámites burocráticos para la salida al mercado del nuevo libro y fijar al fin una fecha destinada a la revisión del resultado final. Además, tendría cabida otra reunión previa a esta, con el fin de restablecer las relaciones y ponerse al día. En este caso, sería Jaume quien se desplazara para reunirse con Lucas en la ciudad que había escogido como su nuevo hogar.

A pesar de la brevedad de la charla, coincidió con la vuelta a casa de Inés. Lucas no se percató de que había entrado hasta que escuchó el repiqueteo de sus zapatos aproximándose por el pasillo. *¿Habrá oído algo?*, se cuestionó de inmediato, inquieto porque un descuido hubiese podido arruinar toda su magnífica planificación. De ser este el caso, ella nunca lo manifestó.

Se disponía a sentarse en el sofá, abatido, cuando de repente cayó en la cuenta de que -desde que ella pisase por vez primera su casa- no había cerrado la puerta que conducía escaleras arriba.

-¿Lucas?

Finalmente, Inés se ha deshecho de los hilos del sueño y abre los ojos, algo desorientada. Juraría que estaba despierta un instante atrás. Se frota los ojos y, conforme sus sentidos se reactivan, frente a ella se dibuja la figura inclinada de Lucas.

-Te he buscado por todas partes. Creí que te habías marchado sin decir nada -Es inútil intentar evitar que un tono triste empape sus palabras finales.

A la par que se incorpora sobre los codos, ella quisiera saber cuándo desaparecerá ese miedo indestructible a que Inés lo abandone. Un temor, a su parecer, sin pilares que lo sostengan, pues desde el primer día jamás se ha separado de su lado. Sin embargo, el recuerdo del pasado que lo ha guiado hasta el presente argumenta motivos en suficiencia para el desarrollo de una fobia a la pérdida. Esto responde a su pregunta: nunca desaparecerá.

-No lograba dormir, así que subí a tomar un poco el aire. No quería

despertarte -explica, casi excusándose por la preocupación causada.

Lucas se yergue y, exhibiendo una de sus mejores sonrisas, le tiende una mano.

Antes de que ella pueda decir nada, él habla de nuevo:

-Debemos prepararnos o se hará tarde.

-¿Prepararnos? ¿Para qué?

Al contrario de lo que cabría esperar, la contestación de Lucas que explicaría la situación no solventa sus dudas, sino que favorece la creación de otras nuevas:

-Nos vamos de viaje.

15

A punto de taladrarle con la mirada, Inés no aparta la vista del rostro de Lucas, quien con deliberada y frustrante calma sigue comiendo, mostrándose ajeno a tal escrutinio. Ella aprieta los dientes y a él se le escapa una media sonrisa por la comisura de los labios.

-¿Qué planeas? -inquiére, por trigésima vez.

-Nada -responde, sereno-. Ya no queda nada por planear.

Inés convierte las manos en puños sobre la mesa, controlándose.

-Sabes perfectamente a qué me refiero.

Lo que en un principio ha nacido como éxtasis, nerviosismo y entusiasmo, se ha tornado ahora en un estado de tensión casi insoportable. Las dudas inexplicadas, acumuladas a lo largo del tiempo en su cerebro, ejercen mayor presión que nunca, provocándole unas ganas imparables de exigir respuestas inmediatas.

Inspira, consciente de que, aunque su estado de humor no sea el más adecuado en esta situación, debe intentar recobrar una mínima cantidad de control sobre sí misma si no quiere acabar tirando la copa de vino por la ventana en un arrebato de impaciencia.

Expira y repite el proceso dos veces más.

-Necesito saber cosas, que me ofrezcas algo a lo que mirar cuando esté al borde de un ataque de nervios... como ahora -apunta.

Se muerde la lengua con demasiada fuerza. No tiene la menor intención de dejar traslucir todo aquello que la revuelve por dentro, y quizás ya ha dicho más de lo que quisiera con esas dos simples oraciones.

Milagrosamente, tal vez alertado por el tono suave que de repente acaba de adoptar su voz, Lucas levanta la cabeza del plato y fija sus ojos en ella con detenimiento. Deja los cubiertos a un lado y coloca los brazos cruzados en el borde de la mesa, inclinándose un poco hacia delante.

Para bien o para mal, concluye en no confesarle toda la verdad, aun a sabiendas de que si algo no sale según lo previsto, ella se enfadará, y con razón. Barajando todas las opciones, le merece la pena jugársela.

-Hace unos días recibí una llamada de Jaume.

-¿De quién?

Cierto, coincide. Jamás le ha hablado de él, por lo que es imposible que sepa a quién se refiere. Hay todavía tantos aspectos de su vida acerca de los cuales no la ha ilustrado... Ha mantenido fuera de su conocimiento todo aquello relacionado con la editorial y, como era previsible, ahora no podía pretender que por ciencia infusa ella hubiese adquirido de golpe toda esa información sin haberla antes mencionado en su presencia.

-Es mi editor -aclara-. Llamaba para informarme de que recibió correctamente el borrador que le envié la semana pasada y que ya lo ha leído.

Inés se apresura a almacenar sus palabras y contrastar su significado en su cabeza. Lucas prosigue al ver que ella solo lo observa sin decir nada.

-Me llamó un día hace un par de meses, antes de que hubieras regresado de la oficina, para organizar reuniones y demás trámites pendientes que ya casi han sido resueltos.

-Aguarda un momento -pide ella, confusa como nunca antes. Se muerde la lengua y frunce el ceño para favorecer que su mente trabaje con mayor celeridad-. Creo que he debido perderme algo, porque nada de lo que acabas de decir tiene ningún sentido ahora mismo -admite, pasando las manos por su cabello.

Lucas toma aire en sus pulmones con la intención de resolver el conflicto que él mismo ha creado en el interior de Inés, pero esta alza el dedo índice en su dirección mientras mantiene los ojos cerrados, en señal de necesitar silencio.

Cuando vuelve a abrir los ojos al mundo unos segundos después, en su mirada continúa la misma chispa de desconcierto que antes.

-Si no he entendido mal -se aventura a ordenar toda la información recién obtenida-, tienes un agente, el cuál te ha llamado en varias ocasiones sin que tu dijese una palabra al respecto -La línea de su boca se torna tensa conforme prosigue-. Y además, ambos habéis estado en contacto durante estos meses debido a que has escrito una nueva novela.

Inés se detiene y fija una mirada impasible en la de Lucas, serena aunque

algo menos clara a cada segundo que transcurre sin que ella retome su discurso. Sus esmeraldas lo taladran, acusándolo, exigiendo una respuesta que, en realidad, ni él mismo sabe cuál es. Puede que no exista una respuesta correcta en esta ocasión.

Ella ha resumido en dos simples y llanas frases el hecho de que Lucas ha construido secretos a su espalda, y teniendo en cuenta que aún no es conocedora de toda la verdad, a juzgar por su reacción no parece que de momento las cosas vayan a tomar un mejor rumbo.

Ambos se aguantan la mirada un instante más. Mejor dicho, ella le ataca con sus gemas afiladas y él se defiende como buenamente puede al tiempo que la tensión crece a su alrededor. Y, sin previo aviso, estalla.

-¡Y ni siquiera me comentaste nada de esto! -grita, levantándose de la mesa, sin saber muy bien dónde colocar sus manos, si en los bolsillos o en torno a la garganta de Lucas. Como suele ocurrirle cuando pierde el control -y esta no es una excepción-, también su lengua cobra vida propia: se desliga por completo de la escasa disciplina que su cerebro pueda inculcarle y toma las riendas de todo aquello que se abalanza estrepitosamente al exterior desde su boca-. No te das cuenta de lo que hacen conmigo tus secretos, de los estragos que dejan a su paso cuando tú les permites campar a sus anchas por todo lo que nos rodea. Ya es suficientemente complicado lidiar con mis pensamientos

irracionales el resto del tiempo como para también añadir la obligación de no desquiciarme creyendo que tienes a otra.

Los párpados y los labios de Lucas se separan de par en par, incrédulo ante lo que acaban de escuchar sus oídos.

-¿Pero qué obsesión tienes con ver amantes en todas partes? -inquieta, rememorando el día en que su pasado por fin fue liberado en este mismo salón: Inés pensó que Joana pretendía abandonarlo por otro hombre-. ¿De dónde has sacado esa absurda idea?

Llegados a este punto, la ira de Inés se escabulle por la punta de sus dedos y desinfla la valentía que la ha impulsado a hablar más de lo estrictamente necesario.

-Uno de esos días en los que dices que Jaume te llamó, volví a casa y me resultó extraño escucharte hablar con alguien por teléfono. No podía entender nada de lo que decías porque estaba demasiado lejos, y cuando me acercaba por el pasillo tú me oíste y colgaste. Quería preguntarte quién era, pero te esforzaste tanto en aparentar que nada acababa de ocurrir allí que no insistí.

Su voz, ahora menos exaltada, baja de tono hasta perderse en apenas un tímido susurro. La de Lucas -por su parte-, también ha recobrado algo de su habitual calma cuando habla de nuevo:

-¿Y eso te ha llevado a creer que tengo una amante? -pregunta, atónito.

-Durante los últimos meses te has comportado de una forma extraña: casi no hemos hablado, siempre parecías tener la cabeza en otra parte en vez de aquí, conmigo, y has pasado horas y horas encerrado en tu estudio a pesar de que yo estaba en casa. Casi no parecías tú, sino una sombra vacía con tu misma apariencia.

Un rastro de pesar se arrastra en cada sílaba, tiñendo su explicación de un sabor agri dulce y poco reconfortante que no pasa desapercibido ante el instinto de Lucas. Este analiza las escenas que ella ha descrito en busca de la verdad, pues a menudo un mismo recuerdo puede camuflar muy diferentes aspectos dependiendo de con los ojos de quién se evoca.

Tras unos minutos de silencio solo roto por sus respiraciones entrecortadas, su cuerpo se destensa, derrotado por las imágenes que toman forma detrás de sus párpados cerrados.

¿Cómo he podido no haber tenido en cuenta esa posibilidad?, se demanda a sí mismo. La sensación que preside todas sus células es la de ser un estúpido por haberse centrado en sí mismo y desatender a la mujer que se arriesgó a arreglar una marioneta rota.

Un escalofrío le atraviesa la espalda al hallar una clara similitud entre el obseso del trabajo que era unos años atrás y en lo que se ha convertido en los últimos meses. Esto se refleja en la repentina mueca, mezcla de horror y dolor,

que cruza su rostro de inmediato. Ya perdió lo más importante en su vida una vez a causa de su incapacidad para implantar barreras que delimiten dónde comienza y se frena la literatura. Ahora que ha recibido una segunda oportunidad, no puede permitirse ser tan idiota como para mandarlo todo al traste de nuevo.

Levanta la vista y se enfrenta a la figura que a día de hoy representa todo lo que tiene, todo lo que lo mantiene con vida.

-Lo siento -murmura con voz quebrada.

Inés lo contempla y su gesto se dulcifica. Se encamina despacio y sin hacer ruido hacia donde él se encuentra, pues sabe bien que, a pesar de que él no lo exprese con palabras o gestos, lo que más necesita es saber que no va a ir a ninguna parte. Lo rodea con los brazos y sitúa la cabeza en su pecho para acompasar su respiración con la suya.

No hay nada que un sonido o un puñado de letras sea capaz de añadir y mejorar la situación. Al contrario de lo que Lucas solía pensar, a todos se nos presentarán momentos en los cuales un gesto o una acción podrán curar con mayor celeridad y eficacia que cualquier explicación o excusa.

Dejan que el tiempo se alargue así, callados, bebiendo el uno del calor del otro mientras se recuperan. Los minutos se extinguen como si se tratasen de milésimas de segundo sin que ellos se inmuten.

Los corazones se tranquilizan y marchan a un ritmo acompasado, los pulmones se hinchan y los nudos en sus gargantas se aflojan hasta deshacerse del mismo modo en que una aspirina se disuelve en un vaso de agua.

-Hay algo más -agrega Lucas en el momento en que su cerebro vuelve a ser capaz de procesar nuevas ideas.

Se apartan un tanto y el aire corre entre sus figuras. Lucas acaricia los hombros de Inés con suavidad e inspira, temeroso de la reacción que pueda tener ante un nuevo contratiempo.

Se dispone a abrir la boca y revelar una última sorpresa, mas antes de que salga un solo gemido de lo más profundo de su laringe, un sonido que jamás esperaban oír se extiende por toda la casa.

Ding, dong.

La campana estridente detrás del interruptor del timbre resuena, viaja a todos los rincones del piso y da la sensación de que el ambiente se encoge sobre sí mismo con él.

El pulso en las venas y arterias de Inés se congela, e incluso retrocede en señal de alarma. Desde el primer día en que puso un pie en esta casa, una de las primeras cosas que aprendió del lugar es que -desde que Lucas se hubiera

mudado allí-, nunca nadie ha estado en él a excepción de ellos dos. No han tenido visitas, ni han organizados fiestas ni cenas. El timbre siempre se ha mostrado mudo ante ellos, víctima de una afonía severa y sin nada que anunciar.

Una pregunta invisible vuela directa de los ojos de Inés a los de Lucas, quien mira al pasillo y respira hondo.

Ya está aquí, es el momento, se repite para sí, con la esperanza de infundirse ánimos.

Es el instante que lo ha mantenido en un estado de nerviosismo constante las últimas semanas, desde que supo que ya no había forma de prolongar una tregua más larga. Desconoce si está preparado emocionalmente para salir victorioso de un encuentro de este tipo o si, por el contrario, toda la terapia que ha constituido su esfuerzo por entablar una relación de confianza con Inés resultará tan útil ahora como intentar escribir con un bolígrafo sobre una hoja de papel mojado. De un modo o de otro, es hora de averiguarlo, bien se alcance ganador o se vea obligado a agachar la cabeza.

Se gira en dirección a Inés y comprueba que la duda permanece inamovible en su mirada. Si bien Lucas comprende aquello que ella desea saber, no da con la manera justa de expresarse. Por fortuna, la verbalización de la pregunta silenciosa de ella acude en su ayuda:

-¿Quién llama a tu puerta?

Y no hay en el mundo respuesta que pueda abarcar con mayor precisión todos esos pequeños detalles que nos vemos obligados a explicar posteriormente por falta del vocabulario adecuado para la resolución de dicha tarea que la que Lucas le ofrece:

-Mi pasado.

16

Los pasos decididos de Lucas por el pasillo llegan a oídos de Inés, quien aguarda sentada en el sofá, inquieta. Se retuerce las manos en un acto reflejo como consecuencia de su impaciencia.

Un hombre salido de la vida anterior de Lucas y de cuya existencia ella jamás ha sabido nada hasta hace unos cuantos minutos, espera de pie en el rellano a que alguien le abra la puerta.

Las bisagras gruñen al mismo tiempo que la hoja se despega del marco de madera y, en menos de un santiamén, el visitante atrapa en un gigantesco abrazo a un Lucas aún algo desorientado.

-¡Lucas!

-Jaume... -alcanza a murmurar.

Ambos disfrutan mudos de un reencuentro que en su día se les antojó irrealizable, una reconciliación entre un escritor torturado y un elemento de la que sin duda ostenta la banda con el honorario de la peor época de su vida.

-Estás distinto de cómo te recordaba la última vez que te vi -señala Lucas.

-Tú sí que has cambiado. ¡Mírate! -exclama Jaume, separándose unos centímetros de él. No puede contener un suspiro de alivio-. Tienes muchísimo mejor aspecto, gracias a Dios. Ya creía que nunca volverías a estar así -confiesa mientras Lucas lo invita a pasar al salón.

Los dos hombres entran en la habitación e Inés se levanta del sofá instantáneamente. Lucas esquivo a Jaume por el flanco izquierdo. Se acerca en dos pasos largos a ella y la rodea con un brazo por la cintura. El gesto la sorprende: siempre han estado solos, por lo que no se han visto hasta ahora en la tesitura de tener que presentarla a nadie.

-Si acaso vuelvo a ser la millonésima parte de lo que un día fui, ella es sin duda la razón de una recuperación tan milagrosa -dice Lucas, robándole el aliento a Inés por segunda vez en el mismo minuto. Él extiende la mano que le queda libre a modo de invitación a Jaume para que se les una en medio de la sala.

Su viejo amigo se toma unos segundos para admirar la escena que se muestra ante él. No le cabe en la cabeza que algo así sea posible al fin: le invade una gratificante sensación al no ver al escritor que -destrozado por la crueldad que a veces se excede a lo largo del camino que llamamos vida-, se rindió y huyó de todo lo que conocía con la única y débil esperanza de renacer de sus cenizas como un legendario ave fénix. En su lugar, contempla al hombre racional y maduro que siempre había sido.

Evalúa a la mujer que, según su amigo, ha obrado el milagro de traerlo de vuelta al mundo de los vivos, y es entonces consciente de que él y todos aquellos en cuyo corazón continúa existiendo un sitio para Lucas, mantendrán una deuda insalvable con ella hasta su último aliento.

Finalmente, Jaume sonríe y asiente. Se mueve con cuidado hasta su posición y toma las manos de Inés entre las suyas, estrechándolas con una mezcla de firmeza y ternura.

-Gracias -habla con el alma, no con las psique. Vuelve a cambiar la mirada al rostro de Lucas con un gesto de nostalgia y emoción contenida-. Me alegro de que vuelvas a ser tú -sentencia.

-Yo también.

Inés desaparece en la cocina con la intención de preparar café y los dos viejos amigos reencontrados se acomodan en torno a la mesita repleta de papeles, donde, durante las dos horas siguientes, discuten sobre los últimos retoques y mejoras a realizar en el borrador de la novela antes de que esta se envíe a la imprenta y sea puesta a la venta en las grandes librerías del país.

-Me alegra comprobar que continúas siendo tan fiel a ti mismo como siempre, amigo mío, y eso es sin duda alguna lo mejor que puedes hacer. Esta historia -agrega Jaume con el borrador lleno de tachones y garabatos entre los dedos-, en mi opinión, es la mejor de todas cuantas has escrito. No entiendo cómo lo consigues para superarte a ti mismo, pero cada vez más me parece como si al abrir uno de tus libros te estuviese viendo las entrañas.

A Lucas se le escapa una sonrisita ante su discurso. *No solo lo parece, piensa, sino que has dado certeramente en el clavo.*

No les sobra tanto tiempo como desearían para ponerse al día acerca de lo sucedido en todo el período en que se han mantenido desconectados el uno del otro. De que quieren percatarse, la alarma del reloj de muñeca de Lucas se dispara, cumpliendo así su cometido de confundir a Inés por enésima vez en esta interminable jornada.

Editor y escritor intercambian miradas, cómplices hasta el tuétano. Ella, sin entender nada y ya cansada de que se empeñen en apartarla de la realidad

presente en todos los aspectos que la rodean, se alza sobre los talones y se cruza de brazos con una expresión que claramente se traduce en un *¿y ahora qué?*

Las facciones de Lucas sufren una transformación instantánea: su ya conocida tímida sonrisa que acostumbra a pasar desapercibida escondida detrás de sus labios, se metamorfosea en una desconocida sonrisa abierta de la que Inés no ha tenido el placer de disfrutar, pero que Jaume ha echado de menos más de lo que podría haber imaginado en un principio.

Él y Lucas imitan su movimiento y se levantan a una del sofá, y se funden en un cálido abrazo que prometen repetir pronto. Acto seguido, sin articular palabra se encamina hasta Inés y le toma las manos de igual manera que a su inesperada llegada. Este las eleva con lentitud y deposita un beso de agradecimiento infinito en ellas. Sin que su amigo sea consciente de ello, se inclina lo justo y necesario para que ella escuche su modesta petición antes de marcharse:

-Cuida de él como hasta ahora, funciona.

Ella no puede más que asentir con la barbilla y devolverle el apretón de manos.

-¿Estás seguro de que no quieres acompañarnos? -atrae Lucas su atención desde el otro lado de la mesita.

-No -niega Jaume, enfilando el camino hasta la entrada del piso-. Prefiero quedarme un par de días por aquí ahora que por fin te has dignado a desvelar tu paradero secreto. Aprovecharé para visitar algunos negocios de la zona; tal vez pueda conocer nuevos socios.

Lucas se echa a reír. Quién le diría que este es el mismo Jaume que aspiraba a poca cosa en la vida, un hombre que ahora se pasa día y noche preocupado porque sus negocios sean llevados a buen puerto.

-Además -añade, adelantándose a Lucas-, no es que quiera escaquearme, ni mucho menos, pero Andrea está últimamente de un humor... complicado -Se le abre la mirada en el instante en que sus propias palabras le recuerdan que, se ha sumergido tanto en averiguar la actualidad de su viejo amigo, que ha olvidado por completo ofrecerles una parte de la suya-. ¿No os he dicho que voy a ser papá?

Un escalofrío de asombro los paraliza en el sitio. Años antes de que Lucas abandonase Barcelona, Jaume y Andrea, su esposa, le anunciaron que, tras casi siete años de matrimonio intentando por todos los medios convertirse en padres, al fin un bebé llegaría. Desde el momento en que el pequeño Iván abrió los ojos para contemplar el mundo por vez primera, Lucas tuvo la certeza de que ese niño ocuparía un lugar privilegiado e inamovible en su corazón; y así fue.

En cierto sentido, recibir en este momento semejante noticia significa que el tiempo no ha avanzado, que todo ha sido una pausa desde la cual retomarlo todo ahora que vuelve a estar en plena forma.

-¿Estás seguro? –inquire Lucas, incrédulo.

-¡Bastante! -exclama Jaume entre carcajadas, dibujando en el aire con la mano un amplio arco sobre su abdomen.

-Enhorabuena -logra salir de su asombro-. Entonces tienes que venir con nosotros. Esto hay que celebrarlo como se merece -insiste al colocar un brazo detrás de su espalda, con la determinación de reconducirlo al interior del apartamento.

-No, no, amigo -lo rechaza, girándose en redondo hacia la puerta-. Ten por seguro que lo celebraremos, pero este no es el momento apropiado -eleva las cejas a modo de recordatorio.

-Está bien -cede, sabedor de que el editor tiene razón-. De todas formas nos veremos muy pronto.

-Por supuesto -coincide-. En cualquier caso, si lo que has escrito es cierto, las cosas van tomando buen rumbo de nuevo. Aunque sea algo precipitado, me encargaré de tenerlo listo para la próxima vez que nos veamos.

Ambos miran a Inés, que recoge la bandeja del café. Lucas asiente con la

cabeza para sí.

-Me ha costado lo mío, pero he tenido ayuda.

Instintivamente y sin apartar a vista de ella, Jaume, con la voz cargada de emoción contenida, sentencia:

-Fantástico.

El editor toma su chaqueta y sale al rellano, directo hacia las escaleras.

-Hazme un favor -lo detiene Lucas cuando está a punto de desaparecer de su vista-. Si los ves antes que yo, saluda y da recuerdos a todos de mi parte: a Andrea, a Iván y también a Arnau. Diles que los echo de menos.

Se dedican un estudio mutuo a través del cual terminan de confesarse todo aquello para lo que no les queda tiempo. Al fin y al cabo, han sido como hermanos durante años y, a juzgar por la complicidad que ha rebrotado entre ellos hoy, la distancia espacio-temporal transcurrida no basta para romper lo que tantos momentos juntos construyeron.

Los pasos que descienden los escalones se pierden en la distancia y Lucas regresa al interior del piso, justo a tiempo de ver a Inés salir de la cocina. Los dos se detienen y guardan silencio hasta que él consulta la hora y toma la iniciativa.

-Bien. Es hora de irse.

-¿Londres?

-No.

-¿París?

-Non.

-¿Berlín?

-Nein.

Inés se muerde el labio, apostada con la rodilla encima del asiento del taxi.

-¿Nacional o internacional? -pregunta, guiñando un ojo, lo que hace que él se ría.

-Nacional.

Sigue haciendo muecas involuntarias conforme descarta lugares.

-¿Granada? -prueba por enésima vez.

-¿No sería más fácil esperar a que llegemos a la estación? -sugiere Lucas.

Ella duda un instante, barajando esa posibilidad, pero en seguida la desecha:

-Averiguarlo por mí misma resulta mucho más emocionante.

Lucas pone los ojos en blanco y mira por la ventanilla.

-¿Me quieres decir de una vez a dónde vamos? –lo altera apenas un segundo después.

Él se gira, desconcertado por su rápido y repentino cambio de idea.

-Juraría que hace tan solo un momento...

-Intentaba hacerme la dura -le interrumpe.

Alza una ceja con expresión divertida a la par que de sorpresa y piensa en su modo de actuar en las últimas semanas. Es cierto que ha tenido un cuidado singular a la hora de evitar que ella descubra un solo detalle de su plan, y aun así le parece extraño que su avispada imaginación no haya dado con la clave que se lo desvelaría todo.

-Estás fingiendo, ¿verdad? -inquieta, intrigado.

Inés le dirige una mirada difícil de descifrar, mitad desconcierto y mitad interés.

-En realidad sabes perfectamente a dónde vamos -le explica su teoría-. Solo estás actuando para que no me sienta decepcionado después de haber invertido una gran cantidad de tiempo en esto -Alza una ceja en señal de pregunta, seguro de no equivocarse.

Para su desgracia, sí erra en estas deducciones. Como va siendo costumbre desde varios meses atrás, Inés no tiene ni la más mínima pista de hacia dónde se dirigen, como prácticamente de nada de lo que sucede a su alrededor. Lucas precisa de un par de segundos para concienciarse de su error.

-O puede que no -reconoce-. De todas formas -continúa en un intento desesperado por desviar su atención tras su metedura de pata-, lo verás en el panel de salidas en cuanto lleguemos. No seas impaciente

Por suerte, el taxi se detiene en la puerta de la estación de tren, sin dar tiempo a Inés para enfadarse, y ambos se apean. Mientras Lucas se ocupa de las maletas, ella se apresura a entrar al vestíbulo y situarse bajo el panel informativo de las salidas. Ávida de respuestas, empieza a leer.

-¿Cuál es?

-No te lo pienso decir.

Inés frunce el ceño y se lanza a probar una estrategia que de antemano sabe no dará resultado:

-Entonces déjame el billete.

-No -se niega entre carcajadas-. No nací ayer -Ella le lanza una mirada envenenada, lo que aumenta la intensidad de su risa-. Sé muy bien lo que harías si lo hiciera, a mí no me engañas -se defiende.

Los altavoces emiten sin cesar mensajes sobre idas y venidas, retrasos en los horarios y matrículas de coches mal aparcados. Uno de ellos llama la atención de Lucas, quien sin mediar palabra, toma a Inés del brazo y pone rumbo a los andenes.

-¿Qué? ¿Cuál es? -chilla. Se esfuerza por mirar el panel informativo una última vez, pero ya no alcanza a distinguir las letras, y tampoco ha prestado demasiada atención a los anuncios de megafonía.

Pasado el control de pasajeros, arrastran las maletas hasta uno de los andenes donde hay parado un tren. La insta a subir los escalones de uno de los primeros vagones a empujones para evitar que identifique el nombre en las pantallas repartidas junto a la vía. Una vez acomodados en los asientos, respiran y recuperan el aliento.

-Toma –dice Lucas, tendiéndole uno de los billetes.

Inés le da la vuelta y lo estudia de arriba abajo. Busca el destino.

-¿Madrid? -inquieta al dar con él.

Sus ojos colmados de satisfacción y triunfo al pensar que al fin es conocedora de a dónde pretende llevarla le dirigen una mirada intensa. Sin embargo, Lucas hace estallar la burbuja de felicidad que acaba de comenzar a envolverla con una media sonrisa socarrona y un simple *no*.

Visiblemente molesta, arruga la frente, de manera que imita a una niña pequeña enfurruñada al borde de ofrecer una espectacular pataleta para diversión de todos los viajeros. Pero, al contrario de lo que cabría esperar, no refunfuña ni gimotea, sino que, altiva, acopla su cuerpo a la butaca y saca de su bolso un pañuelo para el cuello, lo dobla para que haga las veces de almohada y apoya la cabeza en él contra la ventanilla. Así, al menos podrá descansar durante el trayecto adonde quiera que se dirijan.

Tarde o temprano, todo aquello en lo que Lucas ha puesto tanto esmero en ocultarle, para bien o para mal, saldrá a la luz y -con un poco de suerte-, eso le ayudará en su empresa de comprender a qué viene tal alboroto.

Con Inés fuera de combate por un buen rato y no siendo él capaz de conciliar el sueño o concentrarse en la película que se emite en los minúsculos televisores del vagón, Lucas decide abandonar su asiento y emplear el tiempo hasta llegar en hacer algunas llamadas.

En primer lugar, telefona a Jaume para informarle de que ya están en camino y que Inés no sospecha aún de sus intenciones. Volverá a ponerse en contacto con él en unos días.

Es la segunda llamada la que le eriza el vello de los brazos y con la que se extiende un poco más. Marca el número y se le forma un nudo en la garganta mientras espera a que contesten.

-¿Sí?

La voz se le congela antes de salir al exterior y la boca se le seca repentinamente, impidiéndole hablar.

-¿Diga? -insisten al otro lado de la línea.

-Hola, Arnau -se recompone.

El otro hombre duda un instante.

-¿Quién es?

-Soy Lucas -dice con tono serio marcado por la tensión.

-¿Qué Lu...? -Se detiene a mitad de frase y Lucas escucha cómo inspira de manera brusca. Puede casi sentir cómo su corazón late más rápido, abrumado por la posibilidad de que de verdad sea él.

-¿Qué tal tu divorcio? -Lucas suelta la primera pregunta que le viene en mente, a pesar de que se arrepiente de inmediato, consciente de lo estúpido

que ha debido sonar.

-Pues bien -resuella, casi sin aliento-. Me sacó la pensión, pero poco más. Menos mal que no tuvimos críos -ríe a medias. Suspira de nuevo y Lucas es capaz de imaginar una sonrisa en el rostro de Arnau-. ¿Por qué llamas?

Arnau jamás se ha caracterizado por ser un tipo que se ande con rodeos, sino exactamente lo opuesto. Prefiere ir directo al grano, economizar su tiempo, a pesar de que en ocasiones esto pueda resultar algo brusco. Y en cuestión de sentimentalismos, no es que tenga un corazón de piedra, aunque sí es cierto que nunca ha sido ni será candidato a llevarse el nobel del cariño, si este existiera.

Lucas procede a ponerle al día en cuanto a sus planes y a relatarle los sucesos clave de los casi dos últimos años. Le habla de la poca esperanza con la que llegó a una ciudad desconocida y cómo, poco a poco, todo fue a mejor tras descubrir a una muchacha en la terraza del restaurante que había comenzado a frecuentar por las mañanas con el fin de despejarse y relacionarse con el mundo. Habla de ella, su salvadora, ahora la razón por la cual todo ha vuelto a adquirir sentido, la Tierra vuelve a girar en la dirección correcta.

En seguida, su amigo comprende que el timbre extraño en su tono de voz no es otra cosa que felicidad y entusiasmo por volver a vivir.

-No sabes cuánto me alegro -reconoce al cabo de un minuto-. Sinceramente, creí que ya no volvería a escucharte hablar así.

Lucas piensa en ello y coincide.

-Si te digo la verdad, si alguien me hubiese revelado el rumbo que tomarían las cosas, tampoco yo habría apostado por ello hace algunos meses.

Para cuando Lucas regresa a su asiento, Inés ya ha despertado y contempla el paisaje a través del cristal. Él camina hacia ella, quien cuando este se sienta vuelve la cabeza en su dirección.

-¿Dónde estabas?

-En el aseo -disimula-. Pensaba que seguías durmiendo.

-No -niega, bostezando-. Tú también deberías dormir un rato.

-Me encuentro bien, no tengo sueño -asegura-. Además, si nos dormimos los dos, ¿quién nos avisará cuando tengamos que bajarnos?

Inés pone los ojos en blanco y los entrecierra.

-Eres cruel -lo acusa.

Se remueve en el sitio, con los brazos cruzados sobre el pecho y la frente apoyada en la superficie fría de la ventanilla y finge ignorarlo.

Con la creencia de que la nueva película que aparece en las pantallas

puede ayudarlo a distraerse, saca unos auriculares de su pequeña caja colocada por alguna azafata en la parte trasera del asiento delantero y sube el volumen con los controles del reposabrazos.

Una mujer con una voz trágica –claramente sobreactuada-, se lamenta acerca de una gran pérdida, a la vez que un hombre la observa con indiferencia desde el quicio de la puerta de la habitación en la que se hallan...

La estación de Atocha coexiste con su habitual caos de gente yendo y viniendo con prisas por todos lados, agolpándose en interminables colas y empujándose los unos a los otros de camino a su destino. Aun así, Inés y Lucas logran alcanzar la entrada a los andenes con el tiempo justo de pasar las maletas.

Una vez más sin saber a dónde se dirigen, Inés sube al segundo tren y él la sigue de cerca. Sin quererlo, el movimiento la adormece y se sumerge en un sueño ligero, sin trama establecida ni pistas intuitivas que resolver. De que se da cuenta, los frenos del tren chirrían al encontrarse con las vías metálicas y el largo transporte de detiene mientras ella se estira en el sitio.

Recobra el sentido de la orientación unos segundos más tarde y, acto seguido, movida por la impaciencia, guarda el pañuelo en el bolso y se

levanta, demandándole a Lucas que la imite con rapidez. Este baja los bártulos del portaequipajes y asiente para dar luz verde a Inés.

La cola para abandonar el vagón disminuye con lentitud, lo que aumenta su ansiedad. Minutos después, al fin consigue que sus pies la sostengan en suelo desconocido. De inmediato emprende un exhaustivo protocolo de observación: adoquines, azulejos, columnas, ventanas, decoración... Todo es susceptible de ser escrutado por su mirada analítica.

Los extensos andenes, el color blanco roto de las paredes, el techo arqueado de cristal que se impone a la vista sin importar el punto desde donde uno mire... Todo le resulta extrañamente familiar, y no solo por el hecho de recordarle al invernadero del piso de Lucas. De repente tiene el pálpito de conocer este lugar, a pesar de que está plenamente segura de que jamás lo ha visitado con anterioridad. *¿Lo soñé, tal vez?*, se cuestiona para sí.

Da un giro de trescientos sesenta grados sobre las puntas de sus zapatos, captando una imagen global, y en el instante en que el mundo vuelve a esta firme y quieto, se produce la conexión mental.

Detrás de sus párpados cerrados su memoria evoca un recuerdo creado por su imaginación a partir de unas líneas: un chico de aspecto perdido en los andenes de una estación de tren con un alma herida y una de las historias más hermosas que se hayan escrito.

Óscar, recuerda su nombre, y al abrir los ojos la asalta también el de la novela en la que ocurrió todo: *Marina*, cómo no, de Carlos Ruiz Zafón.

-La estación de Francia...

Su voz es apenas un susurro inaudible entre la multitud que deambula de un lado a otro con prisas y asuntos importantes que atender. Un súbito escalofrío inhabilita cualquier tipo de movimiento, congelándola en el sitio.

Repasa a una velocidad vertiginosa los nuevos datos, en un intento por situarse en el espacio y el tiempo. Sus sospechas se confirman cuando Lucas se sitúa frente a ella con una sonrisa socarrona en el rostro.

Entonces se remonta a aquel primer día en que se acercó en el restaurante a la mesa de un hombre del que ni siquiera sabía el nombre y empezaron a conocerse. Él le preguntó por su libro favorito y ella terminó hablando de su madre y su vida en Barcelona, de las novelas a través de las cuales la había visitado en infinidad de ocasiones, descubriendo cada secreto que pudiera esconder detrás de las piedras que forman los edificios del casco antiguo. Lucas quiso saber si había viajado allí para vivirla en primera persona, y ante su negativa, le prometió que, con su permiso, la llevaría allí algún día.

No puede ser.

-Siempre cumplo mis promesas –confirma, como si le leyese la mente.

Sin embargo, lo que hace un momento era curiosidad mórbida se convierte con una brusquedad abrumadora en un miedo que la paraliza aún más. Todos sus esquemas, sus imágenes mentales, los recuerdos de su madre, sus expectativas... ¿De verdad podría asumir la pérdida de todo eso? ¿Acaso no es mejor opción conformarse con la belleza de lo que tiene en lugar de arriesgarse a quedarse sin nada?

Lucas se percata del dilema interior que la atormenta. Busca sus ojos y la mira con ternura, al tiempo que toma una de sus manos entre las suyas con la intención de infundirle ánimo y calmar su conflicto. Esto obliga a Inés a respirar de manera continuada y rítmica, y a fijar su atención en lo más profundo de los ojos oscuros del hombre que tiene delante de ella. Funciona.

Más sosegada y libre del estado de tensión que había creado en su cuerpo, extiende las extremidades en todas direcciones y trata de esbozar una tímida sonrisa que le haga comprender a Lucas que ya se siente mucho mejor.

Así pues, sin necesidad de añadir nada más, caminan juntos por entre la gente hasta las puertas y salen al aire libre nocturno, dispuestos a impregnarse de cada ápice de magia y belleza de una Barcelona inmortal que sobrevive impertérrita al cambio.

Dos almas encogidas: una experta, hábil conocedora del terreno en el que se adentra, y la otra joven y entusiasta por desvelar todos y cada uno de sus

secretos.

18

La línea del limbo entre el sueño y la realidad continúa difusa cuando bajan del taxi y se ponen de pie en mitad de la calle, pero Inés ha recuperado la lucidez suficiente para darse cuenta de no se encuentran frente a ningún hotel, como ella creía. Tampoco una pensión o un bloque de apartamentos de alquiler.

Un edificio sobrio de tres plantas se alza imponente con su fachada de diseño sencillo dándoles la bienvenida. Aunque la oscuridad se ve rota por unas cuantas farolas repartidas en torno al inmueble, es poco -si no nada-, lo que se alcanza a ver. De fondo se oye el leve rugir del mar.

Atraviesan un mínimo porche hasta la única puerta de la planta baja y Lucas presiona el interruptor del timbre. Ella se pregunta si abrirá alguien a estas horas de la noche o tendrán que buscar otro sitio en el que descansar después del largo viaje. En cuestión de segundos, una señora aparece y los recibe con entusiasmo. A juzgar por los gestos y las palabras de afecto que

intercambian ella y Lucas, se diría que son dos viejos conocidos que se alegran de verse.

La mujer lo conduce al interior de una pequeña sala a la derecha y le explica algo que Inés no entiende, debido a la distancia desde allí a la puerta. Es un portal grande. Se dedican algunas palabras más y ella deposita un juego de llaves en sus manos. Él saca un papel y se lo tiende antes de despedirse y volver junto a Inés, quien lo interroga con la mirada sin recibir respuesta.

Lucas lidera el camino por las escaleras hasta el tercer y último piso. Al igual que en la planta baja, solamente hay una puerta que preside el espacioso rellano. Detrás de ella, al encender las luces, a Inés la invade la misma sensación que a su juicio debió tener Alicia al caer por la madriguera del conejo blanco.

La decoración no es muy de su agrado, mas hace que Inés enmudezca.

Un salón acogedor se le presenta delante con una impresionante cristalera al fondo. A su derecha tuerce una esquina y, donde antiguamente se erigía la pared cuya misión era la de separar una vivienda de otra, ahora se abre un arco que da paso a la cocina. Si sigue por ese lado, encuentra dos habitaciones y un baño y el pasillo vuelve al salón. En definitiva, un magnífico ático que

ocupa la misma superficie que cuatro apartamentos juntos. Es inmenso y solo están ellos dos para disfrutarlo.

Del mismo modo que hizo la primera vez que la llevó a su casa y al invernadero, la invita de nuevo a deambular por los corredores y aguarda junto a la entrada mientras ella se esmera en estudiar detenidamente cada centímetro.

Inés camina con cautela: admira la pintura de las paredes, la claridad de los azulejos del elegantísimo cuarto de baño al que se accede desde el dormitorio principal –la habitación más grande después del salón, con cortinas verdosas que separan en balcón de la estancia. Pasa las yemas de los dedos por las superficies que se sitúan a su paso.

-¿Te gusta? –inquire Lucas en el momento en que su figura irrumpe en el salón al finalizar el tour.

-¿De dónde la has sacado? –evade la pregunta, visiblemente impresionada.

-Ya la había visto antes.

-Pero alquilar esto debe haberte costado una fortuna –advierde.

-No lo sé.

Ella se gira y lo mira. Lucas no ha averiguado por qué ha desarrollado a lo largo de estos meses una costumbre que le proporciona cierto placer: omitir

de vez en cuando partes de la verdad. Tampoco ha valorado aún si es un buen o mal hábito, pero, de cualquier modo, omitir nunca será lo mismo que mentir de forma descarada.

-¿Qué quieres decir con que *no lo sabes*? –pide saber, sospechando que sus palabras esconden algo más.

-Pues que no lo sé.

-Pero...

-No lo he alquilado –continúa, poniendo punto y final al juego de palabras-, lo he comprado.

Incrédula y con la mirada descompuesta, Inés abre la boca pero las palabras no asoman; solo un grito ahogado se desvanece en su garganta.

-Hace años vi esta casa durante uno de mis usuales paseos junto a la playa. Me encapriché de inmediato, lo admito, y desde entonces siempre la quise. Me olvidé por completo de su existencia cuando me mudé, ya que no tenía cabeza para pensar en nada. Pero ahora, planeando este viaje, ha vuelto a mi mente. Es perfecta, y ahora que tú estás dentro lo será aún más.

Ella es incapaz de plantearse cuál es la mejor reacción posible ante tal acto de impulsividad y locura: gritar, reírse, llorar...

-Estás loco –concluye, al final.

-Esas son últimamente tus palabras favoritas –sonríe con malicia.

-Porque la afirmación en cuestión se reafirma más a cada segundo.

-Daños colaterales –alega-. Amor y locura van de la mano. No se puede disfrutar del uno sin el otro.

-Supongo que es lo que merezco -finge resignarse-. ¿Qué cabía esperar de un hombre que me espiaba con un periódico viejo del revés? Mentiste al decir que no eras un psicópata.

-En realidad nunca dije que no lo fuese -replica-, sino que directamente decidiste ignorar esa posibilidad y me asaltaste en *mi* mesa.

-¿Así que la acosadora soy yo? -exclama de forma teatral al percibir el énfasis de Lucas por dejar clara la situación.

-Por supuesto -asiente, divertido.

Paso a paso se acercan el uno al otro e Inés toma la iniciativa.

-Entonces piensas que te manipulé para que te enamoraras de mí -afirma, dotando a su voz de un tono sensual.

-Sin duda.

Inés se mueve con lentitud, mide y estiliza sus movimientos al máximo y lo mira intensamente a los ojos cuando apenas diez centímetros los separan. Pasa los dedos por sus hombros y sube ágil por su cuello para recorrerle la

mandíbula.

-Bien. Creo que me daré un baño en esa preciosa bañera que he visto -dice sin dejar de acariciarle-. ¿Te gustaría hacer algo por esta manipuladora y obsesiva mujer? -inquire, articulando cada sílaba con deliberada calma.

Lucas cree comprender a dónde pretende llegar y envuelve su cintura con los brazos. La atrae hacia sí con sutileza y le sostiene la mirada. Su respiración y ritmo cardíaco se aceleran a causa de las imágenes mentales que asaltan ya la mente de Lucas, anticipándose a los hechos. Sin embargo, una vez se inclina para buscar sus labios, una mano férrea lo sujeta por el pecho y detiene en seco sus intenciones.

La sonrisa socarrona que asomaba segundos antes en el rostro de Lucas, se ha trasladado ahora a la boca de Inés, quien la sitúa cerca de su oído después de apartarse un tanto para observar su reacción.

-Prepara algo de cenar -susurra.

Sin esperar a que él diga nada, se separa de él y se dirige contoneándose hacia la habitación, dejándolo pasmado, sin palabras y sin saliva en mitad del amplio salón.

Acurrucados entre las sábanas y repuestos de fuerzas tras la cena, Lucas aprovecha los minutos previos a que ella caiga rendida a causa del cansancio para hablarle de quiénes conformaron una vez su círculo más íntimo y personal.

Jaume y él se conocen desde que eran niños, y su amistad se vio reforzada por el hecho de que sus padres trabajaran juntos durante distintos acuerdos de negocios en numerosas ocasiones. Han sido hermanos inseparables de madres distintas, lo han vivido todo codo con codo. Acudieron juntos a clase desde el colegio hasta terminado el instituto. Se contaban cada secreto, cada problema por insignificante que fuera, y también todo aquello que calificaban de vital importancia; eran cómplices hasta la médula de lo que el otro hiciera o decidiese hacer.

Compartían la mayor parte del tiempo de sus vidas. Él estuvo ahí cuando ocurrió la tragedia. Siempre lo había estado, pero entonces más que nunca fue como su sombra. Lo consoló durante meses y lo obligó a no rendirse, a seguir adelante. No permitió que se dejara caer por completo y lo diera todo por perdido. Se convirtió en su apoyo, la viga maestra de su autoestima y su cordura. Por ello, su marcha de Barcelona ahondó más la herida.

Además, confiesa algo a Inés que ni en un millón de años esta habría imaginado, puesto que en todo el tiempo que llevan juntos no recuerda ni una

sola conversación en la que saliera el tema de su familia más que el día en que Lucas le contó la verdad para dejarla entrar en su vida: la mujer de Jaume, Andrea, una de las pocas personas que ha llegado a entenderlo de verdad como si lo hubiese llevado dentro, es su hermana. Fue como una segunda madre después de la muerte de sus padres.

Ver juntas y felices a las dos personas que conforman la mayoría de sus recuerdos era para él una brisa cálida y agradable azotándole con suavidad el rostro.

Andrea lo había visto crecer raspándose de continuo las rodillas. Cierto es que, como todos los hermanos, habían discutido infinidad de veces, pero aun así nunca nada los había logrado separar. Lo había tratado con cariño y proporcionado todo el amor que su madre no tuvo la oportunidad de darle en su momento. Por ello se siente sumamente culpable de haberla apartado de él después del accidente de Joana y los niños: no permitió que lo consolase, apenas si toleró su presencia en contadas y cortas visitas y que le recitase unas cuantas frases de ánimo, y todo ello sin otro fin que el de que ella misma se sintiera mejor y de alguna utilidad.

Y, por si fuera poco su estúpida indiferencia, Lucas se marchó sin previo aviso, sin siquiera escribir una nota explicándole a donde iba. Prácticamente la abandonó injustamente, causándole un daño irreparable.

La situación contraria tuvo lugar con Iván, su amado sobrino. Si bien a su hermana la ignoró hasta el extremo, al pequeño le dedicó cada segundo de su tiempo. Le narró historias fantásticas, lo acompañó todas las tardes a jugar al parque y le hizo multitud de regalos. El niño disfrutaba tanto de su compañía que -ajeno a la situación real con la que la gente de su entorno estaba lidiando-, imploraba a sus padres que lo llevasen a ver a su tío a diario.

Solo tenía tres años cuando Lucas se marchó de Barcelona, y al poco tiempo de llegar a su nueva ciudad cayó en la cuenta de que lo echaba de menos, mucho, más de lo que humanamente podía soportar. Entendió entonces el porqué de su continua búsqueda de la presencia de Iván: le recordaba a Pau y Josep, a sus hijos, a sus pequeños; estar con él en cierto modo le inducía a actuar como si ellos no lo hubiesen abandonado del todo a su suerte.

Por último -y no por ello menos importante-, la cuarta esquina de su particular equipo de animadoras había sido Arnau. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de él, hasta que hoy lo ha telefoneado desde el tren. A pesar de ser -en teoría- su representante, todo contacto entre ellos se rompió semanas antes de realizar la mudanza: aunque Arnau estaba al tanto de la situación autodestructiva en la que Lucas se veía sumido, este le pidió que dejase de llamarlo durante una semana por motivos personales.

Se estaba separando de Georgia, su segunda esposa. Arnau no es un

hombre de medias tintas, igual que no se caracteriza por ser el fan número uno de las pérdidas innecesarias de tiempo. Él quería estar y poder ofrecerle a Lucas su apoyo al cien por cien durante lo que quisiera que durase su proceso de recuperación, y para ello tenía que solucionar primero otros asuntos que lo apartaban de su objetivo. Una vez todo estuviera en regla, Arnau le llamaría y reestablecerían su relación, tanto amistosa como de negocios. Sin embargo, esa reconciliación no llegó: ninguno ha sabido nada acerca del otro desde ese momento hasta hoy mismo.

Para cuando intentó contactar con él, no había ningún rastro que seguir que le pudiera conducir a Lucas. Preguntó a todas las personas con las que mantenía una estrecha relación, pero nadie sabía nada. Se había esfumado, sin más. No pudo evitar echarse la culpa a sí mismo en un primer momento, pues quizás si no se hubiese distanciado de él a causa de Georgia y se hubiera mantenido cerca de su amigo, este no habría tomado la decisión de abandonar su vida. Por fortuna, Arnau no era ningún necio, de modo que tras analizar la situación y darle varias vueltas al asunto, comprendió que no había nada que él pudiera hacer, que Lucas se habría acabado marchando tarde o temprano para empezar de cero.

Mientras le relata todo esto a Inés, se concienza de la cantidad de gente que ha perdido por el camino; gente a la que dio de lado conforme avanzaba, por uno u otro motivos. Y no se trata de gente sin más, sino de las personas

que más falta le hacían y a las cuales debe mucho, incluso la vida. Siempre constituyeron un apoyo mutuo gracias al cual cualquiera de ellos sería alzado de nuevo en caso de caída.

Ahora que vuelve a ser él mismo, a sentirse él mismo, si intenta retomarlo donde lo dejó, la posibilidad de fallarles de nuevo tiene que quedar borrada por completo de su lista.

-Gracias por contarme esto -susurra Inés, a punto de sucumbir al sueño que la incita a cerrar los ojos. En un último esfuerzo, coloca la palma de su mano sobre la mejilla de Lucas que no está apoyada sobre la almohada y la acaricia con un movimiento suave y circular.

-Siento que he hecho mal en guardarlo para mí durante tanto tiempo -se lamenta-. Tal vez debería habértelo hecho saber antes, compartir contigo estos detalles importantes que antes lo fueron todo.

Ella niega con un casi imperceptible movimiento de cabeza, ya con los párpados bajados.

-Un día me pediste que confiase en ti, que te diera tiempo, y comprendí que, el hecho de que tengas secretos conmigo no es un obstáculo para esta relación. No se trata de algo malo. No significa que no te fíes de mí lo suficiente. Simplemente necesitas tener la confianza en ti mismo para hacerme partícipe de aquello que escondes -explica con un hilo de voz-. Está bien.

Puedo esperar.

Lucas la observa un segundo, con la intención de averiguar sus pensamientos. Repara en cómo sus facciones se relajan, sus labios se entreabren y su rostro se endulza aún más, si cabe. Acaba de quedarse dormida ante sus ojos.

Retira con cuidado un mechón de pelo que le cae por la frente y se lo coloca detrás de la oreja a la par que piensa para sí.

Duerme. Mañana nos aguarda un día muy largo.

19

La habitación está sumida en la penumbra cuando Lucas decide dejar de dar vueltas en la cama y levantarse. Con cuidado de no hacer ningún ruido que pueda despertar a Inés, se viste en silencio. Es de madrugada y el sol no se deja ver aún, pero previsor, corre las cortinas para evitar que en un futuro próximo entre la luz.

Le ha sido tarea casi imposible conciliar el sueño, apenas si ha dormido dos horas en cortos intervalos de no más de veinte minutos. Su cabeza no ha

dejado de funcionar un solo instante, a pesar de que su cuerpo pide a gritos tiempo muerto para descansar. Sin embargo, su alma no concibe la posibilidad de estarse quieta en esta ciudad sin haber presenciado primero aquello que él siempre ha catalogado como uno de los más bellos espectáculos que el ser humano tiene la capacidad de admirar. Es por esto que, conforme abre por enésima vez los ojos, no duda en deshacerse de las sábanas.

Se ata con firmeza los cordones de los zapatos, abre la puerta y desciende el doble tramo de escaleras hasta el portal, donde la mujer del día anterior le desea un buen día. Afuera la oscuridad mantiene los grandes grupos de gente a raya: a excepción de alguna que otra furgoneta que inicia la jornada de reparto, la calle está prácticamente desierta.

Camina cuesta abajo los quinientos metros que lo separan el cruce principal, donde, a su izquierda, se alza una pared de roca contra la cual rompen las olas, y al otro lado se extiende el paseo marítimo. Cierra los ojos e inspira hondo, empapándose del olor a agua marina; sonríe y, tras unos segundos de pausa, retoma la marcha.

En el muelle, miles de barcos esperan atracados su turno: grandes, modestos, pesqueros, de lujo, nuevos, curtidos por un millón de tempestades; unos listos para salir a mar abierto y otros cansados de navegar toda noche.

El cielo comienza a clarear y a cambiar de color cuando se sienta junto a

la lonja, cuyo ambiente ha empezado ya a contagiarse del inconfundible aroma a pescado y marisco frescos. Los marineros descargan centenares de cajas sin descanso y recogen las redes hasta el día siguiente. Espera paciente con los brazos detrás de la cabeza y la espalda apoyada en la pared de la nave central, donde la actividad aumenta con rapidez.

Pasan los minutos y no consigue reprimir el impulso de dejar salir un par de lágrimas en el instante en que, por la lejana y difusa línea del horizonte, despunta una gran esfera reluciente. Los primeros rayos de sol se desplazan raudos y llegan a las dos gotas que amenazan por despeñarse por las mejillas de Lucas sin que este sea consciente de ello.

Por fin su alma se siente en paz consigo misma y parece sosegar, conteniendo el aliento, asombrada y dichosa por disfrutar de un amanecer mágico de nuevo después de un largo período de ausencia. Deja que el tiempo fluya hasta que el sol se presenta por completo y le ofrece su reflejo sobre el espejo de agua marina.

Marineros, pescadores y hombres y mujeres de a pie que acuden a comprar pescado fresco recién descargado de los barcos se mueven con mayor celeridad en el interior del mercado. Lucas se enjuga las lágrimas con el puño de la manga de la chaqueta antes de entrar. Los enormes focos que cuelgan de las vigas del techo están encendidos, alumbrando el espacio en su totalidad, y

la mayoría de los puestos han levantado las pesadas persianas de metal que los protegen. A pesar de ser temprano, el lugar rezuma vida por los cuatro costados.

Reconoce algunos rostros que hace mucho que no ve a su paso por entre las casetas, pero otros le son completamente desconocidos. Al fin y al cabo, ha estado fuera demasiado tiempo. Busca con la mirada un rincón en concreto, con la esperanza de que todavía siga allí y pertenezca a la misma persona. Estudia los escaparates, las cajas y los nombres en los rótulos sobre los mostradores y, al final, da con él.

Es uno de los pocos negocios que mantienen la persiana entreabierta, como indicación de que aún no está abierto al público. Sin embargo, una intensa luz blanca emerge del interior. Se aproxima, dubitativo, y golpea el metal con los nudillos. Al cabo de medio minuto, un hombre anciano termina con visible esfuerzo de levantar la persiana. En cuanto se miran a la cara se establece una conexión directa. Ha cambiado, sí, pero son los mismos ojos y la misma forma de alzar las cejas.

-Yo a ti te conozco -asegura el tendero de vozarrón grave, apuntándolo con el dedo índice-. No recuerdo de qué...

-Me he ausentado por un tiempo, pero sigo tirando piedras a los lagos helados para comprobar si saltan o no los peces.

La expresión del anciano se relaja y da paso a una más que legible incredulidad.

-¡No es posible! -grita, abriendo los brazos y rodeando con pasos agigantados el mostrador que los separa-. ¿Dónde narices has estado, maldito?

-Por ahí perdido.

Con sus manos arrugadas aunque férreas, el hombre toma por los brazos a Lucas y lo coloca a una distancia prudencial para observarlo con detenimiento. El gesto se le llena de emoción al comprobar que no ha cambiado ni un ápice, al menos en lo que a su apariencia exterior se refiere.

-¿Has vuelto? -inquire, curioso y exaltado. No es difícil advertir que el hombre se refiere sin duda alguna a una vuelta más definitiva de lo que Lucas tiene planeado en esta ocasión.

-No -niega con algo de pesar-. He venido a pasar unos días, nada más. Extrañaba demasiado todo esto, la verdad -confiesa mientras dibuja un arco con el brazo que abarca el interior de la nave-. Ni yo mismo sé cómo he sido capaz de resistirme a venir antes.

Sus facciones se ensombrecen un tanto a causa de una tristeza fugaz y repentina que en seguida lo abandona para devolverle su renovado aspecto jovial y alegre.

El tendero asiente con la cabeza, comprendiendo sin necesidad de explicaciones más extensas.

-¿Qué te trae por la lonja a estas horas?

-Tu pescado, obviamente -sonríe Lucas.

El ahora viejo Adrián fue un buen amigo de su mujer y, con el tiempo, también pasó a serlo de él. Juntos atravesaron multitud de cosas que reforzaron su amistad a lo largo de los años.

Al poco de conocerse, iniciaron sus usuales escapadas de pesca veraniega que comenzaban a altas horas de la madrugada y, a menudo, terminaban no antes de que el sol se pusiera. De vez en cuando, le regalaba algún que otro pez, y en fechas señaladas, como Navidad, solía dejarle el marisco a un precio más bajo. Era sin duda en esos días un buen confidente, una persona a la que se le podía confiar cualquier pensamiento que a uno le cruzase la mente. Por desgracia, eso pasó a la historia con la marcha de Lucas.

Otro más que añadir a la lista de gente a la que abandonó.

Son las ocho de la mañana cuando sale de la lonja con un salmón bajo el brazo y prosigue su camino por el paseo marítimo. *Lo más seguro es que Inés siga durmiendo*, piensa, pues el trasiego de trenes del día anterior debe haberla dejado exhausta. Quedan un par de asuntos pendientes que requieren su presencia en el centro de la ciudad, de modo que se pone manos a la obra.

Toma el metro en la primera estación que encuentra a su paso hasta la notaría. Lleva consigo los documentos necesarios para dar por acabados los trámites de la compra del ático cuanto antes. Largas semanas de papeleo concluyen hoy con la firma del contrato y la recepción de la escritura. El hecho de que el propietario del inmueble sea el hijo de la conserje del edificio agiliza todavía más el proceso. Lucas ya no tendrá que ocuparse de nada más que de disfrutar de la vivienda: las formalidades finales corren de cuenta del banco y la inmobiliaria. A partir de esta misma tarde, el ático será legalmente de su propiedad.

Al llegar a casa, se toma un minuto para escuchar con detenimiento, en busca de algún sonido que le indique que Inés está despierta. Solo halla silencio.

Se desliza con sigilo por la puerta, se descalza en el baño y regresa al salón. Un rápido y ligero desayuno le da energía, pero al parecer no la suficiente para mantenerlo a salvo del cansancio: al mismo acomodarse en el sofá delante del amplio ventanal, cae rendido y se duerme.

Aun así, se desvela antes que ella y trata de entretenerse.

Inés, por su parte, no se reincorpora al mundo real hasta pasado el

mediodía, incitada a librarse de las sábanas por un sutil olor a pescado en el aire que le abre el apetito. Sin despegar los párpados, se cubre los hombros con una chaqueta.

La intensa luz proveniente de la pared de cristal la ciega y la obliga a taparse los ojos con la mano. Reprime un grito ahogado de disgusto. Precavida, se acerca y, una vez ha parpadeado el número de veces suficiente para acostumbrarse a la luminosidad de la sala, contempla las vistas.

El aliento se le congela en la boca al comprender el porqué del encaprichamiento de Lucas con esta casa: la densa oscuridad de la noche anterior le impidió ver el panorama que se inclina ahora a sus pies, un pequeño terreno con árboles estudiadamente plantados que se extiende apenas cien metros hacia adelante hasta finalizar en un acantilado; el mar al fondo ocupa la mayor parte de la visión, mire donde mire. Desde su posición alcanza a vislumbrar el paseo marítimo abajo a la derecha, e incluso los veleros que navegan cerca de la línea que establece el principio y el fin del agua y el cielo. Inés pega la oreja a la superficie de vidrio y jadea al escuchar el murmullo del viento y las olas al chocar contra las rocas.

-Hay un camino que conduce directamente desde el jardín hasta una cala - se oye la voz de Lucas, últimamente experta en asaltarla en los momentos en los cuales presta menor atención a lo que la rodea.

Esto la saca de su asombro y la empuja a buscar su figura en la sala. Las palabras deben proceder de otro sitio, puesto que no hay nadie en el salón a excepción de ella misma. Su oído pronto identifica un ruido que tiene origen en la cocina.

-Buenos días -la saludan unos ojos oscuros y una sonrisa radiante.

Lo observa un momento, delante de los fogones con un delantal de flores rosas y púrpuras puesto. A decir verdad, su aspecto es algo cómico.

-Buenos días. ¿Qué hora es? -pregunta y se sienta en una silla.

-Casi la una y media.

-¿En serio? -se sorprende-. Tendrías que haberme despertado. No pretendía dormir tanto.

-No te preocupes -la tranquiliza-. Ayer llegamos bastante tarde. Necesitabas reponerte.

Inés bosteza y se despereza en el sitio, se frota los ojos con el dorso de las manos y gruñe tan suavemente que casi se asemeja al ronroneo de un gato. Estira los brazos sobre la mesa y sin decir una palabra se fija en Lucas ejerciendo de chef.

-¿Qué es? -quiere saber al cabo de un rato.

-Salmón al horno con limón. Hace mucho que lo no cocino -admite.

-Si me hubieras despertado habría preparado yo algo -se queja, acusándolo cómicamente-. ¿Te ayudo?

-No es necesario -declina su oferta-. Estará listo en un minuto.

-Pondré la mesa -resuelve-. Tenemos mantel y vajilla, ¿no? -lo mira con malicia, recordando la primera vez que Lucas la llevó a su casa.

-Esta vez sí -contesta riendo.

En su tarea, Inés retira una carpeta de la mesa cuyos documentos le llaman la atención.

-¿Cuándo has ido a la notaría?

-Esta mañana -contesta Lucas sin darle gran importancia al asunto-. Ya está todo arreglado. Esta tarde el piso ya estará a mi nombre.

-Entonces no tienes que volver esta tarde.

-No -confirma-. Esta tarde tenemos otros planes, ¿no?

-Tú sabrás. No me has contado nada de lo que vamos a hacer, ¿recuerdas?

-le echa en cara mientras coloca los platos y los cubiertos.

-Cierto.

Lucas sitúa la fuente con el pescado en el centro y ambos se sientan a la mesa. Él le habla de su paseo matutino, de su reencuentro con la ciudad y con

los ambientes que ya casi no recordaba; sobre cómo se le ha erizado el vello de los brazos al llenar sus pulmones de brisa marina y la emoción que se ha apoderado de él al revivir los miles de amaneceres que ha contemplado a lo largo de su vida. Sus descripciones van cargadas de tal sentimiento que Inés es capaz incluso de discernir el brillo irisado que derrochan sus pupilas: felicidad en su estado más puro.

-Cuéntame cuáles son los planes para hoy -le pide con la intención de escucharle hablar sobre la mágica ciudad que los rodea. Pero en lugar de soltarle más la lengua, su demanda corta el flujo de información y Lucas se cierra en banda.

-Ya te lo dije -alega simplemente-. Te voy a presentar al segundo amor que hay en mi vida.

Puede que para el resto de humanos pase desapercibido, pero Inés, acostumbrada a los dobles sentidos y los juegos de palabras de la manera de hablar de Lucas, capta de inmediato el cambio que los últimos meses han influenciado en su clasificación de prioridades. Es verdad que sus oídos bien pueden haber entendido mal, pero si alguien le preguntase, juraría que ha dicho *segundo* amor y no *primero*.

El elemento que desde el principio causa un efecto hechizante en Inés -por extraño que resulte-, es el metro, con su intrincado sistema de túneles subterráneos y la celeridad con la que transporta miles de pasajeros de una punta a otra de la ciudad. Nunca antes ha vivido en una urbe con este tipo de transporte, por el que siempre ha sentido una peculiar curiosidad.

Así, conducidos bajo tierra, se desplazan hasta el centro, desde donde inician su particular aventura de reconocimiento. Lucas permite a Inés que trate de orientarse utilizando las detalladas descripciones que su madre y los libros le ofrecieron de Barcelona en su día. En ocasiones Lucas interviene para reconducirla, pero resulta admirable la precisión con la que ella reconoce la mayor parte de los lugares por los que pasan.

Juntos deambulan por entre las mareas de gente que, como ellos, pasean por las Ramblas, bordean la playa de la Barceloneta de arriba abajo, admiran las obras arquitectónicas de Gaudí -incluyendo, cómo no, la Sagrada Familia y una relajante caminata por el Parque Güell-, y se pierden por las plazas y callejuelas que se ensanchan y estrechan sin ningún tipo de criterio establecido.

El sol ya emprende su descenso cuando Lucas guía de forma más firme sus pasos por la zona más antigua de la metrópolis. Casas estancadas en siglos pasados se suceden, bloqueando el ruido del tráfico de vehículos en las

avenidas. En el aire que se respira aquí el tiempo es tangible, se percibe que no mucha gente visita el lugar. Solo el eco de sus pasos se oye, rebota en las paredes.

Al cabo de unas cuantas decenas de giros y vueltas, entran en una especie de callejón sin salida. Lucas no corrige sus pasos, sino que se adentra un poco más para descubrir en la pared derecha una verja de hierro que –al contrario que Inés-, él no duda en cruzar.

De repente, cuatro muros de piedra los rodean en un apartado estrecho. Inés se dispone a preguntar acerca del motivo del interés de Lucas por un callejón aparentemente común, cuando su vista se agudiza al reconocer el único elemento que hay apostado cerca de la pared del fondo.

Se trata de una estatua de piedra, mas no una cualquiera.

Inés recuerda haber observado con anterioridad a esa mujer con los brazos extendido que se retuerce sobre sí misma en un giro imposible. Multitud de fotografías habían sido colgadas en los corredores de la galería con motivo de la exposición sobre Barcelona, pero la de aquella estatua fue sin duda alguna la que dejó una impronta imborrable en la pareja.

-Investigué un poco y, aunque no fue fácil, di con la ubicación exacta.

Lucas rebusca en el bolsillo interior de la chaqueta y extrae una fotografía de la escultura. La coloca a cincuenta centímetros de su rostro, de forma que

puedan comparar la imagen con la estatua real.

Dedican un buen rato a admirarla, tocando su superficie rugosa, formulando hipótesis acerca del motivo por el cuál fue esculpida y por qué alguien la abandonó en un sitio como este, donde nadie puede disfrutar de su belleza. Elaboran en sus mentes teorías sobre aquello que pudo suceder, a pesar de que son conscientes de que nunca llegarán a saber la verdad. Solo les queda la imaginación y la convicción de que las casualidades que los han llevado a cruzarse con esta estatua, en este caso, no existen.

Y en silencio, tal y como llegaron, se marchan mientras cada uno llena su mente con el cariño que recibe del otro.

Ya en la exposición sintieron que un fuerte vínculo se establecía entre ellos y la foto. Ahora que han estado cara a cara frente a ella, un torrente de energía renovada los atraviesa de pies a cabeza, dándoles fuerzas y una sensación de bienestar nunca antes experimentada.

trabajo en un estrecho cubículo de no más de siete metros cuadrados para llamar a la puerta de la sala contigua. Sin llegar a entrar del todo, dobla es cuerpo hacia delante e intercambia unas palabras con su jefe.

-Pueden pasar -indica a Lucas y a Inés tras un momento. Mantiene la puerta abierta hasta que estos se encuentran en el interior.

Esta habitación es más amplia y está presidida por una enorme mesa de despacho de aspecto recio. Desde detrás de ella, sentado en un butacón al menos dos veces más grande que él, Jaume los saluda con una sonrisa. Se levanta, los abraza y les pide que tomen asiento en las dos sillas colocadas frente a la mesa.

-¿A qué os habéis dedicado estos días?

-Bueno -dice Lucas-, llegamos hace solo tres días, aunque los hemos aprovechado al máximo.

-¿Ah, sí? -inquiere Jaume con malicia, provocando que a Inés se le enciendan las mejillas.

-Hemos hecho turismo la mayor parte del tiempo -se defiende ella, azorada.

-Oh, ya veo. Así que este aburrido te ha tenido destrozándote los pies. Menudo caballero... -finge acusarlo-. En cualquier caso -prosigue, cambiando

de tema-, supongo que habéis venido hasta aquí para ver lo que tengo que mostraros.

Lucas sonríe, visiblemente emocionado, mientras que Inés alza una ceja en señal de desconcierto.

-Para serte sincero, ella no tiene ni la más mínima idea de por qué estamos aquí –le hace saber Lucas. Jaume les dirige una mirada incrédula, primero a él y después a Inés.

-No me ha querido contar absolutamente nada de este viaje, ni siquiera el menú o la planificación a rasgos generales. Vivo en la ignorancia –se queja ella.

-¿Y no te saca de quicio? –inquire el editor.

-Hasta niveles insospechados –confiesa, entre risas, contagiando a los dos hombres.

-Bueno, entonces por mi parte no alargaré la espera todavía más.

Jaume mira en los cajones hasta dar con lo que busca y lo coloca sobre la superficie de la mesa, delante de ellos.

Se trata de un libro de tapas duras cuya portada sorprende al instante a Inés, incluso más que el título: la parte frontal la ocupa una nítida imagen de dos tazas de café esperando a ser bebidas sobre una de las mesas del

restaurante, pero no cualquiera, sino *su* mesa, en *su* restaurante.

Ella roza la fotografía con las puntas de los dedos con el aliento contenido por la sorpresa.

-¿Pero cómo...? -comienza, sin explicarse cuándo ha podido ser tomada la fotografía.

-Pedí a un fotógrafo que me acompañase al restaurante un día mientras estabas en la oficina -explica Lucas, adivinando sus pensamientos-. Después de ponerle al día sobre nosotros, le planteé a Jaume la idea de ponerla en la portada y ambos coincidimos en que no podía ser de otra manera.

Aún sin comprenderlo del todo, Inés asiente de forma mecánica y lee el título escrito en la parte superior con letras de -en su opinión-, un más que apropiado color marrón café: *Café para dos*. Lo medita unos segundos y llega a la conclusión de que ningún otro título concentraría jamás del mismo modo que este todo el significado de la historia que Lucas y ella comparten. Es entonces cuando su imaginación se lanza a crear hipótesis sobre el argumento que las páginas de ese ejemplar esconden.

Consciente de que, sin abrirlo y leerlo no hallará las respuestas que necesita, y que no goza del tiempo suficiente para ello, comienza con la pregunta que se le asemeja más lógica en esta situación:

-¿Esta es tu nueva novela?

-Sí -responde, a secas, sabedor de que ella analiza mejor las respuestas cortas en estos casos en los que las preguntas se suceden una detrás de otra hasta solventar sus dudas.

-¿De qué trata?

Probablemente, esta segunda demanda sea la más estúpida de cuantas va a pronunciar, aunque no por ello resulte innecesaria para lograr una comprensión total del asunto.

-De ti y de mí, de nosotros.

-¿De nuestra historia?

Lucas asiente con la cabeza y, paciente, espera a que formule la siguiente cuestión en voz alta.

-¿Por qué no me dijiste nada? -Se puede percibir cierto matiz de desconcierto y tristeza en sus palabras.

-Si te hubiese hablado de ello, habría echado a perder la sorpresa -alega.

-¿Una sorpresa?

Una vez más baja la barbilla en señal de asentimiento.

-Quería que vieras primero el resultado final, no el proceso. Obviamente tú has tenido algo que ver en todo esto, bastante de hecho, así que este era mi modo de agradecértelo.

-¿Yo? Pero si no he hecho absolutamente nada -exclama.

Él se gira en el sitio y la mira, ignorando por completo a un Jaume que asiste a un diálogo que preferiría no tener que escuchar, sin tener la menor idea de cómo escapar o dónde esconderse para dejarles intimidad, pues de pronto se siente un intruso en su propio despacho.

-¿Acaso te parece una nimiedad brindarle la inspiración al autor? -inquire, algo dolido por la negativa de ella a reconocer su valor-. Para mí es lo más importante.

Los ojos verdes ahora húmedos de Inés se hunden en la oscuridad de los de Lucas al tiempo que su garganta se seca, impidiendo que cualquier sonido salga de ella. Opta por enviar una pregunta muda utilizando su expresiva mirada como puente de comunicación.

-Creo recordar habértelo explicado el mismo día en que acudiste a nuestra cita con uno de mis libros, acusándome de no haberte revelado antes que soy escritor.

Ella se concentra en hacer memoria, aunque no le es necesario un gran esfuerzo para localizar el recuerdo al que Lucas se refiere. Es el mismo día en que supo de su pasado, solo que con unas cuantas horas de antelación.

-Yo no escribo únicamente -repite sus propias palabras-, sino que la huella de mis sentimientos queda grabada en cada letra y tilde, en cada recodo del

papel y cada minúsculo trazo de tinta. Yo soy la historia, te dije. Del mismo modo en que mi vida fue capturada en las páginas de mis novelas, esta vez tú estás en mis sentimientos, y de ninguna manera pensaba dejarte al margen.

Por arte de magia, durante el intercambio de una intensísima mirada, ambos recuerdan que no están solos en la habitación. Sus cuerpos se relajan y fijan su atención en el hombre que disimula estar centrado en sus cosas al otro lado de la mesa.

Lucas carraspea para aclararse la garganta antes de tomar el volumen en sus manos y dirigirse a él:

-Si esta es la maquetación definitiva, ¿para cuándo está previsto que empiece a comercializarse?

El editor se remueve en la butaca y revisa una pila de papeles situada a su izquierda.

-Si ponemos las máquinas en marcha la semana que viene, a finales del mes de junio ya ocuparía los mejores estantes de cientos de librerías repartidas por todo el territorio nacional -le indica, orgulloso-, y a principios de septiembre las traducciones estarán listas para enviarse a países europeos. Toda la información está recogida aquí, en el contrato -le tiende unos documentos y señala la página final con el dedo índice-. Solo tienes que firmarlo.

Una extraña y al principio irreconocible sensación demanda a Lucas unos segundos de reflexión acerca de la situación en la que está sumido, sobre cómo ha conseguido llegar hasta aquí. Tiempo atrás, cuando no había a su alrededor más que oscuridad, pesar y una falta crítica de esperanza y positivismo, ni en sus mejores sueños habría vaticinado que su futuro como escritor resurgiría de entre las cenizas.

El rencuentro en estos días con parte de su pasado le propone una salida que lo colocaría -como si de una ficha de parchís se tratase-, en la casilla del tablero correspondiente al punto exacto en que todo se fue al garete. Desde ahí tendría la oportunidad de dibujar su camino de nuevo, evitando en esta nueva caminata los errores que cometió la primera vez.

Pasa las hojas del documento, echando un vistazo rápido a los términos y condiciones: los derechos de autor, los porcentajes gananciales, la publicidad... Todo se mantiene igual que en la última edición, tal y como acordaron previamente por teléfono.

-¿Le has pasado una copia a Arnau? -quiere saber mientras estampa su firma en el espacio habilitado para ello al término del folio.

-No sabía que habíais retomado el contacto -se excusa con extrañeza, pues Lucas no le ha comentado nada sobre volver a tener un representante. Sin embargo, a pesar de la sorpresa, actúa rápido-. Le llamaré esta tarde para que

venga en cuanto le sea posible.

-No te preocupes -replica Lucas-. Inés y yo hemos quedado a comer con él en unas horas. Si me das los formularios y el contrato se lo llevaré yo mismo y te lo traeré más tarde.

Jaume titubea un momento, pero finalmente accede de buen grado y le ofrece una capeta roja con todo lo necesario en su interior.

A continuación, entran a debatir los detalles de las múltiples presentaciones que se llevarán a cabo en los próximos meses por decenas de ciudades del país.

-Ya que la editorial tiene su sede en Barcelona -se explica Jaume-, se me ocurrió que la primera debería ser aquí. Preguntaré en el Liceo por si quieren llegar a un acuerdo para cedernos el vestíbulo como la última vez -Lucas, por toda respuesta, asiente con un seco movimiento de cabeza y aguarda a que su amigo continúe-. Valencia, Murcia, Granada, Málaga, Cáceres, León, Vigo, Bilbao, Madrid... -En su enumeración parece recordar algo de vital importancia-. Me las arreglé para hablar con algunas librerías de tu ciudad de exilio, de modo que la última presentación se puede preparar allí sobre finales de agosto, más o menos.

Impresionado por la capacidad de Jaume para planificar cualquier cosa a velocidad de vértigo, Lucas se recuesta en su silla con el dedo índice sobre

los labios, pensativo. Analiza los planes que le acaban de ser presentados y, tras enviar una mirada fugaz a Inés -quien lo observa con detenimiento-, y no hallar nada fuera de lugar, extiende la mano a su amigo con una sonrisa.

-Siempre es un placer hacer negocios contigo -conviene, haciendo gala de una formalidad teatral que termina en carcajadas.

Todo a punto, Jaume se levanta de su asiento y la pareja lo imita. Los acompaña hasta la puerta, palmeando la espalda de Lucas.

-Le he comentado a Andrea lo de mañana -dice mientras gira el pomo-. Allí estaremos.

Estrecha la mano de él y procede a depositar dos besos en las mejillas de ella, cogiéndola por los brazos. En lugar de dejarla ir de inmediato, la mira y, refiriéndose a su mujer le confiesa:

-Está como loca por conocerte.

Inés pestañea y busca respuestas en Lucas, que esboza una sonrisa y sale del despacho con ella pisándoles los talones.

Más misterios, refunfuña para sí, a sabiendas de que no tiene nada con lo que enfrentarse a la determinación de Lucas por convertir todos los aspectos de este viaje en sorpresas que no se desvelan hasta el último segundo.

Conforme ponen un pie en la acera al salir del edificio de oficinas, Lucas y Inés se dirigen rumbo a las Ramblas. Cogidos de las manos, caminan un buen trecho por el centro de la rambla hasta que, al dejar atrás un puesto de flores, giran a la derecha, hacia la terraza de un restaurante.

Al verlos llegar, un hombre alto y delgado se despegó de su silla metálica y un botellín de cerveza medio vacío para recibirlos. A simple vista, Inés encuentra cierto parecido físico entre Lucas y él, también en cuanto a la vestimenta.

Después de los debidos saludos y presentaciones, los tres se acomodan en torno a la mesa. Lo típico de todos los reencuentros, últimamente muchos, plagados de frases hechas que, cada vez más, se dicen con el único objetivo de representar un papel o cumplir el principio de las buenas maneras.

Así es como Inés conoce a este hombre, la persona de confianza de Lucas en cuanto al tema de los negocios: su representante. Durante el transcurso de las horas siguientes, la conversación no se le asemeja más que a una mera copia de cuantas ha presenciado en los últimos días: anécdotas de los viejos tiempos, una retahíla de fragmentos del pasado conservados en magníficas condiciones en su memoria, explicaciones de decisiones tomadas en ausencia del otro...

Por su parte, ella escucha a los dos hombres hablar mientras disfruta de la exquisita mariscada que los camareros le colocan delante. A través de sus intercambios verbales, Inés completa con pulcritud el boceto mental que ha ido creando sobre cómo era la vida de Lucas antes de que ella apareciese en escena.

De los recuerdos, pasan al papeleo en los postres con una naturalidad y fluidez asombrosas.

-Las condiciones no han cambiado en lo más mínimo -guía Lucas a Arnau por los diferentes puntos del contrato-. Jaume me ha dado todos los papeles para que los firmes. Échales un vistazo y, si todo está en orden y estás de acuerdo, mañana se los entregaré sin falta.

Arnau ignora a la pareja durante unos minutos que dedica a concentrarse y leer con detenimiento los documentos, sometiéndolos al escrutinio de su meticuloso ojo crítico. Conforme, garabatea su firma allí donde un adhesivo en forma de flecha lo indica y guarda todo dentro de la carpeta roja.

-Volvemos a entrar en el juego, entonces -afirma, sonriente.

-Eso parece -coincide Lucas.

Este le habla de las ideas de Jaume para la presentación del libro a nivel nacional, los posibles lugares para ello y la redacción de una lista con las mejoras que puedan surgir durante esta reunión improvisada.

Habiéndose dicho la totalidad de lo que deben decirse, se despiden rápido, sin excesivas formalidades. A pesar de que el espectro emocional en el caso de Arnau no es ni de lejos ni la mitad de visible que el de Jaume, un cierto tinte de cariño se desprende del abrazo entre Lucas y el agente. No es ni más y ni menos intensa que la que se establece entre él y el editor, sino que se trata, simplemente, de un aura diferente. El contacto, tanto a nivel profesional como personal, ha sido retomado, y eso es el punto clave y de partida para el futuro.

Lucas e Inés, sin embargo, no marchan a casa, sino al puerto.

Ambos liberan a sus pies de las cárceles que suponen los zapatos y se sientan con las piernas en vilo sobre el agua salada. Aguardan así, tranquilos y en el más estricto silencio, a que la luz se extinga y sus ojos no sean capaces de distinguir la línea del horizonte que separa el mar y la bóveda celeste.

Es extraño contemplar una puesta de sol sin sol, pues saben que, en algún lugar la descomunal esfera de fuego se desvanece y se oculta, poniendo fin a otra jornada que, por fortuna o por desgracia, ya nunca podrán recuperar.

La incertidumbre referente a su reacción al volver a un lugar en el cual infinidad de recuerdos felices han sido forjados le impide concentrarse en nada más. Si bien ha sido él quien ha elegido el sitio para la última reunión de rencuentro programada durante el viaje, es incapaz de asegurar a nadie -ni siquiera a sí mismo-, que reunirá el coraje y el estómago para poner un dedo en el interior del recinto.

Ha soportado sin incidentes el enfrentamiento contra los recuerdos que su amada Barcelona ha despertado en él en los últimos días, mas este hecho no anula de la ecuación la posibilidad de que la imagen de Joana y los niños aflore en el preciso instante en que se disponga a campar a sus anchas por el parque del Tibidabo.

Conforme la distancia que lo separa del lugar disminuye, la tensión dentro de él aumenta con creces.

Al contrario de lo que auguran sus expectativas, no siente ni una micra de dolor al verse rodeado de una escena que conoce mejor que la palma de su mano. Le inundan los recuerdos, sí, pero no hay malestar, ni tortura, ni tampoco desasosiego. Aquello que sí lo abraza fuerte, es una inconfundible nostalgia por la ausencia de las personas a las cuales, atrás en el tiempo,

entregó hasta la última célula de su ser. Ahora que ya no están a su lado, Lucas lo acepta, tal y como debe de ser, aunque el sentimiento de falta perdurará por siempre hasta el fin de sus días.

Él e Inés llegan pronto, pues su cita con Jaume no está prevista que comience hasta dentro de varias horas. Es temprano y no hace mucho que el parque ha abierto al público, de modo que aprovechan la escasez de gente para lanzarse a disfrutar de las atracciones.

Lucas, no demasiado de acuerdo con la idea de dejarse caer desde una altura de más de veinte metros con la -en su opinión-, nimia sujeción que pueda proporcionarle un arnés, o que su cuerpo sea zarandeado a diestro y siniestro en los raíles de una montaña rusa, se contagia en seguida de la energía de Inés. A esta le brillan los ojos desmesuradamente en los momentos previos y posteriores a que la adrenalina recorra su organismo, pidiéndole más.

Para reponerse y asegurarse de que su estómago no arruine el momento, Lucas suplica clemencia y pide que, si han de subirse a otro cacharro infernal, que sea a la noria de aspecto inofensivo. Entre risas, Inés accede. Desde el punto más alto de la circunferencia que trazan las cabinas de colores en su lento recorrido, atestiguan el despertar de una de las ciudades más famosas del mundo: las luces de sus farolas se apagan, los hombres y mujeres que desde

las alturas parecen minúsculas hormigas toman las calles, y el murmullo del tráfico matutino se cuela en sus oídos.

Bajan de la atracción y entrelazan los dedos. Lucas consulta su reloj con un ágil giro de muñeca. El tiempo ha pasado por delante de sus narices haciendo gala de sus mejores y más alocadas piruetas sin que ninguno de los dos se percatase. Y es que cuando uno se encuentra a gusto, no hay alfiler que logre reventar la burbuja hasta que sus creadores no lo soliciten.

-Deben estar al llegar -murmura.

Mueve los pies un par de pasos, levanta la vista de la esfera de vidrio de su reloj y es entonces cuando las piernas se le congelan como si les hubiera aplicado cemento de secado instantáneo o pegamento de contacto. Inés, acostumbrada ya a sus repentinas parálisis, sin importar el momento o el sitio en el que se hallen, en lugar de verbalizar un *qué ocurre*, opta automáticamente por trazar una recta imaginaria desde los ojos abiertos como platos de Lucas hasta el objeto de su asombro.

Enfoca este último con el tiempo justo de reconocer a Jaume a la entrada de la plaza en la que se alza la noria. Una mujer se apoya en uno de sus hombros y un niño se zafa de sus brazos tan pronto como sus pies rozan el suelo. El pequeño corre hacia Lucas con un grito.

-¡Tío Lucas! -exclama con un timbre agudo que penetra en su oído como

una flecha.

A pesar de continuar en estado de shock, Lucas se agacha en el instante justo en que el niño salta para atraparlo y pegarlo con fuerza a su pecho.

-Iván... -susurra, sobrecogido.

Tío y sobrino se funden en un abrazo que otorga al primero de ellos la oportunidad de recobrar la compostura. Cuando se separan, la parálisis ha desaparecido.

-Madre mía, ¿qué te da mamá de comer? ¡Te has convertido en un verdadero gigante! -finge aparentar normalidad.

Sus palabras provocan en la cara redondeada de Iván una descomunal sonrisa que viaja de su oreja derecha a la izquierda.

-¿Cuántos años tienes ya?

-Casi estos -indica colocando la palma abierta de su minúscula mano a una distancia de apenas dos centímetros de su nariz.

Lucas levanta la mirada un segundo para comprobar que sus padres se aproximan a ellos con paso lento pero seguro. Contiene la respiración de puro asombro al ver a Andrea: camina con ayuda de su esposo, apoyando una mano en su hombro y sosteniendo su abultadísimo vientre con ayuda de la otra. Es evidente que el peso extra de un nuevo ser humano creciendo en su interior le

dificulta, no solo mantener el equilibrio, sino ejecutar cualquier tipo de movimiento. Y no obstante, luce una radiante sonrisa en el rostro.

Llegan hasta su posición y contempla cómo, a escasos centímetros de él, la mujer de melena oscura y rizada pasa su mano del hombro de Jaume a taparse con ella su propia boca, con el propósito de contener la emoción. Ella no se abalanza sobre Lucas del mismo modo que lo ha hecho Iván, y aun así desprende un cariño complicado de explicar. No sin cierta complejidad para acoplar sus figuras de manera eficiente, los hermanos se recrean en un cálido y esperado abrazo.

-Te he echado de menos, Andrea -le susurra con voz sincera al oído.

-Eres un completo idiota -solloza ella, apretando sus brazos un poco más alrededor del cuello de su hermano.

Permanecen en esta posición unos minutos; beben el uno del otro, sedientos tras años de sequía de amor fraternal. Jaume, por su parte, acude en auxilio de una Inés cuyas mejillas se tornan de un color escarlata más brillante conforme el pequeño y avispado Iván la avasalla con preguntas, sin darle un tiempo prudente para que pueda contestar como es debido:

-¿Tú quién eres? ¿Qué haces aquí? ¿Has venido con el tío? ¿Eres su novia? ¿Cuándo os vais a casar?

Cuando por fin los hermanos reencontrados deshacen el nudo en que

ambos se han convertido, él la besa en la frente de la forma más tierna posible y, acto seguido, llama a Inés para que se reúna con ellos. Andrea aprovecha los segundos que le quedan antes de verse frente a frente con ella para enjugarse las lágrimas que se le han quedado retenidas en los ojos.

Las dos mujeres se miran y, sin precisar de grandes escrutinios, intercambian de inmediato medias sonrisas.

-Jaume me ha hablado mucho de ti –empieza Andrea.

-Espero que bien –ríe Inés, algo nerviosa y sin saber qué decir.

Lucas y su hermana se unen a sus risas.

-Bueno -replica esta última sin que las comisuras de sus labios cesen de curvarse hacia el cielo-, a mi marido sin duda se le pasó por alto mencionarme lo guapa que eres.

Inés hace lo que puede por ocultar el rubor que amenaza insistente con subir de nuevo a su rostro. Los tres caminan hasta el banco apartado donde Jaume se ha sentado con el niño para ofrecerles intimidad en caso de que la necesitasen.

A partir de aquí, y por el resto de la jornada, Lucas e Inés toman caminos distintos.

Él, Jaume e Iván desaparecen entre el creciente número de gente que se

aglomera a la entrada de las atracciones y los puestos de juegos y premios, esperando así recuperar una millonésima parte de los dos años que Lucas ha perdido y durante los cuales no le ha sido posible disfrutar de su más que grata y alegre compañía.

En cambio, tras comprar unas bebidas, Inés acompaña a Andrea y las dos toman asiento bajo un árbol cercano a un puesto de dulces y refrescos. Andrea casi le suplica que la ponga al corriente de cuanto ha ocurrido en la vida de su hermano en el extenso lapso de tiempo que Lucas ha estado fuera de casa sin dejarse ver ni oír.

Así, le relata cómo sus caminos se cruzaban en la terraza del restaurante al que acudía todas las mañanas a tomar un café, cómo le había crecido dentro una voraz intriga por saber quién era aquel atractivo hombre que, pésimamente escondido detrás de las páginas de un viejo periódico -seguro como el que más de que ella ni siquiera se percataba de ello-, la miraba sin tregua.

Le explica, enérgica, cómo un año después de haberse dado cuenta de su presencia a escasos metros de ella, acumuló fuerza y valor provenientes de rincones desconocidos para tomar cartas en el asunto, aproximarse a su mesa y hablarle. Detalla las mañanas y tardes enteras que han compartido juntos en torno a la que se convirtió de repente en *su* mesa de ambos, y que -sin apenas ser consciente de ello-, café a café, secreto a secreto, se fue enamorando de él:

de su forma de ser, de las facciones de su rostro que siempre parecían esconder algo, de todo lo que le ofrecía sin reservas a cada minuto que pasaban el uno en compañía del otro.

También se esfuerza en describirle con exactitud la manera en que la presencia de Lucas alteraba sus cinco sentidos; su dulzura y cariño camuflados tras una pantalla de cautela y miedo, su amabilidad y la exactitud con la que sus ojos captaban su perfección, incluso en los momentos en que era el ser más imperfecto del mundo. Lo sentía cerca a pesar de que se encontrase lejos de ella cuando no estaba físicamente a su lado; pero, de un modo u otro, él siempre estaba: en un recuerdo, en un pensamiento, el olor de su colonia, la textura de su ropa... Cualquier nimiedad que pudiese traerlo de vuelta a ella.

Confiesa el amor que Lucas profesa a esta ciudad, el brillo que aparece en sus ojos con el solo hecho de oír a alguien pronunciar su nombre o algo que tenga que ver con ella. Inés abre su corazón y le habla del propio miedo que crece en su interior; miedo a que ese amor desmesurado que él siente le lleve a separarse de ella.

Prosigue durante horas mientras Andrea la escucha atenta y con la mirada embobada. Esta suspira agradecida por la oportunidad de conocer tan valiosa información, que al fin le ayudará a entender y tranquilizarse por vez primera desde la inesperada partida de Joana y los niños. Por lo que Inés ha dicho, su

hermano ha salido victorioso en su tarea de zafarse de la negrura y la oscuridad en las que, por desgracia, había caído. Ahora sabe a ciencia cierta que vuelve a ser el mismo, él mismo.

Andrea debe realizar un esfuerzo por mantener a raya las lágrimas de alegría detrás de sus párpados cuando comprende que ha logrado rehacer su vida. Pero, al mismo tiempo, también la embarga la tristeza al imaginar que Lucas pueda ser tan estúpido como para volver a Barcelona y dejar tirada a la mujer que se ha encargado de recomponerlo a partir de la nada. Aprieta los ojos y los puños y desea con toda su alma que no suceda tal despropósito.

Casi no queda un alma en el parque para cuando los dos hombres e Iván reaparecen. Lucas lleva al pequeño en brazos, durmiendo con una mejilla apoyada en su hombro y sus cortos bracitos echados en torno a su cuello. Jaume y él hablan en voz baja para no despertarlo. El primero se acerca a Andrea, la ayuda a levantarse del suelo y la besa; el segundo, hace lo propio con Inés.

Cogidos por parejas de las manos, los cinco ponen rumbo a la salida del recinto. Una vez en el aparcamiento, el momento de la despedida se les echa encima como una tormenta de arena en pleno desierto. A Lucas le gustaría que

el niño estuviese despierto, aunque, pensándolo dos veces, tal vez sea mejor no tener que enfrentarse al mal trago de decirle adiós de nuevo.

-Os queda bien -dice Jaume, con una última broma que relaja el ambiente, refiriéndose a Iván, todavía en brazos de Lucas-. Os lo podéis quedar. Total, pronto no tendremos brazos suficientes para atender a dos pequeños diablillos a la vez.

Lucas le tiende al niño y Jaume se ausenta un minuto para sentarlo en la sillita de seguridad en la parte trasera del coche. Mientras tanto, Inés dice adiós con un abrazo a quien ha sido su confidente durante horas en este extraño y último día de reencuentros.

-Espero que todo vaya bien -augura Inés con la vista fija en su tripa.

-Esperemos que sí -ríe, agradecida.

Jaume vuelve. Palmea la espalda de Lucas con promesas de mantener el contacto y deposita dos besos en el rostro de Inés, acompañados de la misma petición que cuando se conocieron en el salón del piso de su amigo.

Llega –muy a su pesar-, el turno a los hermanos, quienes, de poder extender el tiempo infinitamente, lo harían sin dudarlo. No se dirigen la palabra, sino que comparten un abrazo igual de silencioso que el de unas horas atrás. Este último, sin embargo, va cargado de mil frases no dichas que se transfieren de un cuerpo a otro por puro contacto.

Lucas e Inés no se mueven del sitio hasta que el coche toma la curva y desaparece seguido de un sutil rastro de humo.

Todo vuelve a enmudecer en el interior de Lucas.

22

Por la noche, Lucas no logra conciliar el sueño, e Inés es plenamente consciente de la causa, como si tuviese la capacidad de ver con claridad absoluta sus pensamientos, volando de un lado a otro por toda la habitación: no para de darle vueltas a los rostros reencontrados, sobre todo a los de su hermana, Jaume e Iván, ahora más presentes que en ningún otro momento.

Lo que mayor miedo le produce es su desconocimiento en cuanto a la duración de estas ráfagas en la mente de Lucas, y si cambiarán algo o no a su paso. Podría darse el caso de que decidiese no volver con ella a casa en el tren, que se quedara allí, en su amada Barcelona, atado de pies y manos por los recuerdos del pasado y, ahora también, por aquellos recientes.

Se lamenta por un segundo de haberse embarcado en este viaje, repitiéndose a sí misma que solamente alguien ciego a la par que sordo podría

excusarse por carecer de la habilidad de prever lo que ocurre en su entorno. Es obvio: el pretérito ostenta demasiado poderío sobre él, aun con el paso de los años, y contra esto ella no tiene un arma adecuada que blandir y con la que luchar, mucho menos si el propio Lucas no muestra intención alguna de desatarse de todo lo que le retiene en esos pensamientos.

Cierto es, que también existe la otra opción: que nada sea alterado y que todo se mantenga igual que en la actualidad; que vuelvan a casa y continúen construyendo su vida en común, tal como han hecho en estos últimos meses.

Sin embargo, por todos es sabido que las opciones que nos muestran el vaso medio vacío -o vacío entero-, son aquellas que tienden a mantenerse y dominar en nuestros subconscientes, y este caso no es la excepción que confirma la regla.

Tanto quebradero de cabeza insta a Inés a despertarse poco antes del despuntar del alba, justo cuando Lucas, exhausto, sucumbe a un leve sueño que lo transporta de sentimiento en sentimiento.

Se envuelve en su habitual chaqueta y sale de la habitación para sentarse en el sofá, frente a la cristalera. Se acurruca contra los cojines y admira cómo la claridad aumenta y condena al exilio a los tonos más oscuros de azul, cambiándolos por celestes apagados, malvas y ocre. La luminosidad crece a partir de la línea del horizonte, desprendiéndose como una ola en el mar a

cada minuto que se desvanece y se estrella en el ventanal delante de ella.

Lucas sale vestido largo rato después y -por algún motivo-, no le sorprende encontrarla en el salón de madrugada. Inés no se inmuta, a pesar de que nota su calor detrás de ella, y sigue con la mirada fija en un punto en la lejanía hasta que él se acerca.

-Buenos días.

-Hola.

Jamás lo ha saludado con un *hola* tan seco y carente de toda emoción como el que le acaba de brindar inconscientemente. Nunca una palabra ha perdido su sentido del modo en que esta lo ha hecho antes siquiera de salir por su boca. Por fortuna para ella, el estado de confusión en el que Lucas anda todavía sumergido le impide tomar consciencia del pésimo estado de ánimo de la muchacha.

-¿Admirando la salida del sol? -inquire él con inocencia.

-Eso parece -suspira Inés, y con aquel suspiro, la aureola de tristeza que la ha envuelto desde que las estrellas aparecieran en el cielo la noche anterior se esfuma por arte de magia-. ¿Adónde vas? Es muy temprano.

-Quería ver amanecer en el puerto antes de marcharnos, pero creo que me he levantado tarde.

Y yo demasiado pronto, se lamenta para sí. Llevo aquí desde las cinco de la mañana, desde que un milagro hizo que te durmieras.

Los dos esbozan una sincronizada sonrisa en la cual no es posible atisbar el más mínimo rastro de felicidad. Al instante se apresuran en borrarla.

-Ya que ninguno tiene intención de volver a la cama, prepararé el desayuno
-indica Lucas, en un intento por deshacer la atmósfera enrarecida de la sala.

-Iré a hacer las maletas mientras tanto.

Así, en la misma casa pero en habitaciones diferentes, un particular muro de Berlín emerge entre ellos. La indiferencia no es sino un solo ladrillo colocado, pero si de un grano de arena puede crecer una montaña, de un acto mal pensado puede surgir el principio del fin.

Autómatas alimentados por un corazón y sangre limpian y recogen a conciencia. Lavan y tienden las sábanas, eliminan las manchas salinas que la brisa marina olvida tras su visita en los cristales. La lentitud extrema se apodera de sus cuerpos a la hora de cerrar las puertas y marcharse.

El giro de la llave en el interior de la cerradura no suena a *hasta pronto*, tal como prometía el día en que llegaron, sino a *adiós para siempre*.

El trayecto de vuelta en el tren discurre tranquilo y en el más estricto silencio.

Duermen en algunos momentos del viaje, casi pactando un sistema de turnos mediante el cual intercambian papeles: mientras uno duerme, el otro permanece despierto y, al abrir este los ojos, el otro cae en las telarañas del sueño.

Esta sincronización accidental ofrece a Inés la oportunidad perfecta para aclarar en cierta medida sus ideas.

Se deshace de buena parte de sus dudas acerca de su futuro con Lucas. Resuelve que aquellos pensamientos negativos no le harán ningún bien, sino todo lo contrario. Además, al fin y al cabo, Lucas se encuentra aquí con ella, en el tren de regreso a casa. Podría haber escogido quedarse en tierra si realmente así lo hubiera deseado.

Los planes que llevarán a cabo juntos y los momentos felices que les quedan por vivir el uno al lado del otro recuperan el lugar privilegiado del que siempre han dispuesto en su cabeza. La ansiedad se volatiliza y su pulso recupera el ritmo habitual.

Sin embargo, este tiempo de reflexión causa otro efecto muy distinto en Lucas. A cada metro que recorre subido en este tren, un opresivo vacío aumenta de tamaño dentro de su pecho. Nota que, conforme se aleja de

Barcelona, pierde un fragmento importante de él mismo. Le falta algo. Y lo peor es que esa sensación no le resulta para nada desconocida.

Al reconocerla y ubicarla en el tiempo, Lucas se convierte al instante en sabedor de lo que está sucediendo, así como también de lo que pasará en los próximos días. La respuesta a sus dudas, a pesar de que Inés no se haya percatado, es bien clara y simple: Barcelona se ha dado cuenta del breve regreso de su esclavo y comienza de nuevo a reclamar su amor y todo aquello que por derecho le pertenece.

23

Durante las semanas posteriores a la vuelta a la rutina, todo funciona con absoluta normalidad.

Las tensiones y preocupaciones de Lucas e Inés se esfuman a una velocidad de vértigo, permitiendo así que su viaje a Barcelona se pierda en el recuerdo y siga vivo solo en sus subconscientes, algo ensombrecido.

Reaparecen las sonrisas, las noches de miradas y abrazos interminables a la luz de las estrellas que se filtra por los cristales de la bóveda del

invernadero, las tardes de paseos en el parque y los detalles inesperados a la vuelta de la oficina. Incluso retoman los cafés destemplados en la terraza de su restaurante.

Inés ya ha terminado por desechar casi en su totalidad su absurda idea de que Lucas tomaría la decisión de regresar a la ciudad portuaria de un momento a otro y todo se vendría abajo sin previo aviso. En una fracción de segundo, su castillo de cristal se rompería en millones de vidrios cortantes.

No hay nada que temer: los besos y el amor que se brindan mutuamente no transmiten ningún tipo de desconfianza, sino al revés, una tranquilidad inquebrantable que prometen que él siempre estará ahí cuando lo necesite.

Una llamada de Jaume a los pocos días de su rencuentro, confirmando a Lucas que ha sido tío por segunda vez, ayuda a que la alegría inunde no solo la casa, sino la parte más profunda del alma del dueño. El pequeño Alex ha venido al mundo en mitad de la noche con unos fortísimos pulmones para alertar a todos de que no habrá paz en las madrugadas de los próximos meses... y años. Conmocionado por la noticia, Lucas asegura que irán pronto para conocer al nuevo miembro de la familia y echar una mano con el ya celoso Iván.

La noticia, a pesar de pintar el entorno con colores de alegría, también remueve una parte de su interior que ya creía curada.

Durante la cena del día siguiente, no sin haber estado rumiando el tema a lo largo de la jornada anterior hasta que no quedó ni un detalle con el que obsesionarse, asalta a Inés con una de las pocas preguntas que podrían sorprenderla en estos momentos:

-¿A ti te gustaría tener hijos?

Ella, que justo se dispone a tragar un sorbo de vino apoyada contra la encimera de la cocina, se atraganta y el líquido fluye al exterior a través de la nariz, provocándole una tos repentina. Se limpia el rostro con un trapo, aunque este no consigue eliminar con igual facilidad su mueca de pura perplejidad que la bebida derramada.

Inés lo observa con los ojos como platos y pronuncia un *qué*, ahogado por la sequedad de su garganta.

-Me refiero a si en algún momento te lo has planteado, si has pensado en ello con detenimiento.

Habiendo comprobado que sus oídos no la han engañado y que ha escuchado a las mil maravillas su pregunta, Inés continúa muda y con la mente en blanco. Se toma su tiempo para incorporarse y que su cerebro se reactive y procese la situación.

De verdad me acaba de preguntar que si quiero hijos..., da comienzo a su ya habitual y exhaustivo análisis mental. Pero, ¿qué quiere decir con esto?

¿Hijos de quién, suyos? ¿Quiere tener hijos conmigo? ¿Me está pidiendo que tengamos hijos en común? ¿Cuándo? ¿Ahora?...

Es tal el caos que reina en su cabeza en este instante que incluso Lucas es capaz de sentirlo desde fuera: en momentos como este, toda la atención se centra en resolver las cuestiones que se agolpan en la cabeza de Inés sin consideración alguna, haciendo que se olvide de respirar. Ha ocurrido ya un par de veces en su presencia, por lo que él sabe cómo actuar.

-Siéntate e inspira -ordena, acercándose a ella y moviéndola hasta la silla más cercana del salón. Ella obedece con la mirada fija en sus ojos oscuros, pero sin verlo realmente. Sus pulmones vuelven a llenarse de aire y a deshincharse a un ritmo normal-. No esperaba que fueses a reaccionar de este modo. Era tan solo una pregunta.

Como de costumbre, Inés vuelve en sí entre exclamaciones y un tono de voz excesivamente agudo para cualquier oído humano.

-¿Solo una pregunta? ¿Qué tipo de preguntas entran en tu lista de *preguntas normales*?

-Cálmate. Acabas de utilizar la palabra *pregunta* tres veces en un lapso de tiempo de menos de cinco segundos.

Inés le lanza una mirada plagada de odio, previniéndole de que este no es el discurso más adecuado, teniendo en cuenta su estado anímico y su

capacidad de concentración en este preciso momento. Lucas capta la indirecta y guarda silencio a unos centímetros de distancia de ella, quien impera a sus pulmones a adoptar un ritmo normal y continuo.

A los pocos minutos de permanecer en silencio y con la vista fija en la superficie del suelo del salón, Inés se yergue y suspira mientras gira su cuerpo hacia el hombre que aguarda paciente, acucillado a su izquierda. Traga saliva con el objetivo de alargar así su tiempo para buscar algo coherente que responder.

Cuando habla, su voz sigue afectada por la situación inesperada en la que se ve envuelta y la inseguridad propia de quien no se ha planteado el quid de la cuestión previamente.

-Sí... No... No lo sé -Coloca detrás de su oreja con gesto nervioso los mechones de pelo que le caen sobre el rostro-. No es que haya decidido no tener niños, Lucas -improvisa, teniendo que formarse una opinión al respecto conforme prosigue con su explicación-. No me he planteado la posibilidad de que *tú* quisieses tenerlos... Quiero decir, tú ya tuviste hijos, ya sabes lo que se siente, cómo es, todo el sacrificio que conlleva...

Llegados a este punto, ambos cruzan una mirada en la que quedan atrapados, como una trampa de la que no conseguirán zafarse sin permiso del otro, y Lucas alcanza a averiguar aquello que esta mujer trata de hacerle

entender: según ella, es posible que exista un impedimento por parte de él mismo, puesto que sería él, y solamente él, quien debería hacer frente a los fantasmas que pudieran manifestarse a través de recuerdos afilados.

La pregunta más importante en este caso, no es si ella se siente capaz de ser madre, sino la que Inés le formula a continuación de un segundo de respiraciones contenidas:

-¿Te sientes tú preparado para volver a pasar por todo lo que significa ser padre?

Los ojos últimamente llenos de vida de Lucas se congelan apenas un instante, tras el cual caen en un estado de confusión y desconocimiento totales. No es solo que no posea respuestas, sino que ha perdido en un parpadeo su habilidad para elaborar cualquier hipótesis acerca de este o cualquier otro tema que se le presente. La tela de araña en la que se mantiene se deshace como el azúcar al entrar en contacto con el agua, de modo que es la de Inés la que pasa a sostenerlo e impedir que se precipite hacia el suelo y se haga añicos.

Con gesto dulce y protector, Inés actúa, obedeciendo a su instinto maternal: pasa los dedos de su mano por el cabello de Lucas, desde su frente hasta la nuca, y regresa acariciándole el rostro para detenerse en su mejilla y atraer su cabeza hasta su regazo.

En cierto modo, le asusta que este trance en el que acaba de entrar no se asemeje a aquellos otros que ha experimentado en los últimos meses. Su mirada carece de vida, sí, pero esta vez ha permanecido un sentimiento que lo hace parecerse a un niño asustado en lugar de a un autómatas sin corazón ni principios. Da la sensación de tratarse de una criatura indefensa, sin nada que perder ni ganar, que no comprende su lugar en el mundo. Tal vez no sepa ni siquiera en qué mundo se encuentra.

Aguantan un rato en esta posición, ella abrazada a un hombre encogido sobre sí mismo, hasta que, sin mediar palabra, Inés lo ayuda a incorporarse y caminar hacia el baño. Por suerte para ella, Lucas todavía conserva la fuerza suficiente para desplazarse de un lado a otro; quizás sea la voluntad de plantarle cara a la realidad lo único que ha desaparecido en su interior.

Despacio, le ayuda a quitarse los zapatos, los calcetines y la camisa, pero desiste en cuanto a los pantalones. Ella se desviste también hasta quedar en ropa interior y, no sin dificultad, los dos se sumergen en el agua tibia; Inés detrás de él, pues no se siente convencida de que Lucas pueda guardar el equilibrio para no deslizarse y ahogarse. Permanecen así, callados, dejando que sus cuerpos se arruguen, con la esperanza de Inés de que él pronto volverá en sí. Pero en el fondo, una preocupación crece sin control alguno como un muro indestructible e imposible de saltar.

Lo verdaderamente extraño acerca del tiempo, es que manipula las cosas de un modo tan completo que tiene la capacidad de hacer que estas cambien en menos de lo que tarda un colibrí en batir raudo sus alas cien veces. Ya sea una puesta de sol que se transforma en noche, un vaso que se rompe en mil pedazos al chocar contra las baldosas del suelo o el humo de un cigarrillo que sale pero ya jamás volverá a él; todo es susceptible de sufrir una metamorfosis repentina sin que haya fórmula mágica que evite que ocurra.

Son diversos aspectos los que se ven afectados en esta ocasión: el bienestar que uno siente, la complicidad entre dos seres humanos, las promesas que se hicieron dos adultos, el compromiso y la esperanza de que no les llegue a ellos el turno de mover ficha y adaptarse al cambio. En realidad, todo esto se podría resumir en el paso de una situación de estabilidad y armonía a otra de completo desequilibrio y caos mental y anímico.

Es en la habitación que tantas noches han compartido, tras el baño en silencio y con el pijama puesto, donde acontece todo. Lucas parece haber despertado vagamente de su trance, lo suficiente como para insinuarle a Inés

que hoy también la necesita de manera física.

Se enredan en un baile extraño bajo las sábanas, ejecutando movimientos torpes e inseguros a la par que dulces, como quien se interna en este juego por vez primera. No se escuchan palabras ni nombres, tampoco risas ni esos suspiros de sorpresa que se derivan de algún roce inesperado. Los besos que intercambian nunca han estado igual de vacíos que ahora, secos, sin intención de que cada uno de ellos sea perfecto y único. Y al final, se separan en el mismo estricto silencio que lo abraza todo desde hace horas.

Echados sobre el costado, frente a frente en la penumbra que evita que vislumbren con claridad los rostros el uno del otro, el cansancio y la ausencia de discursos que recitar, obligan a Inés a sucumbir al sueño y dejarse llevar por él. No hay imágenes en su cabeza, ni preguntas acosadoras, ni dudas indespejables; solo vacío. Y, por raro que pueda llegar a sonar, esta ausencia de realidad le otorga la paz de la cual se le ha privado más de la cuenta.

Sin embargo, puesto que nada dura para siempre -por más empeño que pongamos en convencernos de lo contrario-, esta calma se volatiliza cuando Lucas abandona su enmudecimiento y la arranca del mundo onírico a través de una confesión pronunciada con voz susurrante que le roza la cara.

Se trata de una frase corta, si es que dos palabras pueden considerarse una oración propiamente dicha. Pero esta pareja de vocablos son suficientes para

golpear con la fuerza de un ariete el corazón de Inés y hacer que en este se cree una grieta que amenaza con hacer que se resquebraje. La atraviesan como puñales en llamas, quemándola a su paso a través de la carne.

-Lo lamento.

Al principio, baraja la posibilidad de hacer oídos sordos y actuar como si no hubiese escuchado nada. Si la suerte está de su lado, tal vez Lucas crea su farsa y termine por dormirse él también. De ese modo que no se vería obligada a enfrentarse a la situación. Resulta la opción más cómoda y la que menos problemas nuevos traerá consigo, mas Inés sabe bien que después le reconcomería por dentro su conciencia.

Aunque si lo deja pasar él no volverá a mencionar el tema por el momento, lo haría en un futuro no demasiado lejano. Sería inútil huir. No puede permitirse dejar esto así, descolgado y en mitad de ninguna parte. Es hora por fin de erguirse y mirar a los ojos al conflicto que -si no hace nada por acabar con él-, terminará por destruir la relación entre ella y Lucas que con tanta dedicación han logrado construir.

Intenta tragar saliva, sin éxito, ya que un nudo del tamaño de una pelota de golf bloquea su garganta. Saca fuerzas de donde no las hay y se obliga a sí misma a reaccionar ante la intervención de Lucas.

-¿Por qué? -inquire con un hilo de voz. Le sobresalta su propio tono, tan

apesadumbrado y roto que destilan incluso los símbolos de interrogación no pronunciados-. ¿Qué es lo que sientes?

Tener que prestar atención a las enrevesadas y siempre poéticas reflexiones que realiza a la hora de ofrecer una explicación es sin duda lo último para lo que se siente preparada en plena noche.

-Sabes que lo he intentado, que he puesto mi alma y mi piel en resistirme - empieza su discurso-. Haría cualquier cosa por cambiar las tornas y que todo fuese más sencillo, no solo para mí, sino para ambos. Pero, y estoy seguro de que no ha pasado desapercibido tampoco a tus ojos y a ese sexto sentido tuyo que te ayuda a predecir lo que ocurre a tu alrededor, me está resultando imposible olvidarme de ella ahora que he vuelto a verla.

De modo que es cierto, confirma Inés para sus adentros, no ha conseguido deshacerse de ella.

La normalidad reinante en las últimas semanas no ha sido otra cosa sino una burda mentira; los abrazos, los besos que le prometieron que todo estaría bien, todo era una farsa, y ella se la creyó a pies juntillas sin cuestionarla. Nada de aquello era verdad y, por lo tanto, la posibilidad más aterradora de cuantas podían tener cabida es la que va a acontecer.

Va a dejarla.

Y va a marcharse.

Hasta aquí llegará su historia, su tren, su aventura.

Todo cuento tiene un final antes de llegar a la contraportada, y este es el suyo. Imaginaron que en las últimas líneas les aguardarían la felicidad y la certeza de compartir el resto de sus vidas con los dedos de las manos entrelazados, que seguirían juntos el mismo camino.

Inés se muerde la lengua con el objetivo de frenar la humedad que se va concentrando a una velocidad vertiginosa en sus ojos, y agradece que la oscuridad parcial del ambiente impida a Lucas ser testigo de su gesto afligido y descompuesto.

Ser valiente jamás ha sido su fuerte, y sin embargo, con él le es natural tomar la iniciativa también en cuestiones que tienen la capacidad de romperla por la mitad.

-Vas a irte, ¿verdad?

Siente cómo las palabras la abrasan conforme se desprenden de su lengua. Es duro pronunciarlas y aguantar el dolor, pero más terrible resulta escuchar la contestación de Lucas y permanecer de una sola pieza. Comprende que es la sentencia definitiva, le queda muy claro que no habrá más estaciones: final del trayecto.

-Lo lamento tanto -repite-, pero me temo que no he dado con otra salida más que esta...

Lucas permite que su verdad se extinga en el aire antes de continuar. Por su parte, a cada segundo que pasa, a Inés se le dificulta más y más su tarea de mantener a raya el llanto.

-Dejarte aquí es lo último que quiero, porque ahora tú te has convertido en la pieza esencial que conforma mi vida. En realidad, eres lo más poderoso de esta segunda oportunidad de vivir que se me ha brindado por alguna misteriosa razón que aún escapa a mi entendimiento. Esto significa que, por suerte o por desgracia, me es imposible ser feliz lejos de ti. Quizás te suene extraño, pero en este momento me siento como si te estuviera engañando, traicionándote por querer irme con ella.

El silencio vuelve a presidir la habitación, abriendo un profundísimo abismo que divide la cama verticalmente en dos mitades; un precipicio entre ellos, más insalvable conforme la ausencia de palabras se prolonga.

Durante este conjunto de minutos de sobrecogedora tensión, Inés se enfrenta a la necesidad imperiosa de mirar a Lucas a la cara, de plantarle cara a la situación con el coraje del que en verdad no dispone. Enciende la luz y, cuando fija la vista en sus ojos turbios, juraría que están tan húmedos como los suyos. La profundidad de los mismos expresa la más grande de las penas, pero no es solo esto.

Con esa mirada llorosa, Lucas, sin quererlo, se queda desnudo y le muestra

toda la verdad: haga lo que haga, por mucho que se sacrifique para conducirlo por un camino diverso, nada podrá hacerle cambiar su forma de ver la actualidad. En el preciso momento en que puso un pie en tierras barcelonesas, lo demás dejó de tener importancia, cientos de cadenas invisibles de las que una vez consiguió librarse lo ataron a la ciudad para siempre.

Inés se estremece al notar cómo de su interior surge una violenta explosión, más potente que cien impactos de bala que atraviesan en perfecta coordinación su objetivo. Cuánto le gustaría ser uno de los proyectiles y no una diana hecha de cristal duro aunque sumamente frágil. Este vidrio no soporta el golpe de la certeza que Lucas le dispara a quemarropa.

El vacío es, paradójicamente, lo único que la llena cuando logra pronunciar las palabras que componen la sentencia definitiva, mientras las lágrimas corren sin control, en torrente por sus mejillas, y se precipitan sin remedio al llegar a su barbilla.

-Si algo he aprendido en el tiempo que llevamos juntos, es que ni siquiera una aparición divina conseguiría hacerte cambiar de parecer respecto a nada si ya has tomado una decisión en tu cabeza. Sé que llevas dándole vueltas a la idea de volver a Barcelona desde antes de que nos marchásemos, a pesar de que preferí en su momento hacer oídos sordos a las señales. Parece que estás aquí, pero en realidad no es así.

Ha tomado carrerilla suficiente para dejar salir todo lo que se le pasa por la mente. No hay vuelta atrás, debe continuar y escribir el punto y final que se ha negado a aceptar con anterioridad.

-Querría ser la excepción e impedírtelo, pero sería absurdo intentarlo siquiera. Da igual que te pida que te quedes a mi lado, porque de todos modos te vas a marchar. Tus ojos me lo confirman, me lo están diciendo a gritos -le confiesa. Se muerde el labio un segundo, con los párpados bajados. Pronunciar las palabras que acabarán con todo es algo que le tortura de forma inhumana a cada sílaba:- No puedo impedírtelo, nunca pude y nunca podré. Así que, solo te pido, y espero, que no me olvides una vez te hayas ido.

Con extremo cuidado y sin abrir los ojos, gira sobre sí misma, sin despegar su figura del colchón, con la precaución de no rozar su cuerpo. Ahora que le da la espalda y el enfrentamiento con su rostro ha finalizado, las lágrimas se deslizan silenciosas a raudales y humedecen su lado de la almohada, hasta el punto de formar una pequeña mancha oscura.

Una sensación de libertad la sobrecoge, aunque desearía no sentirla: no le es agradable en absoluto. No tener conexión con las ligaduras que los han unido durante tanto tiempo la desorienta y le deja un amarguísimo sabor que solo puede compararse al sentimiento de pena que llega después de haber perdido a un ser amado.

Ya está hecho.

No hay vuelta atrás.

EPÍLOGO

El griterío que produce la aglomeración concentrada en la entrada llega a la parte de atrás del local como un mero murmullo apagado. Sin embargo, el sonido es suficiente como para despertar los nervios de Lucas.

Este entreabre la puerta y echa un vistazo rápido a la gente que se reparte por todos lados: los asientos dispuestos frente a la tarima están llenos, y en el resto del espacio entre las librerías no cabe un alfiler. La temperatura aumenta por momentos conforme el volumen de personas crece.

Hace demasiado que no se enfrenta a una situación de este tipo, aunque ha de reconocer que nunca ha sido de esos que se dejan llevar por la tensión de un evento de tal magnitud. La razón por la cual no logra mantener la calma es bien simple, aunque el problema es que no tiene ninguna intención de aceptarlo: echa en falta la presencia de quien ha estado apoyándolo en el último año, el pilar que lo ha sostenido con voluntad de hierro.

A punto de dar comienzo la presentación de su nuevo libro, es cuando el fantasma que ha estado reprimiendo en lo más oscuro de su subconsciente lo llama y amenaza con reaparecer. Cierra los ojos y, con infinito esfuerzo, intenta recluirlo de nuevo, pero ya es demasiado tarde para cuando echa los cerrojos: está libre.

De repente, imágenes pertenecientes a cientos de buenos momentos se abalanzan sobre él, haciendo caso omiso a la actitud de rotundo rechazo de Lucas. El rostro de esa mujer, sus ojos, su cabello tan oscuro como la noche, su piel pálida y el modo inocente en que se muerde el labio. Se ha empeñado tanto en no echarla de menos, que la vuelta de aquello que ha escondido por más de un mes forma un huracán que remueve sin piedad su interior.

El ambiente a su alrededor se paraliza y los recuerdos ocupan su total atención, sumiéndolo en un estado de abstracción absoluta, una espiral de sentimientos contradictorios de la cual no saldría si la estridente voz de Arnau no se filtrase hasta su cerebro como un taladro.

-¡Tu libro es un bestseller!

Se trata de las mismas palabras que pronunció Jaume apenas unas semanas atrás, después del primer evento de presentación de la novela en el Liceo, al que acudieron más de quinientos invitados entre enviados de los medios de comunicación, críticos literarios y entusiastas y devotos de su carrera en el

mundo de la literatura.

-No creo que haya menos de doscientas personas ahí fuera -le indica a Lucas, refiriéndose a la cada vez más numerosa masa humana que aguarda su salida al otro lado de la puerta.

Teniendo en cuenta los antecedentes de su amigo en cuanto a su costumbre de exagerar las cosas, Lucas descarta el crear altas expectativas y en parte lo ignora. Además, tiene la cabeza muy lejos de la pequeña trastienda donde se ha improvisado su sala de espera. Arnau se percata de la palidez de su gesto y de cómo sus ojos observan la nada. Lo agarra de un hombro y lo obliga a mirarlo.

-¿Te encuentras bien?

Su pregunta desencadena sin previo aviso una reacción inesperada, probablemente irracional y que desentona por completo con sus largos períodos de reflexión a la hora de plantear la solución de un problema. Sin dirigir la vista al hombre que le está hablando, Lucas toma una decisión irrevocable que rompe los esquemas de Arnau:

-Debo marcharme.

-¿Cómo?

-Debo marcharme -repite cual autómatas de respuestas programadas-. No

puedo estar aquí, tengo que irme ahora.

Perplejo y con el rostro desencajado a causa de la confusión por este arrebato inesperado, su agente necesita un par de segundos para reponerse y tratar de sacarle esta idea absurda de su mente.

-No puedes irte. La presentación va a empezar en menos de cinco minutos.

-Cancélala -dice con absurda tranquilidad.

-¿Te has vuelto loco? ¡Quieres que salga ahí y le diga a toda esa gente que te vas!

-Invéntate algo.

Sin intención alguna de discutir, Lucas recoge su chaqueta del respaldo de la silla en la que la ha colocado al entrar y se aleja en dirección a la salida trasera del local, que da a parar a una callejuela secundaria. Allí no habrá nadie esperándolo para acosarlo con preguntas incómodas de toda índole.

-¡Lucas, espera un momento! ¡Jaume! -grita en un intento de buscar apoyos que logren detenerlo-, ¡Lucas ha perdido los papeles! ¡Se ha vuelto completamente loco!

-¿Por qué? ¿Qué has hecho? -pide saber el editor apenas da con él.

-Nada en absoluto. De repente ha dicho que se iba y se ha largado, sin más -explica entre aspavientos y una retahíla de palabras malsonantes en su estado

de desesperación.

Jaume lo observa y, tocándose la frente con gesto preocupado, emite un largo suspiro.

-Me olía que acabaría ocurriendo algo como esto -sentencia, abatido de repente, aunque extrañamente su gesto triste se mezcla con una buena parte de alivio y bienestar.

-¿De qué hablas? Hay que ir tras él.

-Te acompañaré a buscarlo -accede, aunque con una expresión en el rostro que denota resignación y derrota en lugar de decisión o esperanza-, pero, incluso si lo alcanzamos, no conseguiremos nada. Ya sabes lo cabezota que puede llegar a ser cuando se le mete algo entre ceja y ceja.

Los dos amigos tratan de inmediato seguir los pasos de Lucas, pero es demasiado tarde, pues con paso firme, ligero y sin detenerse, este se ha camuflado entre los viandantes, llevándose con él todas las explicaciones de las que estos dos hombres precisan.

Las ventanas abiertas de toda la casa permiten que los rayos mañaneros de un espléndido sol se adentren en las habitaciones e inunden el ambiente con su

calidez. De fondo, la música la componen los pájaros que se posan en las ramas de los árboles cercanos; el resto, es silencio.

Con la manga de la camiseta, Inés atrapa las gotas de sudor que se van formando en lo alto de su frente, justo donde acaba el nacimiento de su pelo. Hoy, se ha zafado temprano del embrujo de la cama con la intención de realizar una limpieza a fondo: detrás, encima y debajo de los muebles, ordenar las estanterías y el interior de los armarios, deshacerse de aquello que hace tiempo que no utiliza... Tras tantos meses de ausencia, su apartamento lo necesita.

Le ha resultado especialmente difícil -más de lo que cabía suponer-, acostumbrarse a dormir sola en una cama, fuera de la casa a la que prácticamente se podría decir que se había mudado. A pesar de que conserva las llaves del piso de Lucas, pues este no le pidió que se las devolviera ni ella cayó en la cuenta de dárselas hasta que las encontró en el bolsillo de su abrigo días después de su marcha, no ha ido allí a recuperar sus cosas; quizás porque le parece demasiado extraño entrar en una vivienda que se le va a asemejar desconocida tras haberla considerado una vez su hogar.

A la vuelta a su pequeño apartamento, no ha estado de humor en los últimos dos meses para hacer acopio de ganas y darle un buen repaso a las capas de polvo que se han ido depositando por todas las superficies que ha

encontrado a su paso. Pero puesto que comienza a sentirse algo mejor, es algo que no quiere posponer por más tiempo.

Desplaza la cómoda de su habitación, friega los suelos y el baño, lava a conciencia la vajilla que lleva sin usarse un siglo, y cuando ha terminado todo lo demás, se pone manos a la obra con las dos estanterías de la sala, llenas de filas de libros.

Los toma uno a uno entre las manos con cuidado y retira el polvo acumulado antes de apilarlos sobre la mesa, limpia la balda que sostiene su peso y vuelve a colocarlos alfabéticamente en el orden correcto. Ejecuta el proceso en silencio, demorándose un poco más en aquellos que son sus favoritos o que hace mucho que no lee.

Va llegando casi al final cuando le toca el turno a su novela preferida por excelencia. Trata el maltrecho ejemplar con suma delicadeza, comprobando incluso que las hojas comprendidas entre la portada y la contraportada estén lo menos arrugadas posible.

El tintineo que produce un objeto al desprenderse de una de las páginas y chocar contra el suelo llama su atención y le demanda una mirada para comprobar de qué se trata. El pulso se le acelera sin remedio en cuanto sus ojos lo identifican y lo gira despacio entre los dedos: un ligero y delicado marca páginas metálico en forma de pluma.

Como si alguien activase un resorte en lo más hondo de su memoria, el recuerdo que corresponde a este objeto salta a un primer plano, donde es inútil intentar huir de él o apartarlo con un insistente parpadeo. Imágenes guardadas de una nitidez asombrosa toman el control, dando rienda suelta a las palabras, los gestos... Cierra los ojos de manera instintiva y cree escuchar su voz de nuevo: el deje nervioso palpable en su tono cuando le entregó un regalo de Navidad que no había sido pedido; tan solo a unos centímetros de su oreja, pero cuando los abre, no hay nadie más que ella en la habitación.

Por mucho que lo desee, no logra eludir la verdad: lo extraña tanto, a todas horas...

No es coincidencia que haya escogido este día para mantenerse ocupada al máximo, pues conoce a la perfección las fechas de la gira de presentación de *Café para dos*. Esta misma tarde, en apenas una hora, tendrá lugar un evento en la librería más grande de la ciudad, y pretende evitar a toda costa la tentación de acudir. De todas maneras, ¿qué conseguiría con hacer acto de presencia en el mismo lugar donde estará Lucas?

Esta determinación se ha mantenido férrea cual cañón a lo largo de las semanas... hasta ahora. *¿Y si está esperando a que vaya, si se arrepiente de haberse marchado? Podría haber cancelado la presentación aquí, pues si yo estuviera en su lugar no querría regresar tan pronto a un lugar que sin duda*

me haría recordar...

Desde que su relación llegase a su fin, no se ha permitido el lujo de dejar entrar preguntas de esta clase en su subconsciente, ya que se conoce a sí misma lo suficientemente bien como para entender que, si esto ocurre, lo más probable es que después de la primera cuestión no sepa cómo detenerse. Y eso es exactamente lo que sucede.

Libro y marca páginas en mano, se dirige a la ducha sin importar que el agua fría le ponga la piel de gallina.

Tengo que llegar a tiempo, se repite sin descanso, como un mantra. Tal vez esté ya todo perdido, pero no quiero no estar ahí para averiguarlo.

El caos mental que lo envuelve es tal, que no es capaz de orientarse con decencia en las calles de la urbe en la que ha residido dos años, y, sin embargo, en cuestión de minutos se halla de pie frente a la entrada principal de un edificio.

Contempla la puerta con interés, pues son menos de una decena de veces las que se ha detenido en este lugar. Ubicándose mentalmente, estudia los desgastados y amarillentos botones del portero automático. Lee las etiquetas

con los nombres de los propietarios hasta dar con el que anda buscando.

Traga saliva, que se desliza con dificultad por su árida garganta, mientras con indecisión coloca el dedo índice sobre el timbre correspondiente. No son pocas ni de respuesta fácil las cuestiones que se plantea a través de uno de sus particulares monólogos interiores en los escasos segundos que tarda en pulsarlo.

¿Qué demonios haces aquí?, se increpa, indignado. ¿Acaso esperas que después de haberla abandonado y no haber dado señales de vida en dos meses te abra la puerta y te permita entrar de nuevo en su vida como si nada? Eres un iluso, un completo estúpido.

Podrías haber regresado con el rabo entre las piernas y haber suplicado en el preciso momento en que bajaste del tren en la estación de Barcelona, haber comprado un billete de vuelta y decirle entonces todo aquello de lo que no fuiste consciente hasta que se cerraron las puertas del vagón. Porque sabes que te diste cuenta de que marcharse sería tu peor error justo cuando viste desde detrás de la ventanilla que el andén se desvanecía.

Y no finjas no saber por qué no volviste: te aterrorizaba la idea de que te pidiera que te marchases porque el infinito daño que le causaste con tu partida no aceptaría perdonarte y darte una segunda oportunidad.

Son dos las veces que, como un cobarde, has huido de una ciudad en

lugar de plantarle cara a lo que se te venía encima.

Por esto te quedaste en Barcelona a pesar de saber que sería el mayor error de tu vida.

Por esto y nada más.

Luchando contra sus propios pensamientos, Lucas aprieta los dientes y el botón del telefonillo al mismo tiempo. Un timbre agudo le confirma que, en el interior de uno de los pisos sobre su cabeza, alguien acaba de recibir un aviso de que él se encuentra esperando a que descuelguen y contesten.

Unos segundos se desvanecen y nada ocurre. Casi medio minuto y nadie responde.

No hay cámara a través de la cual pueda verlo sin que él lo sepa. Inspira e, intentando mantener la calma, comprueba que no se ha equivocado de vivienda y toca con insistencia. Sin embargo, el resultado que obtiene no es distinto del anterior.

A punto de perder la determinación que lo ha hecho caminar hasta allí, obliga a su cerebro a elaborar un plan b. Por fortuna, este existe, y para ejecutarlo debe dirigirse al que fue su refugio tras su primer abandono.

Corre tanto como le permiten las piernas, propinando algún que otro empujón a quienes caminan con tranquilidad por las aceras. Algunos de estos viandantes exclaman improperios en su contra, aunque Inés parece hacer oídos sordos y prosigue con ritmo acelerado.

Al torcer la esquina vislumbra ya la entrada de la librería, a menos de cien metros de distancia. Resbala al frenar en seco frente al escaparate, mantiene el equilibrio a duras penas. Apenas se regala un segundo para recuperar el aliento antes de hacer fuerza contra la puerta y adentrarse en el que bien puede ser el escenario de una reconciliación o de la batalla final, en la que uno de los contrincantes tomará su última bocanada de aire antes de dejar este mundo.

Sus pies se detienen con brusquedad al chocarse de frente con una imagen que revela un panorama bien distinto al que esperaba encontrarse: no llegan a ser ni diez personas las que sus ojos encuentran en el interior, repartidas con gesto de enfado y decepción en pequeños círculos. En el centro de la librería, dos encargados pliegan y apilan en un rincón las sillas que horas antes han sido colocadas con esmero para facilitar la organización de los asistentes.

Perpleja y sin entender qué está pasando, Inés consulta la hora para cerciorarse de que solo pasan veinte minutos de la hora a la que debía dar comienzo la presentación. Es técnicamente imposible que haya concluido tan rápido.

Busca en derredor algo que la ayude a orientarse. En una esquina del local, junto a la puerta que, supone, da paso a la trastienda, dos hombres que hablan acaloradamente y en un tono de voz más alto que el de los demás corrillos llama su atención. Ahora que se fija en ellos, cae en la cuenta de que se trata de Jaume y ese otro hombre al que Lucas etiquetó como su agente además de amigo, Arnau.

Sin aguardar un segundo más, se dirige con urgencia hasta su posición e interrumpe su conversación. A pesar de que lo más normal y civilizado en esta situación sería saludar y fingir preocupación por el bajísimo número de personas que hay dentro de la librería cuando en principio debería estar casi al máximo de su capacidad, la única pregunta que le importa a ella no es otra sino la que sale sin rodeos de su boca en cuanto tiene a los dos hombres delante:

-¿Dónde está Lucas?

Ambos se giran, sorprendidos por la voz que les llega desde tan corta distancia, y abren desmesuradamente los ojos al enfocar su rostro. Queda bien claro que ninguno de ellos esperaban verla aquí hoy.

-¡Inés! -exclama Jaume, quien abre de inmediato los brazos y la atrapa en un corto abrazo.

-Eso quisiéramos saber nosotros -dice por su parte Arnau, como siempre

más directo y menos sentimental que su compañero.

La respuesta de este último, en vez de aclarar su mente, la confunde todavía más. El editor es el primero en leer el cambio que experimentan las facciones de la chica en cuestión de centésimas de segundo, por lo que no se demora en ofrecerle la explicación que merece.

-Minutos antes de salir a presentar el libro, se ha marchado sin decir nada. Intentamos seguirlo en la calle, pero no hay ni rastro de él. Hemos tenido que cancelarlo todo y enviar a los asistentes a sus casas sin poder darles más que una disculpa por nuestra parte.

Inés precisa de un momento para acabar de filtrar y acomodar la información en su cerebro. Una vez finalizado el proceso repasa los datos que tiene hasta ahora: no hay nadie en la librería debido a que la presentación ha sido cancelada, Lucas se ha ido a algún lugar que ella y sus dos amigos desconocen no hace ni tan solo media hora y, por lo tanto, ella ha corrido como una histérica por toda la ciudad para nada.

-¿Tú sabes dónde está? -irrumpe Arnau sus reflexiones.

Ella, de manera automática, niega con un movimiento de cabeza mientras sus ojos continúan vacíos, indicando que su mente se halla en otra parte y no allí con ellos. En mitad de su negación, sin embargo, algo se conecta allá en su subconsciente y le envía la respuesta que necesita a modo de capturas y

fragmentos de recuerdos. Ve entonces una impresionante colección de flora con caminos por los que perderse entre tanto verdor, unos fríos escalones dispuestos de forma ascendente en una enroscada escalera de caracol, montañas de papeles, libros y estanterías...

No conoce a ciencia cierta el paradero de Lucas, aunque sí es poseedora de ciertas sospechas al respecto.

Se yergue con rapidez y aprieta los labios, antes de dar media vuelta sobre sí misma y salir atropelladamente de allí. Por segunda vez en lo que va de jornada, Arnau y Jaume observan impertérritos cómo alguien se aparta de ellos sin consideración alguna ni una excusa que pueda contentarlos.

Durante el corto trayecto que debe recorrer desde la librería, Inés no consigue pensar en nada, tiene la mente en blanco. Vuela sobre las aceras de tal manera que diminutas perlas de sudor comienzan a acumulársele en la frente.

Ha sido toda una revelación cómo su mente le ha dado pistas sobre el posible lugar al que ha huido Lucas, un acontecimiento sin precedentes. Es probable que, de no haberse topado con ambos, editor y agente, no hubiera obtenido ninguna deducción.

Sin embargo, a mitad de camino, toma conciencia de que no lleva las llaves necesarias para acceder a donde se dirige. Tendrá que llamar al timbre, pero no importa, pues, al fin y al cabo, su objetivo es encontrar a Lucas a toda costa.

Como por arte de magia, cuando llega al portal, una mujer con bolsas de plástico del supermercado le abre la puerta. Así, a cambio de un poco de ayuda con la pesada carga, el primer obstáculo que debía superar se desvanece.

Impaciente y nerviosa como nunca antes lo ha estado, Inés impera al ascensor que suba más rápido a la última planta. Los números que indican en una pequeña pantalla los pisos por los que pasa parecen no acabar nunca de sucederse, uno tras otro. Sin pensar que puede haber alguien al otro lado esperando su turno, sale como una exhalación en el instante en que la enorme caja metálica se detiene.

Recorre los escasos metros que la separan de la puerta del piso con la mano ya preparada para pulsar el botón del timbre, pero otro milagro le ahorra el gesto: está entreabierta.

Desplaza la hoja de madera hacia dentro, donde la única luz que se deja adivinar es la que entra por las rendijas de las persianas. Las motas de polvo que bailan en el aire estancado confirman que hace varios meses que nadie ha

asomado la nariz por aquí.

Se interna en la oscuridad del vestíbulo, aunque no osa quebrantar el silencio, dueño de todo aquello que la rodea. A pesar de que su primer impulso la empuja a dirigirse a la derecha, hacia el salón, un ruido procedente de las habitaciones cambia su rumbo. No se apresura en llegar al origen del sonido, sino que avanza con pasos firmes y cautelosos sin mediar palabra. Allí donde se reparten las camas, la decepciona encontrar el espacio vacío de gente.

Prosigue su investigación a través del piso por el segundo pasillo que, con un giro de ciento ochenta grados, vuelve y desemboca en el salón y la cocina, dejando a su derecha previamente las diferentes salas repletas de libros. Sin embargo, tampoco aquí hay indicios de presencia humana más que la suya propia.

Regresa a la entrada y observa la puerta más antigua de cuantas custodian las múltiples estancias que conforman la vivienda, sabedora de que solo falta una por revisar antes de renunciar y marcharse con las manos vacías. Las bisagras emiten su habitual gruñido cuando Inés tira del picaporte y, con determinada lentitud, inicia un último ascenso al que en su día fue su particular jardín del Edén.

Infinidad de sentimientos reencontrados golpean a Lucas sin piedad en el momento en que la llave gira en la cerradura y la puerta se abre, levantando a sus pies una pequeña nube de polvo que lucha inútilmente por ascender. Paralizado, se toma unos segundos para rehacerse con el control, tanto físico como mental, de sí mismo.

Sin pensar en nada, sus piernas se mueven por el corredor hasta el dormitorio principal. Contempla la cama, ahora completamente vacía y fría, en la que fueron forjadas tantas promesas sin palabras, que de tantos secretos continúa siendo cómplice. Un colchón desde el que consiguió tocar el cielo, algo increíble, teniendo en cuenta que ahora sus ojos lo ven más como el fondo oscuro de un profundo pozo.

Se acerca a la puerta corredera de cristal que separa el cuarto del pequeño balcón para el que en escasas ocasiones ha tenido tiempo. Lo que meses atrás fueron preciosos geranios y sinuosas hiedras que trepaban por las paredes de ladrillo rojo, se han convertido, gracias a su ausencia, en rastrojos y hojas secas y marchitas.

Se dispone a deslizar el cristal y salir cuando sus oídos encienden su estado de alerta. Le ha parecido oír algo, pero no está seguro. Por precaución, se mantiene inmóvil, casi sin respirar, a la espera de confirmar su repentina

teoría de que algo o alguien anda merodeando por la casa sin permiso. Tras unos segundos, llega a él un inconfundible sonido de pisadas, al parecer procedentes del vestíbulo, que se alejan en dirección contraria.

Como una exhalación, sale de la habitación y en menos de diez gigantescas zancadas el salón se abre ante él, espacioso, polvoriento y vacío de cuanto anhela. Sin embargo, sin tregua, otro ruido es captado por su sensible sentido de la audición, siempre proveniente de la otra punta de la vivienda en la que él se encuentra. Repite el proceso de traslado hasta allí, esta vez pasando por la entrada; pero de nuevo, se ve solo delante de la misma habitación oscura ante la cual ha estado de pie apenas unos segundos atrás.

Me estoy volviendo loco, concluye para explicar lo que está sucediendo. Ya no hay en mí ni un ápice de cordura, todo se ha esfumado; la lucidez se quedó con ella cuando me fui de su lado y ahora mi castigo es esta tortura de no poder huir.

Un nuevo sonido quebranta el silencio por tercera vez en escasos minutos, mientras las manos de Lucas se convierten en puños en torno a su cabello a causa de la desesperación y la sensación de locura que se presenta como la solución más factible y coherente. Unas bisagras aúllan sin control y su grito se expande por todo el piso, hasta el rincón mejor escondido. Solo una puerta es capaz de emitir un llanto tan característico al ser abierta, y él lo sabe, pero

en el estado de angustia en el que se ve sumido, no encuentra la voluntad requerida para ir a averiguar si se trata de otra treta.

Si bien es cierto que cada acción va seguida de cerca por una serie de consecuencias -hay quien llama a este fenómeno por multitud de nombres, como destino, karma o incluso voluntad divina-, es difícil para Lucas comprender por qué la toma de una decisión errónea se paga con -según su criterio-, cantidades desmesuradas de dolor que no se ajustan a la proporcionalidad de sufrimiento que él infligió. Es posible que se deba a que, aquellos que de cualquier modo se entreguen al mal, recibirán el mismo trato multiplicado por diez; quizás así procuren medir sus impulsos antes de dejarse llevar por ellos sin condiciones la próxima vez.

Estos y una veintena más de razonamientos cruzan y se apoderan de la mente de Lucas, quien, afortunadamente, logra rehacerse con el mando pasado un largo minuto. Si ha de ser abrazado por la locura, al menos agotará cada una de las opciones que le sean ofrecidas, por muy disparatadas que puedan asemejársele.

Por esto, una marcha temblorosa y poco estable lo transporta con lentitud al hall y lo obliga a enfrentarse cara a cara con la vieja hoja de madera tras la cual lo esperan las escaleras de caracol. Los peldaños son interminables; por poco continúa elevando las rodillas para seguir subiendo cuando ya ha

alcanzado la parte más alta y la sala se refleja majestuosa en el interior de sus ojos.

Incluso después de la infinidad de noches en las que ha dormido arropado por la imponente imagen del cielo estrellado, dueño de cuanto abarcaba su mirada detrás de los cristales de la cúpula, sigue arrebatándole el aliento la visión de este pequeño oasis vegetal escondido en mitad de un núcleo urbano. Es una pena que su cabeza embotada no le permita apreciar como es debido la vuelta a su paraíso particular.

Todavía sumergido en una especie de trance similar a la soñolencia, repasa con la mirada aquello que entra en su campo visual, un tanto reducido a la hora de abarcar la enormidad del espacio.

En su empeño por utilizar todas las cartas que le quedan, su sentido del olfato se pone manos a la obra sin apenas ser Lucas consciente de ello. Es precisamente así, gracias a la singular sensibilidad y particular memoria de su nariz, como -al tiempo que erra a través de la marea clorofílica con pies de plomo-, un aroma conocido, distinguible entre otros miles de esencias que pueblan el aire, penetra en sus cavidades nasales.

En un primer instante, su nivel de alerta no se ve afectado en lo más mínimo, pues no resulta tarea fácil separar y reconocer los olores de cuantas especies vegetales lo rodean en el invernadero. Además, la dificultad añadida

que otorga el tiempo ha de ser tomada en cuenta: repasar mentalmente todos y cada uno de los nombres durante un relajado paseo era antes una rutina que se ha visto interrumpida por meses de ausencia. Y sin embargo, algo hace conexión al pasar junto a la parte oeste de la cúpula.

Lucas, aunque no se detiene en seguida, termina por enviar una orden firme a sus rodillas para que dejen de avanzar recto y giren a la izquierda, siguiendo el rastro de violetas.

Puede que haya olvidado ciertos detalles acerca de su refugio en su período de exilio, pero recuerda a la perfección que en ningún momento se plantaron violetas en este gran jardín. La intuición -ese sexto sentido que lo ha acompañado prácticamente desde que tuvo uso de razón y que tanto lo ha ayudado en el desempeño de su profesión-, golpea dentro del cráneo de Lucas en todas direcciones, sin intención de mostrar clemencia si no se decide a acatar sus exigencias. Sin más opciones, este cede y se embarca en una corta caminata hasta los límites de cristal.

Al vislumbrar una figura sentada de espaldas a él sobre un colchón tirado en el suelo, su persona queda dividida de manera instantánea en dos partes: razón y psique.

Por un lado, el pulso de Lucas corre desbocado, suplicándole a gritos que no pierda un segundo y se abalance sin reparos; por otro, su cerebro le intenta

en vano explicar que las probabilidades de que esté sufriendo una alucinación son demasiado altas como para no deducir que pueda tratarse de un error, que no es ella.

En pleno debate, su cuerpo se mantiene quieto en el sitio, vista al frente aunque sin ver nada, ausente. Tiene miedo. Tal vez sea cierto que ha terminado por volverse completamente majareta, que el recuerdo de Inés ha vencido en su objetivo de enloquecerlo. Sí, debe ser eso.

Quizás sea esta locura paralizante la responsable también de que no note que la silueta se alza y, en la distancia, se voltea para enfrentarse a él. Está justo en frente, trazando una línea recta invisible entre ellos.

Él tarda unos minutos en enfocar nuevamente la imagen que le ofrecen sus ojos y, al hacerlo, los cierra con fuerza. Parpadea con energía varias veces hasta que no es capaz de contener la risita nerviosa que se escapa de su escondite detrás de sus labios. En su delirio asume que en realidad sigue en la trastienda de la librería, esperando a que dé comienzo la presentación de su libro. Imagina que, al bajar los párpados y dejarse llevar por los recuerdos, el cansancio lo ha inducido a caer en las fauces del sueño. Por lo tanto, todo esto no es sino producto de su fructífera imaginación, falso. Pero entonces, de ser así, ¿por qué motivo no logra despertar?

Jadea y su esqueleto se estremece de pies a cabeza sin permitirle apartar

la mirada. La silueta camina en dirección a la estatua humana en que Lucas se ha convertido, volviéndose más nítida con cada paso. A pesar de que él no consigue pronunciar una sola palabra, ni tan solo emitir un sonido, por fortuna no es necesario que lo haga. Para cuando ella empieza a hablar, los ojos de Lucas ya están húmedos y a punto de desbordarse. Escuchar su voz por vez primera en lo que le ha parecido una espera eterna, es como si su alma perdida se introdujese en su interior y lo llenase de vida, devolviéndole el aliento.

Y el trance finaliza, las sombras se apartan y los fantasmas se desvanecen, mostrando al hombre y a la mujer que han jugado al escondite esta tarde por toda la ciudad.

-Alguien me dijo una vez que no puede conocerse a alguien sabiendo tan solo su nombre, y a pesar de ello no se me ocurre mejor modo de empezar que diciendo que me llamo Inés.

Su tono denota determinación y firmeza, aunque un deje dulce se desprende del inicio de su discurso.

-He dejado todo atrás -prosigue-, porque me he dado cuenta de que no quedaba nada que mereciera la pena conservar excepto algunos de los mejores recuerdos de mi vida, en los cuales aparezco de coprotagonista junto con una persona que me dio más cosas de las que después decidió arrebatarme.

No hay más pasos que dar, pues apenas son unos centímetros lo que separa

sus rostros. Inés captura la mirada de Lucas con la suya y se asegura de que en esta ocasión no vaya a escapar sin escuchar antes lo que tiene que decir.

Con el dedo pulgar, atrapa las lágrimas que sin querer se derraman por la mejilla de Lucas antes de continuar hablándole al oído.

-Han pasado meses desde que te fuiste. Barcelona es uno de los últimos recuerdos felices que me quedan, aunque a la vez tenga algo de amargo. Es un gran recuerdo, pero tú debes ser el más importante de todo cuantos guardo, ya que apareces en la mayoría de ellos.

>Me juré a mí misma que mantendría mi cabeza ocupada para no correr a tu encuentro esta tarde y, sin embargo, es lo primero que he hecho sin siquiera dudar un instante. Después de jugar al ratón y al gato durante todo el día, lo que menos me apetece es debatir una lista de pros y contras, de puntos clave que al final resultarán innecesarios y solo nos harán perder el tiempo.

>Me dolió que te fueras, aunque en cierto modo entendiera que era tu mejor opción, o incluso si en el fondo no lo era.

-Lo siento -murmura Lucas con la voz quebrada.

Inés posa el dedo índice sobre su boca en señal de entendimiento absoluto.

-Eso ahora no importa -asegura-. Lo que cuenta es que, si bien el mundo ha seguido su curso, ni tú ni yo hemos olvidado. Por eso estoy aquí, dónde al fin

te he encontrado: porque quiero levantarme a ver amanecer contigo, independientemente del lugar del planeta en el que nos encontremos, y pasar el resto de las mañanas de mi vida en la terraza de un restaurante mientras tú finges leer un desgastado periódico y yo me pierdo en la oscuridad de tus ojos, atrincherada detrás de una taza de café.